

Anna de Ulibarri



D.J.57

4:36

Anna de Ulibarri

Título original: 4:36

© 2019, Anna de Ulibarri

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita en los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

Guadalajara, Jalisco, México. 2019

A la abuelita Rosa,
la preciosa anciana de ojos verdes.

Índice

[Un taxista director de orquesta](#)

[Don Andrés Moreno](#)

[Un amanecer recién llovido](#)

[El convento](#)

[El diario de María Merced](#)

[El arrebol](#)

[El regalo](#)

[Una fatídica mañana](#)

[¡Ahí nos vemos!](#)

[¡Qué demonios!](#)

[Hipótesis](#)

[El cura de San Miguel](#)

[Mañana será otro día](#)

[Canto de Chinaca](#)

[La bestia...](#)

[¡Música!](#)

[Un ángel](#)

[Así... enamorada](#)

[El mandadero](#)

[Daniel](#)

[Santiago Gavilán](#)

[Transhumanismo](#)

[Besos sabor vainilla](#)

[Ángel querido](#)

[Santa Teresa de Jesús](#)

[¿Ya te dormiste?](#)

[Dulces y conservas](#)

[Pasatiempo de viejita](#)

[¡Santa madre, qué vergüenza!](#)

[El incendio](#)

[¡Ana, despierta!](#)

[Juana](#)

[La niña](#)

[San Eloy](#)

[El cajón](#)

Don Ramón

Ana, la peor historiadora del mundo

Epílogo

Sobre la autora

Agradecimientos

Un taxista director de orquesta

Las cosas no siempre suceden como una quiere. Lo único que yo ambicionaba en esta vida era titularme como historiadora. A mis veintidós años esa era mi absoluta causalidad de felicidad. Las circunstancias sin embargo, se deformaron a tal grado que el perfecto ordenamiento cósmico de mi existencia se derrumbó, se cayó en pedazos sobre mi cabeza y el universo me aplastó.

—Yo solo quería escribir mi tesis...

Fue lo último que dije. Después, escuché un pitido lastimoso en los oídos y caí sin remedio en un pozo interminable y negro.

Pero antes de caer en ese cenagal de oscuridad, a lo lejos, alcancé a escuchar que gritaban con desesperación mi nombre de tres letras. Lo escuché como si lo hubieran dicho con todo el alfabeto porque lo gritaron de una forma tan descomunal, que me llegó como golpe directo al estómago. Un golpe visceral y doloroso.

Entonces me acordé de cuando llegué al Rosario...

Me gustó el intento de pueblo brumoso vestido con miles de verdes y anclado en la relatividad del tiempo porque soy rara. Muy rara. Soy tan rara, que a veces pienso que salí expulsada por el canal del parto de mi madre como si hubiera salido de un túnel oscuro que procedía directo y sin escalas del pasado. Es decir, ¿a quién demonios en estos tiempos posmodernos le apasiona la paleografía?

Yo doy brincos y levanto la mano; como una niña cuando quiere helado.

Y Wagner... ¡Wagner me enloquece!

Sus densas orquestaciones, sus sopranos dramáticas y sus tenores heroicos no solo me ponen la piel de gallina, sino que me transportan al epicentro de un caos apocalíptico en el que sus voces, pesadas, potentes y brillantes se convierten en poderosas trompetas de un espeluznante juicio final... Pero Wagner no siempre es infalible. A veces me llega la fatiga y el hastío de tanto escuchar a esos supercantantes maquillados hasta el copete de filosofía nietzscheana, y entonces, sin remordimiento alguno, entierro a Wagner y vuelo hasta el nacionalismo mexicano para escuchar al irreverente de Silvestre Revueltas.

—¡Aaaaa!

Escuché gritar de nuevo mi nombre. Me olvidé de la música y recordé que estaba en el Rosario, esa pequeña población enclavada entre cerros verdísimos.

Yo creo que mi atracción por ese caserío casi primitivo fue porque he tenido desde niña una delirante pasión por todo aquello que apeste a viejo. Todo lo que me remonte a tiempos idos.

El trabajo fue que cayera en mis manos el primer libro de historia. Se me volvió obsesión saber qué diantres había pasado en el mundo hace mil años y fue así, que montón de libros sobre guerras, conquistas, crónicas y memorias se me pegaron a la piel como pesados lastres.

Sucedió que la historia se volvió mi delirio. Algunas noches cuando soy presa del insomnio, el premio de consolación me lo brinda mi desbordante imaginación. Me veo a mí misma como si estuviera en una película a todo color; vivo en otro siglo y sabe Dios en cuantos lugares remotos. Puedo terminar en la pira por bruja, ser víctima de antiguas enfermedades como la peste bubónica o ser conquistada por una civilización “superior” y todo lo anterior no tiene la menor importancia. Lo emocionante del asunto se centra en la idea de ser otra y de vivir en otra temporalidad. Esta era una de las razones por las que he pensado que estoy un poco trastornada.

Al final de cuentas, confieso que es inútil ceder ante la posmodernidad y trato de coexistir en esta vida con los adelantos de la época, pero a la más mínima oportunidad del destino caigo rendida ante una moneda de cobre, un silbato de barro propiedad de un niño que murió de viejo, y ante la crónica bien narrada por un historiador decimonónico de un pueblo que se convirtió en ciudad.

Por cierto, una de esas viejas memorias rescatada del olvido de uno de los últimos armarios de la biblioteca de la Universidad, fue la que se encargó de decirme que el pueblo del Rosario había sido fundado durante la época novohispana a causa del descubrimiento de una mina de plata. Un yacimiento de metal blanco que estuvo desde un principio a disposición de sucesores de casas nobles que llegaron al lugar con el espíritu cargado de codicia a estas tierras.

Al lugar en cuestión le tocó ser una porción microscópica de una vasta zona que fue conquistada por un hidalgo de nombre Juan. El noble mancebo nacido en el año de 1500 en el reino de Castilla era, por si fuera poco, descendiente de un comendador de la Orden de Santiago, y fue con tales referencias que una madrugada se embarcó en uno de los grandes galeones que zarpaban de España rumbo a las Indias bajo las órdenes del marqués del Valle don Hernán Cortés.

A su llegada, el explorador fue nombrado encomendadero y visitador de la Nueva España, y tiempo después, como se esperaba en aquellos ayer en los que triunfaban los lazos matrimoniales por interés antes que los del amor, se casó con otra noble de origen sevillano. El resultado del matrimonio fue toda una generación de criollos que heredaron en su momento desmesurados latifundios y oro desmedido.

Lo cierto es que don Juan, que llegó con la espada desenvainada a conquistar estas tierras, jamás imaginó que doscientos años más tarde se contaría entre su estirpe al padre de la patria don Miguel Hidalgo y Costilla. Pero en ese

intermedio temporal, poco antes de que naciera el libertador de México, algunos descendientes novohispanos del conquistador llegaron a esta zona atraídos por la mina de plata tras una larga travesía.

—Bonita, cerramos en diez minutos —me informó la chica que hacía su servicio social en la biblioteca. Asentí, agradecí y me brinqué de la lectura toda la cuestión geográfica.

La crónica decía que estas cinco o seis numerosas familias traían entre sus múltiples pertenencias, bien resguardadas en fardos que cargaban varias recuas de mulas, una pequeña talla de madera de la Virgen del Rosario. Por eso, para salvarse de miles de peligros entre los que se encontraba el siempre posible levantamiento de esclavos, morir desbarrancados a causa de caminos estrechos o de mordeduras de animales ponzoñosos, los colonizadores fueron siempre acompañados con la monotonía incesante del rezo de innumerables rosarios dirigidos por un franciscano humilde y andrajoso que venía como guía espiritual.

Después de dos meses del pesado éxodo, una fría madrugada de noviembre, los viajeros agotados, pero agradecidos con Dios, con la Virgen y con una multitud de santos que no permitieron más infortunios en el camino que los pequeños e inevitables, distinguieron la mina entre la espesa bruma y el asombroso paisaje verdoso donde echarían raíces.

Escuché el sonido de los interruptores de luz de la biblioteca y apuré lo poco que me quedaba de la lectura.

La muchedumbre se instaló mientras tanto bajo improvisados techos. Por la tarde, después de haber comido y bebido como Dios manda, sacaron de una de las alforjas su Virgen del Rosario, la colocaron sobre una piedra que funcionó como sencillo y humilde altar, y a continuación el franciscano ofició la primera misa en el lugar. El nuevo pueblo fue constituido por los patrones, sus esposas y sus hijos; una veintena de capataces, ochenta indígenas de todas las edades que venían como parte del servicio doméstico y un centenar de mulatos esclavos.

Después de mucho tiempo, pero antes de que llegara la época independiente, las poderosas familias agotaron el metal blanco y emigraron a poblaciones con menos dificultades en los caminos y con mayores oportunidades de negocio.

En compensación, quedó un pequeño pero bellísimo poblado fortificado por ostentosas formaciones de rocas con infinitas tonalidades de verde, una capilla diminuta y una mina de plata abandonada.

Eso fue todo lo que contaba ese librito entelarañado acerca de la historia del Rosario.

En estos tiempos, los pocos lugareños viven del producto de algunas huertas, de la venta de quesos, dulces, cajetas y leña que venden en la población más cercana, justo a una hora y quince minutos en automóvil por un camino

curvilíneo de terracería. Esta última localidad con nombre constituido por una palabra náhuatl y apelativo de arcángel cristiano fue mi última parada antes de mi arribo al Rosario.

Puedo decir que fue mi último contacto con la modernidad. Una modernidad, desde luego, a un nivel de pequeño pueblo de México.

Llegué a San Miguel de Tepehuacan a las doce del día de un caluroso lunes 26 de junio, después de seis horas de camino y de hacer paradas en diferentes poblaciones.

Lo primero que hice al bajar del autobús fue llamar a mis padres cuyo nido había quedado vacío de buenas a primeras. Solo hubo necesidad de esperar un timbrido pues de inmediato escuché al otro lado de la línea la voz ansiosa de mi madre.

—¿Cómo estás? —me preguntó a raja tabla.

—Bien, mamá, no te preocupes. Acabo de llegar a San Miguel.

—Háblame, por favor, en cuanto llegues al Rosario.

—Sí —le respondí mientras ponía los ojos en blanco.

Le supliqué por enésima vez que por favor no se preocupara. Luego de mil recomendaciones por su parte y de prometerle que a la más mínima eventualidad —así fueran las tres de la mañana— llamaría a casa, le mandé besos, le dije que la quería y que besara a mi padre por mí. Por fin pude colgar el teléfono.

A los veintidós años estaba pagando el precio de haber sido una consentida, sobreprotegida y buena hija única.

Sentí un vacío en el estomago y descubrí que era hambre mezclada con el miedo que se siente andar sola por el mundo. Caminé dos o tres calles mientras reflexionaba que no había tenido oportunidad de descubrir el mundo por mí misma y me avergoncé.

—Ya era hora —musité entre dientes.

Seguí caminando hasta que aparecieron los acostumbrados portales que visten todos los pueblos de México, y fue ahí que encontré una fonda con un letrero sobre la puerta que anunciaba comida casera. Sin pensarlo entré al lugar. El pequeño restaurante se encontraba casi vacío debido a la inadecuada hora para desayunar, aun así, me senté en una de las mesas cuadradas cubiertas con mantel de plástico amarillo y ordené mi tardío almuerzo a una niña de escasos trece años de edad que llegó con la carta no bien me había sentado.

Al primer bocado descubrí que tenían una buena cocinera, pero las habilidades culinarias de una mujer que nunca vi me hicieron recordar a mi madre.

«¡Demonios!» «¡Qué rápido se extrañan las cosas y las personas que queremos!»

Se me atragantó el panecillo recién hecho con mantequilla por la emoción y

tuve que darle un sorbo al café con leche. Terminé de comer y llamé a la adolescente.

—¿Sabes dónde puedo tomar un camión al Rosario?

—No hay camión que vaya para allá, señorita. La gente se va en carro o paga taxi.

Me desanimé. Diantres, parecía yo una adolescente perdida y asustada en lugar de una universitaria recién graduada. Pagué un precio demasiado barato por la rica comida, agradecí a la chiquilla y le dejé un billete de veinte pesos de propina.

Salí del lugar y de inmediato, para mi buena suerte, mi mirada descubrió bajo la escuálida sombra de un arbolito a un hombre con aspecto bonachón. El lugareño de pelos erizados y gran barriga limpiaba el parabrisas de un carro blanco con franjas rojas y yo no perdí tiempo: crucé corriendo la calle empedrada bajo la luz incandescente del mediodía para pactar, tras unos cuantos segundos, el precio del viaje con el dueño de un rudimentario taxi que aceptó gustoso llevar hasta el Rosario a la primera y, a lo mejor, única clienta del día.

Entre estertores extraños del viejo motor del automóvil en muy poco tiempo salimos de San Miguel. Nos internamos por un vía que mostraba las superficies de piedras enterradas en terracería húmeda con olor a lodo podrido. Miré hacia ambos lados y la naturaleza me mostró con colores ocres, sepias, rojos, terracotas, miles de marrones e infinidad de verdes, su lado más bruto y salvaje. Entendí. Me reveló la belleza más perfecta.

Estaba tan entusiasmada con ese descomunal paisaje que caí en la cuenta de que el taxista no había dejado de parlotear desde que me subí a su carro y me remordió la conciencia ser tan maleducada.

Dejé de prestar atención a los pinos, al monte y al cielo resplandeciente para enterarme de las vidas y milagros de algunos de los habitantes del Rosario. De repente, un animal que yo identifiqué como una especie de gato montés atravesó el intento de carretera y a mi chofer no le quedó más remedio que frenar con alma, vida y corazón.

El susto desconectó su cerebro de su lengua y a mí me dio un respiro que solo duró escasos dos minutos, pues enseguida, de nueva cuenta sus conexiones neuronales se pusieron en marcha y prosiguió con su plática ligera de pueblerino sencillo y afable.

—¿Y a que viene al Rosario? —me preguntó mientras arqueaba sus pobladas cejas negras y me miraba a través del espejo roto del retrovisor.

—Vine porque estoy escribiendo mi tesis y necesito ver una pintura que se encuentra en la capilla —respondí.

—¿La tesis es una investigación, verdad?

—Sí, es para obtener mi título de historiadora.

—¿Entonces, es usted alguien muy estudiada, verdad?

Sonreí.

—Yo nomás llegué a cuarto año de primaria; en mi casa había mucha necesidad y me pusieron a trabajar desde muy chiquillo.

Caímos en un pozo colmado de agua de lluvia y la distracción evitó que externara mi opinión con respecto al tema del estudio y los malos salarios siendo o no profesionalista.

—Va a ver que le va a gustar el Rosario. Esta rete bonito.

—Eso me dijeron.

—Cuando llegue busque a Chucho. Tiene una tienda y pos es la única, no hay pierde. Él tiene una camioneta. Es una de las dos que sale los domingos a vender la mercancía de todos a San Miguel. Es buena persona —añadió—. Cualquiera cosa que se le ofrezca puede ir con él. Fíjese que hace como un año, a un chiquillo le picó un alacrán y él fue quien lo trajo pa' llevarlo al doctor.

Solté un imperceptible suspiro de alivio porque me tranquilizó saber que al parecer era una comunidad unida y de buenas personas. Miré otra vez por la ventanilla y vi que el panorama se había tornado más verde y más espeso.

Mientras tanto, mi chofer proseguía con su soliloquio que acompañaba con el ritmo de sus manos regordetas y morenas, y mis ojos se clavaron en ellas. En mi jactanciosa imaginación se volvieron tan atractivas, elegantes y armoniosas, que bien hubieran podido ser las manos de Herbert von Karajan dirigiendo la Novena Sinfonía de Beethoven.

¡Subían, bajaban y se mecían en el aire de la misma manera!

Volví a la atroz realidad y me aterrorizó ver como alguien podía ser capaz de manejar sin casi tocar el volante.

La desconfianza me empujó a tomar la palabra para ver si conseguía que dejara de manotear durante la conversación que ahora versaba sobre sus andanzas en el monte y el hallazgo de cuevas embrujadas.

—¿Falta mucho para llegar?

—En media hora llegamos, señorita.

No tuve oportunidad más que de abrir la boca y quedarme con la palabra a flor de labios.

—¡Miré! ¡Por aquí andábamos un día que cazamos un venadillo! ¡Viera usted, que carne más sabrosa!

Ya no hubo remedio posible. Siguió hablando. Esbocé una sonrisa y caí en una especie de sopor delicioso provocado por el vaivén del viejo automóvil, sus cadenciosas manos y la charla cantarina y alegre del recuerdo de sus tiempos pasados. Sin poder evitarlo cerré los ojos. Poco a poco, su plática se fue

transformando en la voz melodiosa y potente de un fabuloso bajo que interpretaba a Beethoven.

Retazos del texto de Schiller comenzaron a retumbar en mi cabeza y se fusionaron hasta formar la oda completa. La alegría se transformó en palabras con portentosa sonoridad y fueron a retumbar no solo a mi cerebro, sino también vibraron en todos los huesos de mi cara, bajaron a la garganta y sentí un cosquilleo, se detuvieron un momento en mi corazón y por último hicieron eco en mi estómago.

«¡Freude! ¡Freude!»

Mas dormida que despierta continué escuchando al chofer convertido en el mejor cantante del mundo, quien seguía con el *leitmotiv* del cuarto movimiento, acompañado por un clarinete y cantándole a la alegría.

«Freude, schöner Götterfunken,
Tochter aus Elysium»

Seguí soñando. Con la Novena, por supuesto.

El mismo movimiento arrullador del taxi me despertó. Con puntualidad inglesa arribamos al Rosario como estaba previsto. Nos recibió el ambiente atestado de olor a musgo, a resina, a pinos y a una infinita variedad de hierbas irreconocibles. En un santiamén comenzaron a verse algunas casas de adobe con techos de teja de barro, cercas de piedra con enredaderas descontroladas por doquier y una que otra vaca que deambulaba en compañía de algunas gallinas coloradas y polluelos desperdigados. Apenas estaba disfrutando del pueblito cuando el taxista se detuvo.

—Aquí es el centro del Rosario, señorita.

Eso fue todo. El caserío estaba conformado, a lo mucho, por tres calles a la redonda.

Mi chofer, como todo un caballero, se apeó del coche para ayudarme con mi austero equipaje y yo miré la pantalla de mi celular y vi la hora. Eran casi las tres de la tarde. También advertí que no existía el menor rastro ni de señal telefónica ni de Internet.

En mi cabeza se formó el rostro preocupado de mi madre.

—¿No hay señal de teléfono?

—No, señorita, aquí no agarra; es por los cerros —explicó el taxista.

Me encogí de hombros y agradecí sobremanera al buen hombre de lengua ágil. Sus ojos brillaron de felicidad porque le di una buena propina; a cambio, él

llamaría a mis preocupados y ansiosos padres. Ni modo. No había nada más que hacer.

Mientras observaba el intento de plazuela sin quiosco, sin bancas, ni jardineras con flores me despedí de mi chofer. A lo lejos, vi a un anciano digno de postal: El hombre se hallaba sentado en una silla hecha de palos y palma bajo la sombra de un espectacular árbol. Fue la única referencia que me permitió asegurarme de no estar en un pueblo deshabitado.

Antes de que arrancara el taxi, escuché la voz potente del conductor.

—¡Ahí está la capilla, señorita!

A unos cuantos pasos, atravesando el intento de plaza, se encontraba el templecito donde estaba la pintura virreinal causante de mi viaje al fin del mundo, como dijo mi mamá antes de darme la bendición por décima vez y abrazarme fuerte.

Vi alejarse al taxista y sentí un nudo en el estómago y unas tremendas ganas de llorar. Agitó a modo de despedida su mano de director de orquesta y con desconsuelo respondí el gesto a ese hombre despiadado que fue capaz de dejarme sola en ese liliputiense poro de tan grande y ancho mundo. Aspiré profundo para tranquilizarme y me reconfortó el olor a tierra mojada y la quietud de un lugar olvidado en el tiempo y en el espacio.

Miré hacia el suelo y me topé con mis pies calzados con unos viejos, pero confortables tenis y supe que estaba lista para la aventura. Me coloqué mi mochila en la espalda y comencé a caminar y a indagar con la mirada curiosa que una tiene en los años de juventud.

Entretanto, reflexioné en las ambiciones de los seres humanos. Para los hidalgos fundadores del Rosario que buscaban fortuna; las pretensiones siempre fueron de grandeza, opulencia, bienestar y aristocracia. Para mí, una universitaria recién graduada; la máxima ambición se cimentaba en una tesis de licenciatura. Para el sencillo conductor del taxi; su aspiración resultó ser la más simple, pero noble de todas: Llevar el sustento diario a su familia.

Don Andrés Moreno

Turandot:

Extranjero, escucha:

*“En la oscura noche vuela un fantasma iridiscente.
Asciende y despliega las alas sobre la negra e infinita
humanidad.*

Todo el mundo le invoca, y todo el mundo le implora.

*Más, el fantasma desaparece con la aurora para renacer luego en los
corazones. ¡Y cada noche nace, y cada día muere!”*

Calaf:

¡Sí, renace! Renace y exultante me lleva consigo,

Turandot: ¡Es la esperanza!

Ópera Turandot

Giacomo Puccini

Lunes, 26 de junio de 2017

Permanecí de pie unos momentos en la acera y observé a mí alrededor: cruzando el fallido intento de plaza se encontraba el templecito de piedra. Pude visitarlo de inmediato, pero me pareció mejor idea recorrer primero las pocas calles del lugar y eché a andar en dirección contraria.

No supe si fue porque me gustaba todo lo viejo o el lugarcito era de verdad encantador, pero yo vi belleza por todos lados. Mi vista se recreó con la pureza de una arquitectura local no contaminada por el espíritu modernista del funcionalismo. Una verdadera y auténtica arquitectura integral. Una obra de arte total. Eso me pareció el Rosario.

Las casas parecían haber sido edificadas por un genio caprichoso y loco; uno capaz de levantar a diestra y siniestra paredes tan asimétricas y tan arqueadas, que daban la impresión de estar a punto de caerse y sin embargo, permanecían estoicas. Por si esto fuera poca cosa, las viviendas se distinguían también por su ornamentación: hilos amarillos de zacate que sobresalían de los deformes ladrillos de adobe, infinidad de nidos hechos con lodo prehistórico colocados en los viejos y desteñidos tejados, y montones de latas oxidadas que funcionaban como macetas y que se hallaban enclavadas en las paredes encaladas a medias.

Me acordé de Adolf Loos y me hizo gracia su *Ornamento y delito*; si hubiese

conocido el Rosario no habría escrito tales barbaridades.

«¿Por qué rayos el lugar no estaba lleno de casas de campo de gente rica o de atracciones turísticas?»

Decidí que, simple y sencillamente, era la buena estrella de los habitantes lo que les permitía vivir alejados de todo el mundo, tranquilos y felices. Tan felices, que me los imaginé metidos en el último rincón de sus casas; quizá en medio de grandes patios, acompañados con las armonías interminables de pájaros cantores y a la sombra de naranjos o de limoneros, sosegados e indolentes al paso del tiempo y sentados como reyes en cómodas mecedoras sin ninguna necesidad de asomar las narices. Fue hasta entonces, que advertí que no había visto a ningún ser humano salvó al ancianito que me dio la bienvenida y que descansaba con esa tranquilidad que supone esperar a la muerte cuando se ha vivido una existencia en paz.

Luego de que ya no hubo más arquitectura onírica que admirar encaminé mis pasos hacia la capilla. El templecito de piedra era el último pedazo de pastel, el más apetitoso, ese que tiene la cereza encima.

Después de visitar la capilla tendría que buscar a la única persona que podía tener un techo en renta para dormir según indicación del taxista. Caí en la cuenta de que extrañaba su parloteo porque el silencio humano que flotaba en el ambiente me pareció apabullante. En retribución estaba la incesante algarabía de tanto pájaro y decidí que debía acostumbrarme. El castillo donde habitaba mi esencia de hipócrita asceta acababa de derrumbarse por completo, hasta la última piedra.

Detuve mis pasos justo en la entrada de la capilla. Mis manos tuvieron el placer de entretenerse un momento en acariciar la vieja puerta de madera labrada con incrustaciones de hierro forjado y mi mente voló al espacio sideral de nuevo. Visualicé la belleza masculina de Vulcano en su fragua. Por poco me sonrojo al imaginarme el potencializado torso desnudo, encendido y sudoroso de un atractivo herrero, y mis pensamientos casi indecentes tuvieron a bien desvanecerse cuando mis dedos tocaron las imperfecciones de la moldura de cantera negra que formaba un arco de medio punto. A continuación, miré hacia arriba y sonreí al ver la clave con el símbolo de los franciscanos en relieve.

Por encima del pórtico vi una ventana también en cantera y en el costado derecho su espadaña, pequeña, pero a mí me pareció que se alzaba orgullosa con su cruz como remate. Caminé alrededor del templecito y observé contrafuertes que sostenían los muros laterales. En lo alto sobresalían unas gárgolas de piedra con figuras que parecían nahuales.

«¡Hechura indígena!» pensé para mis adentros.

Me acordé de las danzas prehispánicas que acompañan a infinidad de santos

católicos importados en sus festividades por todo el país y me estremeció el sincretismo religioso mexicano. Se me apareció santo Santiago, el apóstol patrono de España, montado en su blanco y brioso corcel mientras blandía su espada contra los moros infieles. Sonreí otra vez. El tal “Santiago matamoros” tuvo a bien cruzar el mar y emergió de nueva cuenta en su imponente caballo, solo que en nuestro país se apareció matando indígenas en las crueles batallas que tuvieron lugar durante la conquista.

Los vencidos le recompensaron. ¡Y de qué manera! El nuevo y convertido pueblo mexicano le festeja cada veinticinco de julio. Santiago es homenajeado por danzantes, tastoanes, música de tambores y chirimía, castillos de luces multicolores y cohetones, Mientras tanto, los devotos feligreses lo pasean montado en su caballo blanco por todo el barrio, activo y victorioso.

Quitó la vista de los desagües de formas fantásticas y terminé de dar la vuelta a la capilla. Me detuve de nuevo frente a la puerta abierta. Suspiré y entré.

El interior se hallaba en penumbras. Eso le daba cierto aire de misticismo que a mí me encanto porque podía imaginarme con la mayor de las facilidades a las piadosas gentes de épocas lejanas. Las mujeres fueron las primeras: las vi con sus crujientes vestidos largos y con sus mantillas de encaje negro. Después apareció en escena el cura, de frente al altar, con su casulla bordada con hilos dorados. Escuché sus rezos en latín: interminables, monótonos y susurrados. Por último, olí la cera ardiente que caía a chorros.

Mis pasos resonaron por el crepitante suelo de madera de la única nave central. Por uno de los pequeños vitrales nació un halo de resplandor azulado que desveló millones de microscópicas motas de polvo y me sentí abrumada. Descubrí que tocaba universos minúsculos. Me di cuenta de que yo misma era parte de otro universo mayor, pero a su vez, también era una ínfima parte de algún otro cosmos mayúsculo.

Miré con atención a mí alrededor... Observé un Cristo antiguo hecho de caña de maíz, flagelado y moribundo, y una pequeña pintura de la dolorosa vestida con su manto azul lapislázuli. En el altar de la modesta capilla se encontraba el retablo mayor: un hermoso trabajo de talla. En el centro del mismo, un pequeño nicho era suficiente para albergar a la pequeña escultura de madera de la advocación mariana de la Virgen del Rosario.

Desvié mi mirada del altar hacía mi derecha. Ahí, en una de las vetustas paredes laterales se hallaba la tan ansiada pintura. Era un cuadro de formato pequeño y de autor anónimo; incluso, sin mucho valor artístico en cuanto a técnica pictórica; no obstante, trataba mi tema y de ahí su importancia.

Mi trabajo de investigación podría parecer extraño en una historiadora que no tiene una terminal en arte, aunque para mí tuvo razón de ser porque el arte

siempre fue una de mis pasiones.

De este hecho declaro culpable a mi abuelo. Pintor por vocación, fue un hombre que vivió a costa de su actividad pictórica. Un vida sin lujos, pero feliz.

Cuando niña, mis padres, maestros de profesión, impartían clases los fines de semana en un pueblo como parte de un servicio comunitario y a mí me dejaban a cargo de mis abuelos paternos. Desde el viernes por la tarde esperaba con ansias locas a que llegara el sábado para que me dejaran en casa de los viejitos. En cuanto llegábamos me bajaba lo más rápido que podía del auto y les daba a mis padres un escueto adiós con la mano. Recuerdo ver en la entrada de la casa a mi abuela, esperándome, justo a las ocho de la mañana. La abrazaba y le daba un intenso aunque rápido beso y corría como loca a la última de las habitaciones de la antigua casona. La más espaciosa y luminosa. El refugio de un pintor que me recordaba a ópera de Puccini.

Mi abuelo, un señorón con voz de trueno, pero de mirada tierna, me daba la bienvenida en la entrada de su taller con los brazos abiertos, cual guerrero, con su armadura de mezclilla y empuñando un pincel por espada.

Me abrazaba y yo me embriagaba con el olor del aguarrás, del aceite de linaza y de las pinturas al óleo.

—¡Anita!

—¡Abuelito! —le respondía entusiasmada mientras lo besuqueaba.

Como todo un ceremonioso ritual, don Andrés Moreno tenía ya todo listo y dispuesto. Sobre una mesita de madera se hallaban revistas y libros de arte que el abuelito compraba semana tras semana, junto con una jarra de agua de frutas con hielo, o chocolate caliente y galletas según la temporada.

—¿Qué quieres oír, Anita? —me preguntaba el viejito melómano antes de ponerse a pintar.

—Lo que tú quieras, abuelito —convenía yo, sentada como reina en una poltrona y leyendo una revista de arte con fotografías de imponentes dioses griegos tallados en mármol que mostraban impúdicos su exquisita desnudez.

—¿Te parece bien si ponemos al niño prodigio?

—Sí, abuelito.

—Ahora vamos a escuchar a don Agustín Lara —expresaba al cabo de un rato.

Por culpa de don Andrés me aprendí todas las canciones de arrabal que el flaco de oro cantaba a las mujeres fueran santas o prostitutas, junto con pasos dobles dedicados a España o que ensalzaban a valientes toreros. Después de don Agustín, en la lista seguía Pedro Vargas, María Grever, Joaquín Pardavé y terminábamos el día de trabajo a las tres de la tarde con las arias de Carmen y con el *Sempre libera* que se confundía con los gritos destemplados de mi abuela

que nos llamaban a comer.

El monstruoso resultado fue que la niña de diez años terminó con gustos musicales de bisabuelito de principios de siglo veinte.

Los domingos eran días estupendos. Nos levantábamos antes de las ocho de la mañana y después de desayunar los exquisitos guisos y champurrados de la abuelita Cata, don Andrés me llevaba a los museos o al teatro principal cuando tocaba la suerte de tener en la ciudad temporada de ópera o zarzuela.

El ritual era siempre el mismo: doña Catita se enojaba porque no la acompañábamos a misa, entonces, mi abuelo la cubría de besos y le prometía que por la tarde la llevaba al cine. Acto seguido, el par de ateos escapábamos de la cita con la Iglesia como si se tratara de la peste.

Un día, en la víspera de mi cumpleaños número quince llamó el abuelo del hospital. La abuelita Cata se había puesto enferma. Se murió de cáncer al poco tiempo y cuatro meses más tarde mi abuelo se fue de este mundo a causa de un fuerte dolor en el pecho. No alcanzó a llegar vivo al hospital.

—Infarto de miocardio —escuché que dijeron, aunque yo supe enseguida que se había ido de tristeza.

A mí se me formó un agujero negro en pleno centro del pecho y anduve como zombi algún tiempo. Intenté estudiar pintura para ver si desaparecía el tremendo hoyo. Fue inútil. Primero, porque no heredé el talento. Años atrás, don Andrés había tenido la osadía de querer enseñarme, pero nunca pude dibujar más allá de un monigote formado por cuatro líneas rectas. Podía apreciar, entender y amar el arte más no crearlo. La segunda causa fue porque en cuanto percibía el olor del aceite de linaza o acariciaba los pelos hirsutos de los pinceles se me llenaban los ojos de lágrimas y tenía que correr al baño para vomitar.

Pasaron seis meses desde la inesperada muerte de mi abuelo y yo seguía con tremendo agujero. Fue entonces, que mis preocupados padres en un intento desesperado de experimentación psicológica decidieron que habitáramos un tiempo la casona vacía de los abuelos. Una especie de sanación a costa de enfrentarme con el dolor. En cuanto llegamos me fui derecho al estudio de mi abuelo sin decir ni media palabra y de inmediato me llegaron hasta la médula olores y recuerdos. Ahí me la pasé siete días encerrada, devolviendo líquido amarillo del estómago y llorando como Magdalena.

Mis pobres padres se dieron por vencidos. Cuando ya habían resuelto tomar la más drástica de las medidas e internarme en un hospital psiquiátrico lo más pronto posible, decidí perdonar a mi abuelo que se fue sin despedirse tras haberlo visto en sueños. Lo soñé con sus pinceles en la mano y su mandil azul cantándole *Farolito* a la abuelita Cata, que se encontraba trepada en un balcón de película viejita, vestida de novia y con un ramo de nardos entre las manos.

Al otro día, por fin fui capaz de tolerar el desayuno y los rescoldos de las náuseas desaparecieron con la comida. Acaricié sus pinceles y guardé sus cosas mientras lloraba su muerte por última vez. Al atardecer, salí del estudio de pintura, sucia, desgredada y flaca como un cadáver, pero con el hoyo negro bien cerrado.

Siete años más tarde me gradué como historiadora aunque marcada para siempre por las enseñanzas artísticas de mi abuelo.

Esa fue la razón por la que decidí escribir una tesis sobre una pintura novohispana. Tuve suerte. Al cabo de un mes de la entrega de mi protocolo, la Universidad pública en la que estudié dio la aprobación a mi trabajo. Por supuesto, siempre y cuando manejara la investigación de forma coherente entre arte e historia.

Y ahí estaba yo. Ante una pintura de autor anónimo cuyo tema era la Santísima Trinidad antropomorfa. Una cuestión demasiado recurrente en la época novohispana y, por si fuera poco, muy bien estudiada. Lo interesante sin embargo, eran los indígenas retratados como donantes.

Saqué de mi mochila mi cámara fotográfica y tomé un sinnúmero de fotografías, pero supe que tendría que volver. La capillita se encontraba demasiado oscura y en definitiva las fotografías no iban a ser muy buenas.

Después de media hora salí del templecito de piedra con el recuerdo en mi memoria de una fría mañana de principios de marzo, cuando me presenté a la Coordinación de Investigación de mi universidad para la aceptación de mi proyecto de tesis. Ahí conocí al doctor Jaime Arturo Alvarado, un catedrático octogenario recién llegado a la Universidad con antecedentes impresionantes en el campo de la investigación.

El señor que parecía un rechoncho bibliotecario decimonónico me miró unos segundos con atención y la timidez me hizo bajar la mirada. Él notó mi turbación y en compensación me sonrió con amabilidad.

Tomó mi proyecto para leerlo. Pasaron algunos minutos que me parecieron eternos y por fin, mientras se quitaba unos anteojos redondos y pequeños para limpiarlos con un paño rojo que parecía más un utensilio de mago que de un docente opinó:

—Tendrás que ir al Rosario. Es un pequeño poblado del estado, casi una ranchería. No es muy conocido porque se encuentra en una zona de difícil acceso.

El historiador se colocó de nuevo sus anteojos y me miró.

—Existe ahí una capilla diminuta donde encontrarás una pintura de autor anónimo del siglo dieciocho con tu tema de estudio. Sería conveniente que fueras.

Imperó un silencio absoluto y descubrí que había hablado el rey.

Uno de los maestros que se hallaban presentes se atrevió a romper el silencio y dijo con una franca sonrisa en el rostro.

—Tu proyecto está aprobado. El doctor Alvarado, aquí presente, será tu director de tesis. Buena suerte.

Y eso fue todo. Me despedí con un fuerte apretón de manos de los historiadores y salí feliz de la sala de juntas de la Universidad. Afuera ya no hacía tanto frío. A lo mejor era que mi espíritu ardía a causa de los ímpetus que trae consigo el ser joven a pesar de mi alma vieja. De inmediato, razoné en mi exaltado estado de ánimo y descubrí que era la esperanza. Una esperanza fincada sobre la intencionalidad de lograr un título universitario.

Un amanecer recién llovido

Lunes, 26 de junio de 2017

4:30 p.m.

María resultó ser una persona extraordinaria. Llegué a su casa con la exactitud del cumplimiento de una profecía. ¡Cómo si hubiese sido una epifanía!

—Por la misma calle de la capilla camina dos cuadras, señorita. Mire, se va a encontrar un pino grandote en la esquina, luego, da vuelta a su izquierda y ahí merito va a encontrar la casa. Nomás hay dos en toda la cuadra, no hay pierde. Si llega después de las cuatro de la tarde la va a encontrar afuera, cosiendo sentadita en una sillita. Es una casita blanca y en la banqueta siempre tiene un montón de botes de plástico con hierbas de olor.

Las indicaciones fueron tan precisas que agradecí con el pensamiento, aunque demasiado tarde, a mi taxista ahora convertido en profeta.

—La señora está sola. Figúrese usted, que hace como treinta años se le murió el marido. Nadie supo de qué, nomás le dio un dolor por la noche y ahí quedó. No amaneció. Tenían un hijo, pero como a los diez años de haber muerto el señor, el muchacho se fue a los Estados Unidos; dizque a trabajar y ya no volvió... yo creo que por ahí lo han de ver matado. Eso pienso, porque no se veía que tuviera los hígados para abandonar a su madre. Y pos el cuartito de su hijo es el que renta cuando, por allá cada venida de obispo, llega algún turista. Ella lo mantiene arregladito porque aún espera a su muchacho. La doñita vive de la venta de sus servilletas, de sus hierbitas y de plantitas medicinales, y cuando puede, se trepa a la camioneta de Chucho; la que le digo que va los domingos a San Miguel. Aprovecha pa' ver si hay noticias de su hijo, pero nunca hay nada. Pobre...

Di vuelta justo en el pino y la vi en todo su esplendor. Tal y como se pronosticó. Saqué mi celular que solo me servía para ver la hora. Eran pasadas las cuatro de la tarde y la señora bordaba unas mantillas blancas afuera de su casa.

—Buenas tardes. ¿Usted es doña María?

—Sí, niña, ¿qué se te ofrece? —me preguntó con una voz aguda y amable aunque sin levantar la vista de su trabajo de costura.

—Estoy realizando una investigación y necesito rentar una habitación por unos días. Me dijeron que usted me podía ayudar.

La señora quitó la vista de su trabajo de costura, dejó las servilletas e hilos de colores sobre un pedazo de tronco que le servía de mesa de trabajo, se levantó y

por fin me miró.

María era una mujercita de entre setenta y tantos y ochenta años de de edad. Tenía los ojos chiquitos. Dos canicas negras rodeadas por infinitas arrugas. Vestía una falda que le llegaba abajo de la rodilla de color azul oscuro y encima de su blusa blanca un delantal floreado. El sencillo atuendo lo completaban unas medias gruesas del mismo tono que su falda y unos zapatos negros demasiado gastados.

—Casi nadie viene por acá... pásate, niña —expresó la anciana mientras alisaba con ambas manos su cabellera entrecana.

La seguí por un amplio corredor de paredes de adobe y un piso de barro descolorido. Caminé algunos pasos y el pasillo se abrió para dar lugar a un patio de tierra apisonada atestado de macetas en completo desorden y mi olfato recibió un concierto de olores. La terraza resultó ser el centro de la vivienda. Alrededor se hallaban algunas habitaciones de las que distinguí la cocina y un pequeño comedor. Los otros cuartos tenían las puertas cerradas.

Seguí caminando siempre atrás de la señora hasta que llegamos al fondo del patio macetero y empujé la pesada puerta de madera del último de los cuartos. Resultó ser una habitación espaciosa, bien iluminada, austera y limpia; como si hubiera estado esperando. Recapacité en que así era, pero no era a mí a quien ese cuarto ordenado y con olor a recuerdos aguardaba.

Miré con curiosidad la viguería de madera propia de las casas muy viejas y las paredes de color marfil algo descarapeladas a ras de piso sin otro adorno que un Cristo de cabecera. El mobiliario lo conformaba una mesa pequeña, una cama de tamaño individual vestida con una colcha de retazos de tela colorida, una silla idéntica a la que estaba afuera de la casa y un viejo ropero cerrado a cal y canto. La habitación tenía una ventana con cortinas delgadas de color claro que permitían la entrada de chorros de luz. Yo me asomé para ver que había del otro lado. Puro campo.

—Este es el cuarto, niña —indicó la anciana.

Lo demás fue fácil. Ella me dio un precio demasiado económico y yo no le ofrecí más por miedo a ofenderla, sin embargo, me las arreglé para pagarle un precio más que justo por las comidas.

—Que alegría que te quedes unos días. Vivo sola y por aquí no viene mucha gente.

Le sonreí mientras me contaba en un dos por tres todo lo que me había dicho el taxista profético, excepto la parte de la posibilidad de que su hijo hubiese muerto. Según sus exactas palabras, su hijo estaba trabajando en los Estados Unidos.

Las madres siempre esperan.

«Es la esperanza» pensé.

En fin. De todas las desventuras que le habían sucedido a la señora, de la única que no tenía conocimiento mi taxista era que desde hacía mucho tiempo a doña María se le había perdido por completo el sentido del olfato.

—Dejé de oler, niña. Hace tanto tiempo que ya no me acuerdo cuando se me fueron los olores. Un día solo dejé de oler. O a lo mejor me acostumbré a todos los olores de mis hierbas. ¿Quién sabe? El caso es que las conozco todas y sé pa' qué sirve cada una, pero no las huelo y yo ya no me acuerdo de su olor... mira: esta es menta, esta es ruda, la de acá se llama pie de león y esta otra que tengo aquí es romero.

Pasaron cinco minutos.

—La albahaca es digestiva... y es hierba de olor. Esta moradita es toronjil, pa' la bilis. Mira, ven... acá está la hierbabuena, sirve pal estómago...

Entretanto, yo la seguía de nuevo, como corderito, en silencio.

De improviso, la señora dejó de acariciar las hojas de una de sus matas, me miró y me preguntó:

—¿Niña, me haces un favor?

Yo asentí.

—¿Me platicas el olor de esta hierba?

Por un momento me quedé sin saber que contestarle y hasta pensé que había escuchado mal, porque era la petición más extraña, difícil y absurda que me hubieran hecho nunca.

Iba yo a decirle que no sabría cómo explicarle un aroma, pero no me atreví a exponer mi ignorancia. En vez de eso, con urgencia tomé la hoja que me ofreció y me la llevé a la nariz. No reconocí el olor por supuesto. ¡Qué diantres sabía yo de hierbas! Aun así, cerré los ojos y la olí de nuevo. Esta vez la olí profundo y traté de que el olor se metiera hasta el último rincón de mi cerebro. Me concentré en el aroma y al cabo de unos segundos de reflexionar le respondí:

—Huele al amanecer, señora, pero al amanecer fresco... recién llovido.

A doña María se le iluminó la cara y me sonrió complacida.

—¿Y está otra?

Solté un casi imperceptible bufido y de nueva cuenta intenté concentrarme para no quedar mal con esa viejecita que acababa de conocer y que me miraba con un brillo especial.

—Huele a lumbre. Esta planta quema.

La señora cerró los ojos, respiró profundo y asintió despacito. Comprendí que había recordado el aroma.

—¿Niña... y mi pueblo, a que huele?

Me quedé inmóvil mirando unos ojos chiquitos a los que de pronto se les

escapó el brillo y se volvieron tristes. Entonces, como relámpago vinieron a mi memoria todas las imágenes recién conocidas y me llegaron de golpe los olores. Sin pensarlo mucho abrí la boca porque quise decirle que su pueblo olía a naturaleza brutal y salvaje, a cerro mojado, a plumaje y a mierda de pájaros cantores, a sudor de chiquillo que corre descalzo, a leche caliente recién salida de la ubre de la vaca y al humo de la madera cuando se quema. Pero que también, ¡todo el pinche pueblo! hasta el último rincón de su casa, sus servilletas bordadas, todo su yerberío, tallos, raíces curativas y toda ella, desde la punta de su cabeza hasta la punta de sus pies, olía a madre abandonada.

¡Todo eso le quise decir!

¡Pobre viejita! Su vida solitaria se encontraba sostenida por los pilares de la esperanza de ver otra vez a su hijo perdido. Se me oprimió el ánimo.

¡Chingada madre! ¡Qué pinche mala suerte tenía yo! ¿Por qué rayos si era tan idiotamente sentimental me pasaban estas cosas?

No fui capaz de decirle nada porque las palabras se volvieron un mazacote enorme que se me atoró en la garganta. Me volví muda al mismo tiempo que miraba con compasión a la anciana y luego, con infinita vergüenza por mi absurda sensiblería me eché a llorar.

El convento

Soneto

*Lisonjeando, oh hermana,
de mi amor propio
me conceptúo formar esta escritura
del libro de Cocina y ¡que locura!
Concluir la y luego vi lo mal que copio.
De nada sirve el cuidado propio
para que salga llena de hermosura,
pues por falta de ingenio y de cultura,
un rasgo no he hecho que no salga impropio.*

*Así ha sido, hermana, ¿pero qué senda
podrá tomar el que con tal servicio
su grande voluntad quiso que entienda?
¿Qué ha de hacer? Suplicaros que, propicia,
apartando los ojos de la ofrenda,
su deseo recibáis en sacrificio.*

Sor Juana Inés de la Cruz

Miércoles, 28 de junio de 2017

Llegué a las ruinas de un convento cuyos vestigios se encontraban luego de caminar poco más de cuarenta minutos con rumbo al cerro. Intenté salir temprano de la casa de doña María, pero fue imposible. La doñita tomó su papel de madre mexicana muy en serio y no se me permitió marcharme sin antes desayunar. Por mi parte, me apenó despreciar el plato de chilaquiles y frijoles, el café de olla, el pan recién horneado y un chile de molcajete que por respeto y miedo no probé. Después de todo, pensé que era mejor irme con alimento en el estómago ya que me esperaba una larga caminata.

—Vete con cuidado, niña, hay animales de monte... ¿Por qué no vas a casa de Chucho y le pides ayuda para que no te vayas sola? —me propuso mientras se secaba las manos en su delantal.

—No se preocupe, doña María, no tardo. Por eso quiero irme lo antes posible, le prometo que tomo unas fotografías y me regreso.

La anciana me acompañó hasta la puerta y se quedó de pie hasta que desaparecí de su vista. Lo supe porque en el último momento volteé hacia tras y alcancé a verla, la vi bajo el tejaban que cubría la entrada de su casa y vestida con su inseparable mandil floreado. Por un instante recordé a mi abuela y le dije adiós con la mano. Un segundo después, di vuelta a mi izquierda para tomar una brecha que me internaba en pleno monte y que me conducía a las ruinas de un pequeño convento de monjas franciscanas, que ni el profesor Alvarado con toda su erudición, dios padre *Google* que todo lo sabe o los libros que consulté antes de venir al fin del mundo se encargaron de decirme que existía.

Me enteré por accidente. Me lo dijo María que al igual que el taxista tenía el don de la palabra fácil.

¡No sé qué pasaba con esta gente! Tenía la firme convicción de que era algo que se alojaba en la genética de los habitantes de esta región, pero... me quedé dubitativa por un momento. ¿De verdad? a lo mejor el ser comunicativo a tal grado era la normalidad y la silenciosa, taciturna y la que nada tenía que decir al mundo era yo.

Mientras caminaba también pensé en mi tesis. Intenté obtener datos sobre la pintura y busqué al sacerdote encargado del Rosario para hablar con él, pero el cura se encontraba apostado en San Miguel. O sea, de allá venía, ni modo.

Pregunté a los lugareños incluyendo a María y nadie supo decirme nada. Quizá el sacerdote tendría conocimiento de algún dato, pero tendría que esperar al domingo. Aún tenía que tomar unas buenas fotografías de la pintura y nada más. Mi trabajo en el Rosario estaba terminado.

Paré un momento para beber agua y calculé que llevaba casi media hora de trayecto. Una caminata que había sido más que agradable: umbría y húmeda. Por primera vez desde que salí de casa de María presté atención a los sonidos que procedían del monte y de inmediato supe que eran los sonidos ensordecedores de sabe Dios cuántos animales agazapados. Me dio miedo. Guardé mi botella de agua y caminé más aprisa. De súbito, como era su costumbre, se me apareció mi madre y su voz regañona retumbó en mi cabeza.

—¿Cómo se te ocurre internarte en esos parajes desconocidos a ti sola? ¿Estás loca? ¿Qué no ves el peligro que corres?

La sarta de regaños continuó a tal grado, que interrumpí de nuevo mis pasos y me di la vuelta para regresarme. Presentí que podía morderme una araña venenosa o peor aún, una serpiente y morir ahí, a medio camino. ¡Ni cómo pedir auxilio! ¡Moriría entre dolores horripilantes! ¡Adiós al mundo! ¡De verdad que era una tonta imprudente!

Comencé a caminar de regreso, pero reflexioné sobre lo que me había dicho doña María con respecto al tiempo del recorrido y faltaba poco para llegar. No

era buena idea regresarme. Rectifiqué el camino rumbo a las ruinas, apuré mi marcha y me puse a pensar en otra cosa que no fueran arañas, serpientes, alacranes, gatos monteses, pumas, lobos y un sinnúmero de fauna nativa. Sacudí mi cabeza para que se fuera mi madre a punto de colapsar del susto. Era mejor idea recordar a mi casera. Fue ella quien me platicó la historia del claustro mientras bebíamos en un jarrito de barro la infusión de una hierba llamada cedrón endulzada con miel y que a mí me olió a limones. María me lo ofreció para que me hiciera digestión la comida y con esta bebida entre las manos fue que nos sentamos en su patio, entre su montón de matas, y comenzó a narrarme los hechos con porte de quien instruye al ignorante. Como una importante cronista de pueblo.

—El convento era de monjitas franciscanas. Mi abuela me platicaba que cuando ella estaba jovencita... Estamos hablando de por allá de los años de mil novecientos, pasaditos... Bueno, pos mi abuela me contaba, que alcanzó a conocer a una que otra monjita. Decía que traían su hábito franciscano, su cordón, su rosario colgando y su cabeza tapada.

María hizo una pausa y se escuchó el sorbo a su infusión.

—Al igual que nosotros, los que vivimos en el Rosario, ellas también iban los domingos a San Miguel para vender quesos, rompopes y dulces... y pos de eso vivían.

Se escuchó otro sorbo.

—Eran poquitas, no te creas que eran muchas, no, ¿quién quería estar de monja en ese convento tan lejos de todo? Decía también mi abuela que las gentes del pueblo no entraban a su claustro; cuando las personas de aquel tiempo necesitaban alguna conserva, queso o lo que fuera, salía una monjita y la atendían en la puerta y de ahí no pasaba.

El té se terminó y María prosiguió afanosa con su narración.

—La cosa es que por allá en tiempos de la revolución, muchos de los rebeldes se escondieron en estas tierras, ¡cómo es monte y hay cuevas! y bueno, pos algunos no eran buenas gentes... un día dieron con el convento y pos hicieron desmanes y lo quemaron y ¡ve tu a saber lo que hicieron con las pobres monjas!

Yo esboqué una sonrisa apesadumbrada.

—Total que el sacerdote de San Miguel se enteró de la desgracia y fue en plena madrugada acompañado de varios hombres. ¡Figúrate, niña, que las encontraron a todas muertas! El padrecito les dio santa sepultura y le puso su cruz de madera a cada una. Pero lo más raro de todo —continuó María—, es que el padrecito y las gentes que lo acompañaban también encontraron a los forajidos. Contaba mi abuela que los hallaron colgados de unos árboles grandotes que están hasta la fecha afuera del convento y ahí se quedaron hasta

que se pudrieron porque a la gente le dio miedo descolgarlos. Ni el padre los pudo convencer... y es que nadie supo cómo habían terminado ahorcados. «¡Castigo de Dios!» decía mi abuela. Mucho tiempo después, las gentes contaban que en el convento se escondieron los cristeros, pero ya pa' ese entonces eran puras ruinas...

Y era verdad. En ese preciso instante llegué por fin a lo que un día fue un convento de religiosas franciscanas.

Ante mi vista aparecieron unos cuantos pedazos de paredes de piedra enmohecidas.

—¡Puras ruinas! —exclamé en voz alta.

Me quité la mochila de mi espalda para sacar mi cámara y me dispuse a tomar fotografías.

Sentí el viento fresco en mi rostro y al escucharlo me entró de nuevo el miedo porque vi varios árboles a mi izquierda y me acordé de los ahorcados. Antes de que se me apareciera mi madre otra vez histérica, y que sí creía en espíritus, quité la vista de los inmensos árboles y sus fuertes ramas para no ver a los muertos. Demasiado tardé... Los imaginé colgados de gruesas sogas, con la lengua hinchada y con los ojos desorbitados. Imaginé un ventarrón que soplaba tan fuerte que golpeaba sin piedad sus caras, agitaba sus pelos lacios y tiesos, y balanceaba sus cuerpos como si fueran péndulos. Por último, vi a los ahorcados ataviados con su camisa y su calzón de manta de más de cien años, con sus huaraches de cuero y sus sombreros rasgados y mugrosos, y tirados en la tierra.

«¡Maldita sea mi desbordante imaginación!»

Pateé con fuerza una piedra como si con eso se ahuyentaran mis temores. Me armé de valor y de nuevo enfoqué la lente de mi cámara hacia el escaso paisaje de piedra cubierto de musgo que tenía delante. Evité a toda costa mirar hacía los frondosos árboles que ejercían sobre mí una extraña fuerza, como canto de sirenas o como la curiosidad fatal de la esposa de Lot.

Aceleré el paso rumbo a lo que imaginé sería la entrada del convento en ruinas, aunque con demasiada precaución porque la hierba estaba bastante crecida y era más que probable que hubiera una que otra alimaña lista para subir a mis piernas. Me lamenté no haber viajado con mis botas, pero era principios de verano, hacía calor y ¿quién se iba a imaginar que andaría yo en esas andanzas?

Por suerte, en algunos sitios quedaban restos de algunas baldosas de barro y piedras que impedían que creciera la maleza de forma desorbitante. Me detuve, observé y seguí mi camino.

Interrumpí mi marcha justo en el ingreso principal y gocé de la vista total de lo que un día fue un convento franciscano. Después, caminé a mi derecha, pero no encontré pista alguna que me indicara que había ahí hacía ya tantos años.

Inclusive, observé que la mayor parte de la pared lateral estaba por completo derruida.

Recorrí el lugar bordeando la forma rectangular del convento hasta que llegué a donde se encontraba una insignificante parte techada de un amplio espacio.

¡Eureka! ¡Encontré la cocina!

Estuve segura de tal cosa porque en una de las paredes había restos de un nicho que evidenciaba haber formado parte de un estante para platos y también quedaban restos de un gran horno de piedra. Aluciné con los manjares de monjas cocineras y con la dulcería novohispana y me acordé de la décima musa quien tampoco escapó de cocinar y su respuesta a sor Filotea de la Cruz. Cerré los ojos para concentrarme y repasé una estrofa en mi memoria. Acto seguido, la recité en voz alta y los escasos pedazos de paredes de la cocina me respondieron.

«Pero, señora, ¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina? Bien dijo Lupercio Leonardo, que bien se puede filosofar y aderezar la cena. Y yo suelo decir viendo estas cosillas: Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito».

Estuve a punto de llorar por la emoción y me avergonzó no saber siquiera freír un huevo.

Tomé mi cámara de nuevo para fotografiar esa parte del convento y continué indagando, pero por desgracia ya no había mucho que ver. Salvó el pequeño fragmento de techumbre de la cocina todo lo demás había desaparecido.

Seguí rodeando el rectángulo de piedra, mirando muy bien donde pisaba ante el terror de encontrarme con algún nido de serpientes. Por fortuna no pasó tal cosa y cuando menos pensé llegué a lo que creí pudieron haber sido las celdas de las religiosas. Lo deduje por los espacios separados por lo que un día fueron muros. La mayoría de estos eran demasiado pequeños, de escasos veinte o treinta centímetros, solo dos de ellos alcanzaban el metro de altura.

Accioné el disparador de mi cámara de nueva cuenta.

En ese momento descubrí en una de las paredes laterales del claustro la diminuta abertura en un ladrillo a ras del suelo. Una pequeña lagartija asomó la cabeza y al sentir la presencia inverosímil de un ser humano salió corriendo despavorida. El animalito no fue el único que se asustó, yo di un pequeño salto cuando corrió y rozó mis pies. Me acerqué con cuidado a su escondrijo y noté que todos los bordes que rodeaban al ladrillo estaban ligeramente abiertos. Me entró la curiosidad y cogí una rama bastante fuerte y larga que sirviera para tocar la piedra y no correr peligro por si salía otra sabandija. Al instante me hincé, no sin antes revisar donde ponía las rodillas, y coloqué a mi lado la cámara

fotográfica. Con la rama empujé la piedra... no se movió, pero por fortuna tampoco salió ninguna otra alimaña. Intenté un poco más fuerte y entonces sí hubo un movimiento, uno casi imperceptible, pero fue suficiente para asegurarme que la piedra estaba suelta. Pensé un momento... necesitaba valor para tratar de sacar el ladrillo con las manos o una herramienta especial. No tenía ninguna de las dos cosas. De cualquier modo no esperaba encontrar nada en lo absoluto y suspiré resignada al tiempo que recogía del suelo mi cámara y me la colgaba del cuello. Me levanté, me sacudí el pantalón, tiré la rama al suelo y me di la vuelta.

Me entretuve quince minutos más y de repente me acordé de la buena de María y la promesa por mi parte de no tardar más de lo necesario. Me dispuse pues a marcharme para llegar a la hora de la comida.

Pasé a un lado de los arboles de los ahorcados con la vista decidida al frente, como caballo con anteojeras. No fuera ser que los viera.

«Más vale prevenir» pensé entre mi.

Antes de retomar la vereda que me llevaba al Rosario me detuve para descolgarme la cámara del cuello y guardarla en la mochila. Caí en la cuenta de que faltaba la pequeña tapa de la lente de mi canon.

—¡Chingada madre! —me salió la palabrota sin querer.

Estaba convencida de que la traía porque recordaba haberla quitado del lente cuando llegué a las ruinas, pero no recordé si la había guardado. Busqué en todas las bolsas de mi mochila y en las de mi pantalón. Nada. Sopesé las posibilidades de encontrarla y consideré que tendría que recorrer de nuevo todos mis pasos entre los altos zacatales para intentar recuperarla. Era como encontrar una aguja en un pajar.

¡Rayos y centellas!

Me concentré unos segundos y me acordé del lugar donde salió la lagartija.

¡Había dejado la cámara en el piso!

Regresé lo más rápido que pude y ¡gracias al cielo! justo ahí, entre zacate, piedras y tierra estaba la tapa de plástico negro olvidada en el suelo. La recogí, solté un suspiro de alivio y le sacudí el polvo al mismo tiempo que veía la rama que minutos antes había tirado... Miré de nuevo el ladrillo. Sin pensarlo mucho para no arrepentirme me hiqué otra vez y con más miedo que cuidado intenté sacar el ladrillo con las yemas de los dedos, pero solo logré moverlo unos milímetros. Traté de nuevo. Esta vez conseguí sacarlo como dos centímetros. Con más confianza lo hice otra vez y el ladrillo salió un poco más. La cuarta fue la vencida: La pesada piedra cedió y cayó estrepitosamente al suelo.

Con respeto me retiré un poco del agujero por lo que pudiera esconderse dentro. Miré de nuevo la rama y la cogí para indagar dentro de la posible guarida

de bichos. Como bruja removiendo su caldero metí el intento de tronco y le di vueltas.

¡El palo había tocado algo!

Mi corazón comenzó a latir más rápido que lo acostumbrado por la emoción de sentirme Howard Carter al momento de descubrir la tumba de Tutankamón. Me reí por mi ocurrencia y me preparé para sacar con mi prehistórica herramienta lo que hubiese dentro...

¡En mi interior sonaron campanitas de júbilo! ¡Del agujero de la pared salió una pequeña cajita de metal!

La tomé entre mis manos y le quité un poco de polvo. A pesar de estar casi por completo oxidada, noté que en su origen había estado pintada de un color verde oliva con filos que aún conservaban un bonito color dorado. Pude abrirla sin dificultades y descubrí que su interior guardaba un montoncito de plumillas antiguas de caligrafía, algunas, todavía con restos de tinta. Cerré la cajita y, emocionada, seguí con la búsqueda de mi tesoro. Había más. Arrastré otro objeto que resultó ser un pequeño frasco de vidrio con tinta de color sepia. Intenté abrirlo y no lo conseguí. Lo sacudí y noté que la poca tinta que había quedado en el recipiente el tiempo se había encargado de secarla.

Desde hacía buen rato se me había olvidado el miedo por la emoción, advertí que estaba demasiado cerca del boquete y que no me había importado en lo absoluto. De nuevo, introduje la rama hasta que topó con piedra, sin embargo, también sentí que había algo más. Lo saqué con cuidado.

Ahora, se escucharon enormes fanfarrias en mi cabeza.

¡El premio mayor de la lotería fue un cuadernillo!

Lo tomé entre mis manos y lo sacudí con precaución para dar oportunidad de salir a cualquier bicho, pero no sucedió nada. Lo medí a ojo de buen cubero y resolví que medía unos veinte por quince centímetros. Reconocí el forrado de las gruesas tapas en piel de color marrón y también observé que estaba cosido, como si fuera un pequeño libro. La parte superior del lomo estaba algo raído, pero nada más, se podía afirmar que el cuadernillo estaba en muy buenas condiciones. Lo hojeé con demasiado cuidado y descubrí páginas amarillentas con una escritura en sepia.

¡Por mi madre! ¿Qué me había encontrado?

Con manos temblorosas examiné la primera página y ante mis ojos apareció una caligrafía manuscrita hecha a base de trazos delgados y finos que decía:

María Merced

Convento de las hermanas de San Francisco de Asís

El Rosario, año de 1900

¡No podía creer semejante hallazgo! ¿Lo que tenía entre mis manos era un diario? ¿De una religiosa? Tuve ganas de llorar y al mismo tiempo de reír, quise brincar de gusto y de gritar como loca.

¡Al diablo! estaba sola y me puse a gritar y a saltar. Me dominaron unas ansias locas por leer las páginas de ese manuscrito de 1900, pero ahora no fue mi madre la que se me apareció, sino doña María. La lectura tendría que esperar. Saqué de una de las bolsas traseras de mi pantalón mi celular y vi la hora. Pasaba de las dos de la tarde.

Guardé todo mi valioso descubrimiento en la mochila todavía con manos temblorosas y verifiqué que no se me olvidara nada.

Vi el hueco con el ladrillo a un lado y en el último momento resolví sacar otra vez mi cámara de la mochila para tomar algunas fotografías como registro de mi descubrimiento. Antes de partir y en señal de respeto, pues por un instante me sentí como una profanadora de tumbas, volví a colocar la piedra en su lugar.

Con una sonrisa de oreja a oreja y con el corazón latíendome con fuerza salí corriendo de las ruinas para tomar el sendero que me conducía al Rosario. Descubrí entonces, que el cielo de esa tarde me pareció más azul, el zacatal más verde y los espesos y altos árboles de los ahorcados ya no me dieron ni pizca de miedo.

El diario de María Merced

*Sin cruz, no hay gloria ninguna,
Ni con Cruz, eterno llanto;
Santidad y Cruz, es una;
No hay Cruz que no tenga santo,
Ni santo sin Cruz alguna.*

*Insinuación a todos los cristianos
Novena de la Santísima Cruz
Fr. Miguel Zavala. 1865*

*Miércoles, 28 de junio de 2017
3:30 p.m.*

Llegué cansada y sudorosa mucho después de la hora prometida a la casa de María. Si bien de ninguna manera se atrevió a soltarme ninguna reprimenda, le noté la preocupación en la cara y me disculpé con ella. La buena señora me esperaba con la mesa puesta y un vaso de cristal con unas flores silvestres en el centro de la misma y a mí me dio ternura.

Durante la comida le describí con lujo de detalles mi expedición a las ruinas. Le conté que descubrí en donde estaban las celdas de las religiosas y que encontré los restos de un gran horno de piedra, también le comenté que si hubo alguna capilla no logré ubicarla. Luego, le conté mis peripecias al caminar entre los altos zacatales y el espanto que sentí cuando vi los arboles donde sospeché colgaron a los revolucionarios y se rió de buena gana. Me guardé el secreto del descubrimiento de mi tesoro, aún no estaba lista para compartirlo con nadie.

Cuando terminé de comer María me ofreció su acostumbrado té y tocó el turno a la hierbabuena. Me lo tomé a grandes sorbos porque la urgencia de irme para comenzar la lectura del manuscrito era mucha. Le di el último trago a la bebida caliente al tiempo que agradecía a mi casera y corrí a la habitación.

A través de la ventana se filtraba la claridad de la tarde y la habitación estaba inundada de luz. Podía trabajar varias horas con luz natural. Moví la pequeña mesa de madera y la silla de palma de su lugar para colocarlos justo a un lado de la ventana, me senté y saqué de mi mochila el pequeño manuscrito. Acaricié su portada de cuero marrón y sin perder más tiempo, pero con infinito cuidado, lo abrí para encontrarme con la primera hoja del manuscrito ya conocida, y admiré

otra vez la bonita letra cursiva. Pasé la hoja y comencé a leer.

Martes, 1 de mayo de 1900

Día de la festividad de San José Obrero

Me llamo María Rita Beatriz Merced de la Cruz Beas Uribe y nací en San Sebastián de Ostotipa que un día tres de mayo del año de 1855, día en que se festeja a la Santa Cruz. Como mi padre era un hombre piadoso, en el santo sacramento del bautismo, cuando don Ignacio Ramos señor cura de la parroquia de San Sebastián Mártir me echaba agua bendita en la cabeza y yo lloraba como poseída, se me impuso el nombre de Cruz además de toda la hilera de nombres en honor a las abuelas. Pero al final de cuentas, en mi casa siempre me llamaron por el nombre de Merced.

Fue en el año de mi nacimiento que comenzó el hereje de Juárez a atacar a la Santa Madre Iglesia con su primera ley y el año en que Santa Anna huyó de la capital hacia Veracruz. «Tiempos difíciles», decía mi padre, quien era un hacendado adinerado que se casó con mi madre por su belleza y por su prestigio de criolla sin mezcla, de ojos grandes, de piel clara y sobre todo, de rancia alcurnia. Sí, de rancia alcurnia, pero sin herencia alguna a pesar de que mi familia materna fue durante varias generaciones una de las dueñas de la mina de plata del Rosario. Pero eso fue hace mucho tiempo, porque cuando mi madre nació, por allá a principios del siglo pasado, mis abuelos no poseían ya tanta riqueza. Unas cuantas propiedades en San Miguel y algunas cabezas de ganado eran todo su patrimonio. En cambio, tuvieron tres hijas bonitas y distinguidas que lograron casar con hombres muy ricos pero que les doblaban la edad. A mi madre se la llevaron lejos del Rosario y suspiró toda su vida con regresar.

Como resulté ser la última en nacer y única mujer, mis seis hermanos varones heredaron las propiedades de mi padre. En cuanto a mi persona, se resolvió que fuera consagrada a Dios y, así, en lugar de otorgarme parte de la herencia y buscarme un marido, me buscaron un convento. En mi madre recayó la responsabilidad de buscarme el claustro y después de pensarlo con poco cerebro y mucho corazón decidió que fuera el convento del Rosario, un claustro casi desconocido de religiosas franciscanas. Fue entonces, que a la edad de trece años, sintiéndome más niña que mujer, regresé al añorado terruño de mi madre con una dote más que aceptable que me permitiese ingresar como novicia en un convento apartado del mundo. Al cabo de un año, tras haber cumplido con los votos de pobreza, castidad y obediencia, logré ser una sierva de Dios y lo seré

hasta el día de mi muerte.

Dentro de poco cumpliré treinta y dos años de estar en este monasterio franciscano. Ha pasado tanto tiempo, que todos los recuerdos de mi niñez a pesar de que fueron felices, los siento tan lejanos y extraños que parece como si no fueran míos.

En el convento habitamos dieciséis mujeres, es decir, dieciséis monjas franciscanas que son mi familia y mi vida. No puedo quejarme pues he sido feliz. No tuve la dicha de ser madre y no conocí varón alguno, pero a cambio tampoco sufrí maltratos de un esposo bruto.

La vida en el convento es una vida de trabajo. Las hermanas y yo nos levantamos antes de la salida del sol y trabajamos hasta que se oculta el último rayo. ¡Justo cómo San José Obrero! ¡El santo que corresponde a este día en el que comienzo este diario!

En nuestro convento sobrevivimos de hacer quesos, cajetas, conservas, rompopes y otras delicias culinarias que casi nunca probamos y que vendemos en el pueblo de San Miguel. Todos los domingos nos levantamos a las tres de la mañana, cargamos nuestras mercancías y la hermana Rosa María, Petra y yo, salimos en carretela jalada por dos mulas rumbo al pueblo al que llegamos después de cuatro horas. En nuestro claustro también mantenemos una huerta, criamos algunos animales y rezamos, rezamos y rezamos.

Mientras viví con mi familia fui educada de acuerdo a mi condición en la sociedad... vamos, como toda una señorita decente. Aprendí a tocar el piano, a leer, a escribir, a bordar y a cocinar. Estos últimos conocimientos me han sido útiles en la congregación porque soy una de las monjas cocineras.

Cuando tengo algún tiempo libre me gusta leer a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa bajo la enorme sombra del fresno que vive desde hace como cien años en nuestro patio.

Dentro de dos días tendré cuarenta y cinco años de edad y este diario es mi regalo de cumpleaños. El domingo pasado, en San Miguel, con la licencia de la madre Clara, nuestra administradora y segunda a cargo, intercambié el cuadernillo, cuatro plumillas y un pomo de tinta a un hombre que se fue feliz con tres quesitos frescos, dos cajetas grandes de membrillo y la promesa de rezar un rosario por la salvación de su alma.

Miércoles 28 de junio de 2017

5:00 p.m.

Interrumpí la breve lectura del primer día del diario de la religiosa franciscana para ayudar a María a cargar, trasplantar y regar matas de olor. La escuchaba andar de aquí para allá, afanosa en sus labores desde hacía buen rato y pensé que pudiera necesitar ayuda. Había sido tan amable conmigo que lo menos que podía hacer era auxiliarla en todo lo que estuviera a mi alcance. Aunque en los menesteres de la jardinería, más que ayudarle, fui yo la que recibí instrucciones precisas de cómo tratar una planta para que no muriera ante mi poco talento para sembrar.

Mientras trasplantaba una mata que no supe identificar reflexioné en lo que acaba de leer.

Me ha fascinado su relato aunque me ha dado un poco lástima que haya entrado en un convento siendo tan niña.

—¡Vida monacal a cambio de herencia! —mascullé entre dientes.

«¡Si en pleno siglo veintiuno aún se lucha por equidad de género, me imagino hace más de cien años!» pensé.

En oposición y por suerte, se describió a sí misma como una mujer feliz y a mí me ha dado un gusto enorme. Eso y que haya resultado ser una monja cocinera. ¡Cómo sor Juana!

También pensé que pudiera ser posible investigar algo de su genealogía de acuerdo a los datos de su nacimiento, pero es algo que tendría que esperar por la falta de Internet.

De pronto, se me vinieron a la memoria las vacas sagradas de la Universidad, con sus maestrías y doctorados encima y sentí el gusanito de la euforia y, *mea culpa*, de la arrogancia porque el premio mayor me lo ha sacado yo.

¡Encontré el valioso testimonio de una religiosa nacida a mitad del siglo diecinueve!

María me sacó de mi ensimismamiento cuando me dio las gracias y dijo que habíamos terminado. Después de vivir por más de una hora mi nueva experiencia como jardinera, recordé que no me había preocupado por ir a conocer a Chucho y ante la falta de transporte público en el Rosario, él era mi única alternativa para irme a casa. Decidí no dejar pasar más tiempo para ir a visitarlo. Caminar por las pocas calles del Rosario también serviría de distracción a mi exaltado estado de ánimo.

Gruesos nubarrones taparon el sol y anunciaron una posible lluvia cuando llegué a la única tienda de la comunidad. En la entrada se encontraban unos chiquillos jugando con canicas de colores junto a una vaca de ojos caídos que no dejaba de rumiarse al tiempo que se espantaba las moscas con la cola. Tuve que saltar para entrar al negocio porque los niños tenían ahí mismo su montón de esferitas de vidrio y en ningún momento estuvieron dispuestos a interrumpir su

juego para dejarme pasar. Solo me ignoraron. Yo sonreí divertida porque los escuché gritar emocionados. Me pregunté si valía la pena los exorbitantes precios que pagan los padres en la actualidad por los juguetes posmodernos, todo, en el intento por divertir a sus críos.

Entré a la tienda y de nuevo, en un instante, me trasladé a tiempos pasados. Me quedé embelesada cuando vi el fascinante mostrador con su báscula de más de cincuenta años y los anaqueles de madera vieja ocupados con mercancías de diferente índole. De una esquina del gran mueble colgaban largas y delgadas velas.

«¿Quién demonios en el siglo veintiuno tenía la sabiduría de un oficio de la época colonial?»

A un lado de las finas velas amarillas había una interminable variedad de chiles secos y tantas trenzas de ajos colgadas, que me figuré a drácula envenenado, tirado en el piso junto a dos botes lecheros, de esos que colgaban de burros o mulas. Arriba del mostrador de madera se hallaba un grandísimo queso añejo con la marca aún de la sogá en que había sido enrollado. Por un momento tuve la impresión de haber entrado a una gran tienda de raya de una exquisita e importante hacienda del porfiriato y lamenté no haber traído mi cámara.

—Buenas tardes, señorita, ¿qué se le ofrece?

Di un pequeño salto a causa de la inesperada interrupción de mis pensamientos que, como siempre, solían viajar al pasado.

—Buenas tardes, busco a Chucho. Me dijeron que aquí lo encontraría.

—A sus órdenes, soy yo.

Chucho era un hombre fornido y alto. Salió vestido con una camisa de trabajo a cuadros y cargando un inmenso costal de granos sobre el hombro.

Me presenté y le solté el discurso acerca de mi investigación y que necesitaba ir a San Miguel para mi retorno a casa. El hombre acomodó en un rincón el saco de granos.

—Pos si no le importa irse un poco apretada en la parte de atrás de la camioneta, no hay problema, yo la llevo. Nomás que nos vamos el domingo a más tardar a las seis de la mañana porque tenemos que estar listos cuando la gente sale de misa de ocho.

—Ningún problema —respondí gustosa.

Me despedí de prisa porque la lluvia era inminente. Afuera, la vaca y los chiquillos también lo notaron pues habían desaparecido. El rumiante no dejó la más mínima huella; los niños en cambio, dejaron los agujeros en la tierra donde habían estado jugando minutos antes. Yo corrí como loca a la casa de María para que no me alcanzara la lluvia.

El domingo por la mañana regresaba a casa con un tesoro a cuestas y con la

firme promesa, hecha por mí y para mí, de que en cuanto terminara mi tesis me pondría de inmediato a investigar acerca del casi desconocido convento y sus religiosas. Entretanto, sin Internet y sin teléfono, lo único que me quedaba por hacer durante tres días más, era tomar fotografías y seguir con la transcripción del diario de María Merced.

El arrebol

Queso de Nápoles

Cuatro cuartillos de leche se espesan con cuatro onzas de almendras, y ya que esta de punto, se saca de la lumbre y se deja enfriar. Luego, se le revuelven dieciséis claras de huevo sin batir. Se revuelve muy bien y se echa en el molde. Se pone como la jiricalla, a dos fuegos. Cuando esta fría se vacía en un platón y se le espolvorea canela molida.

*Recetario de la señora María Gómez
Sayula, Jalisco. Siglo XIX*

*Jueves, 3 de mayo del año de 1900
Día de la Santa Cruz*

*De la pila nace el agua, del agua los caracoles,
A mí me nació mi madre para cantar arreboles,
Ya cantan los pajarillos, ya viene alboreado el sol,
Que hoy por ser tu cumpleaños, te dedico este arrebol^[1]*

*¡Qué alegría más grande me han brindado en este día mis amadas hermanas!
Me festejaron mi santo durante la merienda. Antes, he pensado que no se habían acordado, pero la madre Engracia, nuestra superiora, cuando estábamos ya todas sentadas a la mesa nos leyó la historia del hallazgo de la verdadera Cruz de Jesucristo por Santa Helena y cuando finalizó con el relato, ¡dos de mis hermanas entraron al comedor con una bandeja colmada de gorditas de cuajada! Ha sido un gozo enorme, pues fueron preparadas con la receta de mi señora madre. Después, me cantaron el arrebol mientras que la hermana Francisca y la hermana Rita traían un platón con un queso de Nápoles que ha resultado delicioso.*

*¡Gracias, Señor por este día venturoso!
Le doy la bienvenida a mi descanso, gozosa, con las coplas del arrebol en mi pensamiento.*

*Arroyos de los arroyos ta ran tan tin ta ran tan tan.
Pájaros de la ribera ta ran tan tin ta ran tan tan.
Por qué no me cantan ora, por qué no me cantan ora,
Que están en su primavera.*

Jueves, 29 de junio de 2017

Soy una sentimental empedernida. Terminé de transcribir la narración del cumpleaños de María Merced casi con lágrimas en los ojos.

Una espera que la vida de una mujer encerrada en un claustro sea triste, pero hay que aprender que las causalidades de felicidad son diferentes en cada persona. Mi monja protagonista fue de verdad dichosa con el canto del arbol, las gorditas de cuajada y un delicioso queso de Nápoles.

¿Se necesita algo más para ser feliz?

El regalo

Martes, 15 de mayo de 1900

San Isidro bendito: Ruega por nuestros campos y por nuestros agricultores.

Hoy ha sido un día extraño.

Fue una noche calurosa y no he podido dormir ni descansar como Dios manda. Me sentí cansada y sin ganas de trabajar, pero me arrepentí pronto y le pedí perdón a la Santísima Virgen por el pecado de la pereza. No perdí más tiempo y me levanté como relámpago de mi lecho, justo antes de que el cielo se iluminara por los primeros rayos del sol. Me lavé, cepille mi pelo, me puse mi hábito y pronta me encaminé a la capilla.

Como hoy tocó la festividad a San Isidro Labrador, hemos rezado y cantado al santo agricultor y felicitado a nuestras hermanas encargadas de la huerta.

A las siete tomamos nuestros sagrados alimentos y agradecemos a Dios porque, por fortuna, tenemos que comer.

Después, cada una de nosotras nos encaminamos a nuestras labores diarias. Margarita, Francisca y yo, nos dispusimos a preparar rompopo porque ya se nos agotó nuestra provisión para la venta del domingo, Juana comenzó a preparar el dulce de guayaba, Rita coció papas y frijoles negros para la comida y Vicenta se encargó de hornear el pan.

Fue un día como cualquier otro hasta las doce del día. Sonó la campana que anunció visitas y nos extrañó ya que no era día de venta para las buenas gentes del Rosario. Yo no presté mucha atención porque estaba atareada evitando que se me derramara el rompopo, pero la hermana Juana, que había ido por piloncillo a la despensa, irrumpió en la cocina presurosa y sudorosa.

Con la voz entrecortada nos anunció que la madre superiora necesitaba la ayuda de todas en la entrada del convento.

¡Pobre Juana, tiene encima como cuarenta o cincuenta libras de más!

Me entretuve un poco más porque se me derramó el rompopo a causa de la voz chillona de Juana cuando entró a la cocina y tuve que limpiar el pequeño desastre del piso. Me lavé, me sequé las manos y fui lo más rápido que pude a ver que se ofrecía. Cuando llegué a la puerta de la entrada ya estaban algunas de las hermanas. Las vi a todas con las mejillas arreboladas a causa del sol que caía a plomo, levanté los ojos al cielo que más azul no podía estar y le pedí a San Isidro Labrador que enviara las lluvias lo antes posible.

Justo en la puerta aún abierta de nuestro convento se encontraba un

asombroso y enorme cajón de madera. Era hermosísimo. A leguas se notaba que la madera era fina; por si fuera poco, el cajón estaba labrado y tenía unos goznes grandes y elegantes que hacían que pareciera el elegante cofre de un tesoro. Yo, curiosa, me asomé afuera del convento y alcancé a divisar un carromato que se alejaba entre nubarrones de polvo por el camino que lleva al pueblo.

Le pregunté a Florentina que había pasado y que era eso que nos habían dejado a las puertas de nuestro convento, pero le pregunté a la más boba de todas. Florentina vive entre las nubes y, como siempre, no se dio cuenta de nada a pesar de que vio todo porque se encontraba en ese preciso momento sacando agua del pozo.

Según nos enteramos más tarde, un hombre tosco y corpulento, con ayuda de un mozo de escasos diecisiete años igual de grande y fuerte, bajó sin ningún cuidado el bonito cajón de su carromato. Sin dar más explicaciones a la hermana Agapita —que fue la que abrió el portón—, se secó con las mangas de su camisa el sudor de la frente, tomó agua de un bule y después de saciar su sed se lo ofreció al muchacho mientras pronunciaba gruñidos entre dientes. Se fueron sin pronunciar palabra y la babiaca de Agapita se quedó parada sin haber preguntado quien carambas había mandado semejante armatoste de madera.

¡Que se le va a hacer! La madre superiora llegó en el momento en que los dos hombres iban en su carreta camino de regreso y Agapita, avergonzada, no supo decirle quien había enviado el arcón. Preguntó a Florentina, aún con el cubo de agua a un lado de ella, y esta tampoco dio color. Quiso entonces dar alcance a los mandaderos, pero ya iban demasiado lejos. Resignada, nos ordenó meter el cajón al patio, pero entre las pocas hermanas que estábamos apenas si pudimos moverlo.

Jesusa comenzó a reírse por el esfuerzo en vano y Petra la miró y la regañó por lo bajo.

—Eres una puerca, hermana, échate las ventosidades para otro lado.

—No pude controlarme, Petra, fue por el esfuerzo, esto pesa más que si cargáramos al señor obispo con todos sus ornamentos.

De nuevo Petra la miró encorajinada y se santiguó.

—Aparte de puerca, hereje.

A mí también me dio risa, pero me aguante para no hacer enchilar más a la Petra.

En eso estábamos cuando llegó Vicenta, Rita y Rosa María. Aplaudimos de gusto. Rosa María es una mujer fuerte y grande. Es tan grande, que incluso la más alta de todas las que habitamos esta santa congregación le llega al hombro. Nuestro Padre Dios la dotó de unos pies tan monumentales, que el zapatero de

San Miguel le hace sus huaraches especiales; y de tales manazas, que si me diera una bofetada acabaría yo, no solo sin dientes, sino también sin una sola muela. Aunque eso no sería posible nunca. Yo, que la conozco desde hace más de veinte años, sé que detrás de esa facha de gigante se esconde la más tierna niña.

Pero en esta ocasión, tomó muy en serio su papel de fortachona y con voz estruendosa le dijo a la madre priora que se hiciera a un lado; como si fuera un enérgico capataz nos acomodó a las demás alrededor del arcón y luego nos ordenó a todas:

—¡Agarren aire! ¡A la cuenta de tres lo levantamos!

Pudimos mover la caja un buen tramo, como unas seis varas. A la orden de parar la bajamos.

Descansamos un momento y de nuevo al grito de Rosa María, sin chistar, nos dispusimos a levantarla de nuevo. Avanzamos otro tramo y así, tres veces más. La madre superiora le propuso a Rosa María que descansáramos un poco porque hacía un calor insoportable y ya no podíamos más. Miré a todas mis hermanas y ahogué una risotada, pues con el hábito marrón y las caras llenas de chorretes de sudor parecíamosavecillas oscuras remojadas.

Nos metimos a la sombra para refrescarnos y algunas fuimos a preparar agua de limón con chía que se acabó en un santiamén. Hubo necesidad de preparar tres jarras más de las grandes, de esas que tenemos para ocasiones especiales para más o menos calmar nuestra sed de naufrago.

Media hora después, logramos poner bajo la sombra de nuestro fresno el enorme baúl. Ahí lo dejamos porque la mayoría agonizábamos de hambre y teníamos que llevar los sagrados alimentos a la hermana Jerónima y a la hermana Dolores a sus celdas. ¡Pobrecillas! están tan viejecitas y enfermas que ojalá que Dios se apiade de ellas y se las lleve pronto a su presencia.

Comimos cansadas pero con buen ánimo. Al terminar, la madre superiora nos mandó a todas a la capilla a rezar un rosario antes de abrir el arcón. A las cinco de la tarde quisimos reunimos de nuevo en el fresno para abrir la caja, pero no fue posible; en menos de lo que canta un gallo se nubló el cielo y cayó la primera tormenta del año.

¡Gracias, San Isidro Labrador!

Fue un chubasco de esos que da gusto. Refrescó el aire que estaba caliente, oímos la tierra mojada y fuimos felices al igual que los sapos que salieron a disfrutar de los charcos. La madre superiora tomó la decisión de abrir el cajón hasta el día siguiente. Continuamos con nuestras labores, merendamos temprano y después nos retiramos a nuestras celdas a rezar nuestras oraciones y a dormir o cuando menos a intentar. Estoy segura de que todas estamos ávidas

de ver que hay en la caja. ¿Qué será?

Viernes, 29 de junio de 2017

Pasé gran parte del día en la toma de fotografías. Fui otra vez a la tienda de Chucho y me permitió fotografiar su hermoso negocio. Retraté también a los pocos niños del lugar, las vacas, los burros, gallinas y cuantos animales me encontré. Por supuesto tampoco se me escapó doña María. La coloqué en su silla de palma entre sus montones de macetas y me regaló la mejor de sus sonrisas. La noté un poco triste.

«A lo mejor la buena señora se siente sola» pensé, pero no fui capaz de sacar el tema de su hijo desaparecido.

También fui de nuevo a la capilla y el señor que cuida del templecito se portó de maravilla. Tuvo la gentileza de descolgar la pintura y la colocó justo en un lugar donde le dio una excelente luz natural. Tomé unas inmejorables fotografías. Mi trabajo en el Rosario había terminado.

Cuando salí, a lo lejos, vi a la única persona que estaba afuera de su casa el día que llegué. El ancianito se encontraba sentado en la misma posición y en el mismo lugar. Me acerqué lo más que pude para no importunarlo y lo fotografié.

El resultado final es que llevo hasta el último rincón de este lugar perdido en el tiempo y en el espacio, todo guardado en una minúscula tarjeta de memoria.

Durante la comida María sacó a colación mi próximo regreso a casa.

—Te vas muy pronto.

—Sí, doña Mary, pero regresaré. Aún no termino mi investigación. No vaya a rentar mi cuarto. Le dije con una sonrisa traviesa.

—¿Quién va a venir por acá, niña?

—Por cierto, Mary, ¿es frecuente que haya turismo que visite las ruinas del convento?

—No, niña, casi nadie sabe de las ruinas, nomás nosotros y algunas gentes de San Miguel y pos ya las viste, ya no hay nada, solo un montón de piedras.

Terminamos de comer en silencio.

Después de comer ayudé a María a recoger la mesa y a lavar los platos mientras ella ponía una olla de barro en la lumbre para preparar su infusión acostumbrada. La miré de reojo mientras sacaba de su alacena la miel y un bote de plástico con yerbas secas.

—¿Ahora de que toca el té, doña María?

—Hoy te lo voy a dar de manzanilla. Es una yerba dulce. Se usa entre muchas

cosas para la tristeza. Me sirve a mí, que ya te vas.

¡Diablos! No contaba con ese golpe bajo. Dejé de lavar los trastos, me sequé las manos en mi camiseta y la tomé de las manos.

—Le prometo que voy a volver, doña María, recién comienzo con mi trabajo de investigación —expresé al tiempo que intentaba sonreírle.

—Ya está el té. Hay que tomarlo caliente.

Le ayudé a servir el aromático brebaje y nos sentamos como dos amigas que se conocen desde siempre. Solo disfrutamos el momento.

—Cuando yo era niña mordía la orilla del jarrito de barro. Me gustaba el olor y el sabor de la tierra —recordó mi casera.

—Es que tiene gustos de princesa, María — le aclaré y me miró como si yo estuviera loca.

—En el museo más importante de España existe un cuadro de uno de los más grandes y famosos pintores españoles. Diego Velázquez —la anciana se quedó mirándome extrañada—. Esa pintura lleva por nombre las “*Meninas*”. Ahí, aparece una princesa de nombre Margarita a la que le ofrecen un jarrito de barro. Existe la creencia que era para que se lo comiera, al parecer era costumbre en las mujeres de esa época.

—¿De veras, niña?

—Sí, María. Se dice también que a lo mejor el jarrito de la princesa provenía de la Nueva España. De un pueblito llamado Tonalá.

María me sonrió y exclamó:

—¡Y mi mamá que me daba de nalgadas porque me comía sus jarros!

Luego nos echamos a reír.

—Yo lavo los jarros, su majestad —le dije al tiempo que hacía una reverencia y se rio de nuevo—. Hay muy buena luz aún, vaya a coser sus servilletas para que estén listas el domingo.

Nos levantamos al mismo tiempo, me agradeció y sacó su inseparable silla para sentarse a coser afuera de su casa. Yo me ocupé en lavar los jarritos y limpiar un poco el pretil de la cocina; a continuación, me encaminé a la habitación para proseguir con la lectura del diario de la religiosa del convento del Rosario.

Eran las cinco de la tarde cuando saqué el manuscrito de mi mochila y me dispuse a leer de nueva cuenta.

Tardé dos horas en transcribir en mi laptop el martes quince de mayo a causa de unos párrafos borrosos, sin embargo, pude leer el texto en su totalidad sin más dificultades que los pedazos de escritura en los que la tinta estaba casi desvanecida.

«¡Qué lectura tan grata!» El quince de mayo de 1900 fue palabra por palabra

tal y como ella lo describió: Un día extraño.

Apenas había comenzado a leer el diario y la narración había sido tan interesante, que sin lugar a dudas podía dar cabida a una nueva investigación. Tal reflexión me hizo recordar mi tesis y esta resultó de pronto insulsa y pobre. En definitiva, mi trabajo no era nada en comparación con la sugestiva historia de la vida monacal de un convento conocido por unas cuantas personas.

La religiosa plasmó en su diario como era una jornada cualquiera en un monasterio de principios del siglo veinte. Sus costumbres, sus comidas y sus postres, sus horarios, sus rezos, los nombres de algunas de sus compañeras con todo y rasgos de personalidad y características físicas. ¡Todo eso en la narración de un solo día!

¡Rosa María! ¡Qué personaje tan impresionante! Ante mí apareció la imagen de una monja descomunal, de una monja de fantasía cuya figura pudiera ser utilizada para las películas de terror. Fantaseé con la posibilidad de localizar en San Miguel a algún descendiente del zapatero que le hacía sus huaraches, pero sería sacarme la lotería de nuevo. No lo creí posible. De seguro la zapatería desapareció hace muchos años, eran oficios de antaño que no podían tener competencia con la intromisión irremediable y vertiginosa de la posmodernidad.

Lo que sí consideré viable, fue preguntar por el cronista de San Miguel el domingo. Pensé en esa posibilidad y me emocioné. De inmediato me dieron unas tremendas ganas de ir de nuevo a las ruinas para tratar de averiguar dónde estaba el pozo de agua, la despensa y su bonito fresno.

Tendré que volver mucho más pronto de lo que creí.

Por cierto que me he quedado con la misma curiosidad con la que se quedaron todas las religiosas en torno al regalo sin abrir. ¿Qué diantres recibieron las monjitas? Eso fue tan insólito, que por un momento sentí estar leyendo una novela, pero mi inconsciente se sacudió y brincó de alegría al recordar que era una historia real de hacía poco más de cien años.

Un gran bostezo salió de mi garganta y me estiré cansada. Miré la hora en mi celular y apenas eran las ocho y media de la noche. A través del cristal de la ventana vi de reojo iluminarse el cielo ya oscuro y enseguida escuché un sonoro trueno.

— Va a llover de nuevo—dije para mí misma.

Bostecé otra vez y me froté los ojos, después cerré el diario y apagué mi laptop. Escuché también que María se metió a la casa y me llamó. Salí de la habitación y me encontré con ella.

—¿Quieres cenar, niña?

—No tengo hambre, María, muchas gracias. Quiero dormirme temprano —le dije a modo de despedida.

—Que pases buenas noches.

Respondí a su despedida y me metí de nuevo a la habitación. Me desvestí para ponerme una camiseta y un pantalón de algodón corto y después cargué mi celular por costumbre ya que solo funcionaba como reloj y despertador. Salí de nuevo para tomar un vaso de agua y lavarme los dientes. Vi a María doblar sus servilletas terminadas y le deseé de nuevo las buenas noches. Cuando me acosté eran casi las nueve y comenzó a soplar un viento demasiado fuerte con el que llegaron las primeras gotas de agua, grandes y pesadas. Recordé la tormenta de la tarde del quince de mayo del año de 1900 descrita por María Merced. Una lluvia tan fuerte que les impidió a las religiosas abrir un pesado y hermoso cajón que recibieron de regalo. Me entró el gusanito de la impaciencia por saber que más había pasado, quise levantarme y seguir leyendo el diario, pero tenía los ojos cansados y sentí frío a pesar de que estábamos en verano. Igual que María Merced, solo que, ciento diecisiete años más tarde, me fui a la cama con la curiosidad de saber que había en ese cajón. Me dormí enseguida.

Una fatídica mañana

Miércoles, 16 de mayo de 1900

Nos hemos levantado más temprano que de costumbre a causa de la curiosidad.

Fuimos a la capilla como siempre antes de desayunar. Cuando ya habíamos terminado nuestras oraciones, la madre superiora nos obligó a rezar otros tres Padres Nuestros y cinco Aves Marías de más para mitigar el deseo insano de la curiosidad, aunque no sirvió de mucho porque en cuanto terminamos de comer nuestros frijoles negros y de tomar nuestro chocolate en agua, salimos en parvada del refectorio rumbo al fresno motivadas por la impaciencia de ver que guardaba la caja.

Nos colocamos alrededor del cajón, listas y dispuestas para ayudar. Desde ayer sacamos del establo todas las herramientas que tenemos, pero Rosa María cogió un mazo con la intención de hacer el trabajo ella sola. Después de la advertencia de hacernos a un lado, nuestra hermana dio los primeros tres golpes y consiguió romper uno de los tres pesados candados. Fue una lástima porque eran de buena hechura, pero quien dejó el regalo, olvidó dejar las llaves.

Fue rápido. Al cabo de cinco minutos Rosa María había destrozado todas las cerraduras. Aplaudimos. No sé si hubiéramos sido capaces de romper semejantes candados sin ella.

Luego, nos arremolinamos de nuevo alrededor del arcón.

¡Estábamos tan emocionadas! Hemos tenido tan pocas cosas en esta vida y nos hemos pasado la vida trabajando y tan alejadas del mundo, que este regalo era para nosotras una especie de premio a toda una vida de trabajo. No sabíamos que era, pero teníamos la esperanza que sería algo asombroso.

¡Por un rato nos volvimos niñas a la espera del regalo de día de Navidad y fue maravilloso!

La madre priora se desesperó con todo el chacoteo y nos regaño. Nos pidió casi a gritos que nos hiciéramos para atrás y pidió a Rosa María, a Jesusa y a Petra que levantaran la tapa.

La emoción flotaba en el ambiente; se escucharon murmullos y risas ahogadas de todas mientras que nuestras tres hermanas levantaban la pesada cubierta. Gritamos cuando se escuchó el golpe seco de la tapa cayendo al suelo y luego nos reímos con ganas. De nuevo nos apiñamos para intentar ver que había dentro de la caja, pero no fue posible porque nuestro regalo se encontraba

cubierto por una delicada y fina sábana blanca con orillas bordadas.

¡Qué maravilla! ¡Jamás en mi vida ni siquiera cuando niña y aun cuando mi familia era acomodada atesoré una sábana de esa finura!

Nos miramos extasiadas... Corrió una leve brisa fresca que movió las hojas verdísimas de nuestro fresno y sentimos la presencia de Dios Nuestro Señor. Nos quedamos inmóviles, sin saber que hacer o que decir... finalmente, la madre Engracia tomó la palabra.

—Ayúdame, María Clara. Tú destapa la orilla de abajo. Yo, aquí.

Trataré de explicar lo que pasó a continuación.

El suceso que vivimos fue increíble, tanto fue así que me pareció estar en un sueño. O en una pesadilla.

Rosa María, nuestra heroína, nuestra salvadora, nuestra valiente gigante no soportó lo que vio y cayó como fulminada por un rayo a mis pies.

Yo estaba aterrada.

Fue como si hubieran pasado días y noches enteros y en todo ese tiempo eternal no fui jamás capaz de moverme.

Rosa María seguía tirada, con el sol incandescente pegándole a la cara y yo, su mejor amiga, la miraba impasible.

¡Cómo si no me importara mi querida hermana!

Después, como si estuviera en un sueño del que no podía despertar, escuché gritos lejanos y entonces, pude mirar a algunas de las hermanas. Petra y Jesusa habían reaccionado y chillaban a gritos. Vicenta no había soportado la impresión y había caído víctima del soponcio. Tres de las hermanas atinaron a correr hacia el interior del convento mientras chillaban desahoradas y otras dos gritaban tan fuerte, que temí que los gritos llegaran hasta el Rosario. La madre Clara sostenía a la madre superiora que no paraba de temblar. Todo era un desorden descomunal.

La madre Engracia comprendió que sus ovejas necesitaban con verdadera urgencia a su pastora. A gritos intentó calmar a todas y nos ordenó que nos metiéramos en la capilla. A Jesusa, quien ya estaba más tranquila y a mí, nos ordenó atender a Rosa María y a Vicenta que todavía no reaccionaban. Corrí hacía el pozo y saqué agua para salpicarles la cara y mandé a Jesusa a que preparara té de tila bien cargado para tranquilizar los nervios.

Vicenta despertó desorientada y comenzó a gritar al recordar lo que había visto, la abracé y cuando se tranquilizó un poco la mandé a la capilla, luego, fui con Rosa María, mi adorada gigante, le levanté la cabeza un poco y me coloqué de tal modo que no le pegara el sol en la cara. Volvió en sí y comenzó a llorar.

—¡Me duele la cabeza, María Merced! —me dijo mientras seguía llorando. En ese momento me vi la mano llena de sangre.

—Te golpeaste cuando te caíste, ahorita te curo, no te muevas —le dije asustada.

Corrí hacia la capilla y pedí ayuda, me siguieron las que estaban más calmadas y entre tres, apenas si pudimos levantarla. La llevamos a la capilla y ahí, la curé con cataplasmas de perejil machacado, árnica y oraciones al Espíritu Santo.

Dos horas después, estábamos aún en la capilla a los pies de nuestro Señor Jesucristo colgado en su cruz, testigo mudo de esa fatídica mañana. Nos encontrábamos en completo silencio, un poco más tranquilas, bebiendo té de tila y agua de jamaica especiada.

Domingo, 20 de mayo de 1900

Es domingo, día del Señor.

La madre Engracia se ha negado rotundamente a que fuéramos al pueblo a vender nuestra mercancía. No ha querido darnos la más mínima explicación, pero no hacía falta.

Ya pasaron cinco días desde que llegó el cajón a las puertas de nuestro amado convento y hemos estado calladas, tristes y tan asustadas que no se ha vuelto a mencionar el asunto. La caja sigue bajo el fresno, abierta, igual que como la dejamos la tarde después del día de san Isidro Labrador. Todas las hermanas evitamos pasar cerca de ahí y a mí, que tanto me gustaba leer bajo su sombra, ahora lo he veo como un lugar de mal augurio.

Hemos pasado también muy malas noches pues el calor se siente más fuerte que otros años. Hoy, a las tres de la mañana por fin comenzó a refrescar, pero el precio fue el terrible ulular del viento. Golpeó las ramas y hojas de nuestro fresno sin misericordia y comenzó a caer una tormenta fuertísima. Las paredes de mi celda se iluminaron durante mucho tiempo y me figuré a todas mis hermanas moverse inquietas al igual que yo.

Hoy, nuestros ruegos y plegarias hicieron eco en los gruesos muros de piedra del convento. He rogado con toda mi alma a la Santísima Virgen que nos proteja del maligno enemigo.

¡Ahí nos vemos!

*Dichoso de ti, Ángel Bello,
y la hora en que naciste,
dichoso de padre y madre
y padrinos que tuviste.*

*Dichoso de ti, Ángel Bello,
que a la Gloria vas a entrar
con tu palma y tu corona
y vestido de cristal.*

*Coronita me has pedido,
coronita te he de dar,
todo te lo he concedido,
todo tuviste en tu altar.*

*Ya me separo del mundo,
ya no quiero ser mundano,
ya los ángeles del cielo,
ya me llevan de la mano.*

*Ya se murió el Angelito,
válgame Dios que alegría
que lo recibieron los ángeles
para cantarle a María.*

Despedimiento de angelitos

Domingo, 2 de julio de 2017

Salí del Rosario a las seis de la mañana del domingo dos de julio rumbo a San Miguel sin poder quitarme de la cabeza la historia de María Merced.

Doña María insistió en acompañarme a la casa de Chucho a pesar de que un día antes habíamos llevado a la tienda todas sus servilletas bordadas en punto de cruz, sus bolsitas bien cerradas con plantas medicinales y unas quince minúsculas macetas; guardadas y acomodadas a la perfección en una caja de cartón.

El amanecer estaba fresco, brumoso y olía endemoniadamente a monte mojado. Me despedí con un fuerte abrazo de la buena de mi casera al tiempo que le agradecía todas las amables atenciones y prometiéndole que volvería. Chucho terminó en ese momento de subir todas las mercancías mientras comentaba a varios lugareños que el otro vehículo había salido ya del Rosario. Me subí entonces a la parte trasera de la vieja camioneta no sin antes volver a abrazar a María. Junto conmigo subieron dos chicos un poco más jóvenes que yo. Me quité la mochila de la espalda, me arrinconé entre un montón de cajas y hieleras llenas de mercancías y me puse la capucha de mi sudadera. Los chicos me sonrieron. En la parte delantera se subieron dos mujeres: una de ellas era la esposa del amable conductor.

Chucho prendió el motor y al grito de *¡ahí nos vemos!* Aceleró. Me despedí por enésima vez de María que se quedó parada en la entrada de la tienda cerrada hasta que la perdí de vista.

Durante el trayecto los jóvenes hablaron entre ellos y yo pasé el tiempo viendo el paisaje atiborrado de verde y pensando en la narración tan extraña de la religiosa. La noche anterior estuve despierta hasta las tres de la mañana. Copié, revisé otra parte del manuscrito, verifiqué que no hubiera error alguno y todo resultó correcto; sin embargo, la historia de la monja comenzó a parecerme algo increíble. Estaba absorta, sin saber que pensar, con el diario entre las manos y la luz de mi ordenador iluminándome la cara cuando escuché el sonido del viento y sentí miedo. Entendí que necesitaba controlar esa imaginación mía, siempre tan presuntuosa.

Cerré el cuadernillo más asombrada que cansada y concluí que tenía que dormir aunque fuera algunas horas, pero fue en vano, me pasé lo que restó de la noche dándole vueltas a lo ocurrido en el convento.

Estaba intrigada por completo... «¿Qué sería aquello tan terrible que encontraron dentro y que las llenó de espanto?»

Especulé en la posible broma de alguna mala persona, pero eso era muy poco probable. ¿Quién se atrevería a burlarse de unas pobres mujeres que vivían apartadas del mundo, por allá, en 1900? A pesar de que resultaba demasiado sorprendente el envío de un cajón de madera fina, labrada, con herrajes y una delicada y costosa sábana en su interior, no me parecía que fuese una broma de alguien.

Me estremeció el sufrimiento y el pánico de las pobres religiosas, ¡arrodilladas y suplicantes ante su Cristo para que las protegiera del maligno! Me acordé de los gritos, llantos y de Rosa María, y me enternecí con la gigante que se desmayó. Ante el recuerdo de tan infortunado suceso quise levantarme de la cama y seguir con la lectura, pero vi la hora y eran ya las cinco de la mañana.

Justo en ese momento escuché a María con su rutina matutina y de inmediato me llegó un espléndido olor a café negro especiado con canela.

Suspiré y me levanté, sacudí las sábanas y tendí la cama, luego me vestí, me cepille el pelo y me hice una coleta, acomodé mis últimas pertenencias en la mochila y salí de la habitación para ayudar a María.

Llegamos a San Miguel con un incipiente sol veraniego. Ayudé a descargar las mercancías y a instalar el tenderete afuera del atrio de la parroquia. Entretanto, Chucho saludaba casi a gritos a los vecinos del Rosario que habían llegado desde hacía buen rato y que se encontraban ya listos para comenzar a vender sus quesos, cajetas, panes de maíz, leña y sabe Dios cuántas cosas más. Después de ayudarles en la colocación de las mercancías me despedí de Chucho, de las dos mujeres y de los jóvenes con los que compartí la parte trasera de la camioneta. El buen hombre me agradeció mi parte correspondiente para el pago de la gasolina y me deseó buen regreso a casa. No perdí tiempo, me fui directo a la pequeña estación de autobuses y pregunté al empleado el horario de salida hacia la ciudad.

—A las once y a las dos de la tarde, señorita.

Compré el boleto de las dos de la tarde.

Vi mi celular y ya tenía señal. Me avergoncé por la felicidad que sentí ante tal hecho.

Aparecieron un montón de mensajes de *WhatsApp*, todos de mi madre y pensé en llamarla, pero recién daban las ocho y era domingo. Decidí por lo tanto esperar un poco y opté mejor por ir a desayunar, más tarde intentaré hablar con el párroco de la comunidad. Tenía pendiente el tema de la pintura y, de paso, también consideré que sería buena idea preguntarle por el cronista del pueblo, o mejor aún, que pudiera darme alguna noticia del convento.

Caminé por los alrededores y como era mi costumbre sin hacerlo consciente presté especial atención al entorno y a las casas del lugar, la mayoría edificaciones viejas, con muros altos y ventanas de forma vertical con vetustos pechos de paloma y rejas de hierro forjado. Las puertas de algunas viviendas se encontraban ya a esa hora de la mañana abiertas de par en par, mostrando un enrejado y un recibidor con mosaicos trapeados y bonitas plantas en macetas recién regadas.

Afuera de una de esas casas, en plena banquetta, me encontré con un merendero que me pareció un buen lugar para desayunar. Atendía el negocio una señora y dos chiquillas adolescentes. Me senté y después de ordenar me atreví a preguntar a la mujer por el cronista.

«Con suerte y sabía algo».

—¿Qué es eso? —me respondió entre curiosa y abochornada.

—No se preocupe —le sonreí amable.

—Se llama Jesús Radillo —escuché que respondieron y volteé para ver quién era la persona que me hablaba.

—¿Usted lo conoce? —le pregunté a un señor de mediana edad que desayunaba ahí mismo.

—Sí, vive aquí a tres cuadras; por esta misma calle. No sé el número, pero ahí pregunta. Solo que ya está muy viejito y enfermo. A ver si la puede atender. Vive con una hija.

—Le agradezco mucho, señor.

Terminé de desayunar, pagué y agradecí de nuevo al hombre que me dio la referencia.

Caminé con dirección a la plaza hasta llegar al pintoresco quiosco del pueblo edificado muy seguramente a principios del siglo veinte. Me senté en las escalinatas y llamé a casa.

—Hola, mamá ¿cómo estás?

—¡Ana! ¡Estábamos Preocupados! ¡Qué bueno que por fin te comunicas, por poco vamos a buscarte!

—¡Mamá! te mandé decir que no había señal ni de teléfono ni de *Wifi* en el Rosario, ¿no te avisó el taxista?

—Sí, pero eso fue el día que llegaste, pensamos que te quedarías dos o tres días a lo mucho.

Le expliqué a mi madre que no había transporte público en el Rosario y que me había venido de aventón a San Miguel con un vecino del lugar, que la descripción del doctor Alvarado con respecto a que el lugar era casi una ranchería había sido magnánima, pero que a pesar de todos los pequeños inconvenientes me encontraba en perfecto estado y por si fuera poco, feliz. Evité por supuesto contarle mi expedición a las ruinas y el descubrimiento del diario para evitar más preguntas y mortificaciones innecesarias.

—Salgo a las dos de la tarde... ¿Puede ir mi papá a recogerme a la central de autobuses?

—Sí, claro —respondió mi madre ya sin angustia en la voz.

—Por cierto, llamó el profesor Alvarado. No logró comunicarse contigo. Te envió un email.

Sentí una punzadita de ansiedad. El doctor con toda posibilidad quería saber cómo estaba llevando la tesis.

—Muy bien, trataré de revisar mi correo. Gracias, mamá. Nos vemos en la noche.

—Por favor, cuídate mucho —añadió por último mi madre.

—Claro, no te preocupes. Los amo.

Colgué al tiempo que suspiraba.

Tenía que hacer algo de tiempo antes de intentar ir a la casa del cronista. Era domingo y el señor al parecer estaba anciano y enfermo. No podía presentarme en domingo a las nueve de la mañana. A lo lejos, vi a los habitantes del Rosario en plena venta con los fieles que recién salían de misa.

—¡El cura! —exclamé y corrí a averiguar si era posible hablar con el sacerdote.

—Buenos días —saludé con respiración agitada a la persona que parecía ser el sacristán del templo.

—¿Disculpe, podría hablar con el señor cura?

—Se metió a desayunar. Búsquelo dentro de una hora o antes de misa de doce.

—¿Habrá algún otro sacerdote con el que pueda hablar?

—No, señorita... nomás con el señor cura.

Le di las gracias y lamenté mi mala suerte. Tenía mínimo una hora libre antes de realizar alguna otra cosa.

No me quedó más opción que meterme al templo de San Miguel. La parroquia no resultó ser tan majestuosa como acostumbran ser las parroquias en otros lados, sin embargo, era cinco o seis veces más grande que la diminuta capilla del Rosario. El templo estaba dedicado, por supuesto, a san Miguel Arcángel, cuya gran escultura barroca de bulto policromado se alzaba majestuosa en pleno altar. El héroe de mil batallas empuñaba su espada de gran guerrero en contra del terrible enemigo, —un pobre diablo enclenque y feo— que se hallaba derrotado a sus pies.

La parroquia de tres naves se había quedado casi vacía después de la misa. Solo dos viejecitas rezaban en voz baja y una más dormitaba con un rosario en mano. Tuve buena suerte: encontré un rincón apartado con buena luz a un lado de una santita dormida para siempre en un ataúd transparente.

Sonreí porque las fotografías de muertos formaban parte de de mis extravagancias. La fascinación que tales imágenes ejercían sobre mí era inaudita. No podía explicarlo. Recordé mi fabulosa colección de tres fotografías.

Observé con atención la escultura de la santa niña y vinieron a mi memoria las impresionantes imágenes de los niños muertos coloreados en sepia.

«¡Tremenda puesta en escena!»

Los pequeños inocentes quedaban retratados para la inmortalidad, sin el más mínimo asomo de luz en los ojos, apáticos a la vida, con su mortaja elegante y flores en la cabeza.

Por si fuera poco, y como si su sola presencia no fuera suficiente para dejar maravillado, impactado o aterrado al espectador, para la posteridad posaban también los padres, padrinos y a veces los hermanos, todos con las miradas fijas

al lente de la cámara y sin el menor atisbo de sonrisa.

La primera vez que vi una de estas imágenes era una escuincla preparatoriana de dieciséis años. Me encontraba preparando una investigación de final de curso un viernes por la tarde en la biblioteca, y fue por casualidad que me topé con una revista especializada en arte mexicano cuyo tema eran los retratos y las pinturas de los “angelitos”. La hojeé por curiosidad y las imágenes me hipnotizaron. Fue tanta la impresión, que llegué con la revista en préstamo a mi casa y me fui directo a mi recámara para mirar las impactantes imágenes de nuevo.

No fui capaz de dormir en toda la noche. Pero tal hecho no fue por una circunstancia de horror o miedo, sino de dolor. A pesar de que se suponía que el velorio del niño no era señal de duelo, sino de fiesta y había música y tronaban cuetes porque un angelito sería recibido con bombo y platillo en el cielo, yo no me lo creí. Me llegó el amanecer con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar a causa de imaginarme el sufrimiento ajeno de una madre, cuyo hijo pequeño había muerto de sarampión, difteria o gastroenteritis hacía más de cien años.

Lloré por todas y cada una de esas madres que se hallaban ante el drama de la muerte, resignadas, con la mirada apaciguada y con la certeza de que su hijo muerto estaba ya con los ángeles del cielo.

Lloré por su dolor, uno punzante, clavado, intenso y bien escondido...

Mi madre, en cambio, pensó que mis lágrimas habían sido derramadas a causa de esas primeras desilusiones de amor que se tienen en la vida, y que dicen duelen como patada de mula, por eso de la tierna edad. Yo la dejé creer que sí, pero que el muchacho no valía la pena y que las lágrimas de esa noche habían sido el remedio efectivo para que se calmaran mis ímpetus amorosos. Lo dije con verdadera convicción, cual retahíla de jaculatorias recitadas por católica ferviente, sin decirle el verdadero motivo de mi llanto nocturno para evitar que me mandara con el psicólogo.

Una de las ancianas que ese domingo visitaba el templo caminó hacia la santa encerrada en la caja de cristal y me sacó de mis recuerdos. Frotó el ataúd con su mano llena de arrugas y manchas, recitó una oración y después se santiguó. Acto seguido, se dirigió hacia la salida sin prestarme la más mínima atención. Se fue apoyada en su bastón mulita y abriendo plaza, caminando por toda la nave central, como si fuera una novia. Dejé de oír sus pasos por el suelo de madera, cavilé un momento y descubrí que entre la viejita y yo, no había mucha diferencia.

Tras un suspiro coloqué a un lado mi mochila y saqué el cuadernillo para intentar una rápida y corta lectura.

¡Qué demonios!

San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha.

Sé nuestro amparo contra la perversidad y las acechanzas del diablo.

Que Dios manifieste sobre él su poder, esa es nuestra humilde súplica; y tú, Príncipe de la Milicia Celestial, con la fuerza que Dios te ha conferido, arroja al infierno a Satanás y a demás espíritus malignos que vagan por el mundo para la perdición de las almas.

Amén.

Oración a San Miguel

Papa León XIII

Lunes, 21 de mayo de 1900

El terrible espanto que invadió el convento el día que abrimos el cajón nos invadió de nueva cuenta. Solo que hoy fue mucho peor.

Agapita, quien es nuestra hermana encargada de la huerta, se levantó antes que todas para cortar hojas de toronjil y prepararnos infusiones porque dice que cura el susto y robustece los nervios, pero la pobre no alcanzó a llegar a la huerta. Todavía estaba oscuro cuando escuchamos que nos llamaba a gritos. Algunas salimos al patio aún en ropa de cama para descubrir lo inimaginable.

Ver el cajón sin su contenido acabó con nuestro frágil ánimo. La escena se repitió. Nos apretujamos como el pasado 16 de mayo, todas alrededor de la gran caja, pero esta vez no con alegría, sino llenas de espanto. Algunas llorábamos en silencio.

En la caja solo quedaba la sábana blanquísima y fina cuyas orillas bordadas se ondeaban al ritmo de un tenue viento fresco de madrugada, como único y fiel vestigio de que lo que vimos no había sido producto de un sombrío sueño.

¡Todas estábamos enteleridas por el terror que se apoderó de nosotras!

Escuchamos el alboroto de algunos de nuestros animales y la hermana Vicenta apuntó hacia el establo; entonces, vimos entre retazos de bruma y despuntes de la luz del alba a un ser que nos pareció espeluznante y extraño, un ser que caminaba tal y como Dios nos echa al mundo.

¡Era aún más alto e imponente que lo que parecía cuando estaba tendido y guardado en su féretro!

Mis hermanas y yo nos quedamos quietas, apretujadas, observándolo y por un

momento no dimos crédito a nuestros ojos.

Esa cosa que parecía hombre, dotado de vida por algún espíritu maligno, ¡sí, por un espíritu demoníaco! Pues después de estar inerte en un gran ataúd, ¡se había levantado de su lecho de madera!

Se me escurrieron otra vez las lágrimas y sentí en el mero centro del pecho una punzada de dolor porque comprendí que tendríamos que abandonar nuestro amado claustro para escapar de algo que iba más allá de nuestro pobre entendimiento.

El engendro se dio cuenta de nuestra presencia y nos miró de un modo extraño, como si estuviera poseído... todas retuvimos la respiración. Después, como si llevara siglos entre nosotras, nos ignoró y se metió al establo.

La madre superiora, que a pesar de su aspecto pequeño tiene un carácter férreo, se sobrepuso al terror del que éramos presas y nos ordenó meternos en la capilla. Ahí, encerradas y a los pies de nuestro bendito Cristo, nos instruyó para que por la noche atrancáramos nuestras celdas y que anduviéramos juntas, de cuatro en cuatro y, aunque tuviéramos que ir al retrete, lo hiciéramos acompañadas...

El día fue terrible. Los pobres animales no comieron pues ninguna de nosotras se atrevió a meterse al establo. Ni siquiera Rosa María. Fue hasta el anochecer que escuchamos desde nuestros dormitorios a los animales inquietos y supimos que había abandonado por fin su escondite. Nos pasamos la noche rezando el santo Rosario y pidiéndole auxilio a San Miguel Arcángel mientras que el demonio merodeaba por todo nuestro claustro con cínica familiaridad. Profanó nuestro hogar y nuestros corazones.

Domingo, 2 de julio de 2017

10:00 a.m.

—¡Qué demonios! —maldije en voz alta y me levanté de un salto de la banca del templo.

Las pocas personas que se encontraban cerca de mí me miraron con mala cara y me importó un soberano cacahuete.

¡Un cabrón se metió al convento!

¡No lo podía creer, pero no existía otra explicación!

Metí furiosa el diario a la mochila y salí de la parroquia echando lumbre.

Afuera, ya calentaba un sol de diez de la mañana y sentí que me ardían las mejillas. Estuve segura de que no era a causa del sol, sino de la rabia.

Desde el viejo enrejado que separaba el atrio de una de las calles principales de San Miguel tuve un amplio panorama del centro del pueblo y vi la plaza, el quisco y los portales. Me remonté al pasado y el espectáculo de color se volvió blanco y negro. Visualicé a los arrieros de tiempos idos con sus mulas cargadas de bastimentos. Vi a los vendedores de miel, de pan recién horneado, de leche fresca, de sarapes y rebozos bajo la sombra de bonitos toldos hechos de palos y palmas. Los hombres del lugar llevaban sombreros y calzones de manta y las mujeres vestían enaguas largas. Me imaginé también, en el mismo lugar donde se encontraban los habitantes del Rosario solo que cien años antes, a las inocentes y buenas monjas cocineras. Las vi en su carretela, con su hábito marrón y con la mirada bondadosa, vendiendo sus quesitos frescos, sus conservas y su rompopo, y la rabia renació.

¡Quién pudo ser tan mala persona para meterse en un convento y asustar de esa manera a casi una veintena de inocentes mujeres! ¡No era justo! ¡De verdad que no era justo!

Traté de respirar profundo y de relajarme porque el enojo no me dejaba pensar con claridad. ¿Qué diablos me pasaba? ¿Por qué estaba tan turbada por algo que había pasado hace tanto tiempo?

Tuve miedo de estar loca porque temblaba de la rabia y sentí que eso no era normal.

Como mi ánimo en ese momento no era el mejor del mundo, decidí ir primero a casa del cronista en lugar de hablar con el cura porque tenía la esperanza de que el recorrido hasta su casa hiciera sosegar un poco mi turbación. Caminé sin prisas y respiré profundo, a cada paso, inspirando y exhalando con sosiego mientras meditaba que tenía que analizar el texto, tranquila y sin apasionamientos.

No fue difícil llegar. Luego de recorrer cinco cuadras pregunté por el historiador del lugar a una señora que barría la entrada de su casa.

—Don Jesús vive a tres puertas.

Me saqué una moneda del bolsillo de mi pantalón para tocar en una vieja y pesada puerta de madera que supuse era de mezquite. Esperé unos segundos y volví a tocar. Escuché pasos y luego el ruido de un pasador de metal. Ante mí, apareció una señora rechoncha de unos cincuenta años de edad.

—Buenas días, señora. Busco a don Jesús, el cronista. Soy historiadora y me gustaría platicar con él.

Me escudriñó un momento y luego me respondió.

—Déjeme ver si puede atenderle, está un poco delicado.

—No le quito mucho tiempo, es muy importante... vengo de muy lejos —añadí con tono de suplica antes que diera la vuelta.

La señora me sonrió y asintió con la cabeza, crucé los dedos y esperé a que volviera con una respuesta.

—Pase, señorita. Le pido por favor que sea rápido. Esta enfermo y se cansa mucho.

—No se preocupe, seré breve.

Me encontré al anciano sentado en un equipal en el último rincón de un bonito patio, justo donde se encontraba un macetón enorme con una palma que le brindaba al anciano el beneficio de los rayos de sol y calentaban su cuerpo enfermo, pero a la vez también una sombra gratificante. Frente a él estaba una mesita con un par de libros encima y una taza con un líquido caliente.

La señora me acercó otro equipal y me ofreció algo de tomar; yo negué con la cabeza y le agradecí la atención.

—Buenos días, don Jesús. Me llamo Ana Moreno, recién salí de la Universidad y estoy investigando el convento del Rosario para mi tesis —mi inconsciente me traicionó con esa mentira.

—¿Ya fuiste?

—Sí, de allá vengo.

—Pues no hay mucho que decir. Lo que yo sé lo supe por mi padre y por los lugareños más viejos del Rosario. La mayoría de ellos ya se murieron.

—Lo que me pueda contar está bien.

—¿Qué sabes?

—Por un momento recordé las cosas que había leído en el diario, pero me ajusté a la versión de la abuela de María. Le dije eso, con pelos y señales.

—Lo de los revolucionarios no es cierto —aseguró el hombre—. Lo sé porque mi padre fue uno de los que acompañó al padre Santiago. En aquel tiempo mi papá era un chamaquito de escasos diecisiete años que estaba de paso en el Rosario... El incendio ocurrió casi en la madrugada del 4 de octubre de 1911, el mero día de San Francisco de Asís. ¿Curioso verdad? Las religiosas eran franciscanas.

El cronista interrumpió su relato para darle un sorbo a su bebida. Carraspeó y luego continuó.

—Fíjate que los habitantes del Rosario se enteraron del incendio por el resplandor rojo en el cielo. El padre Santiago se encontraba en el Rosario por el novenario de las fiestas patronales de la Virgen y alguien tocó a la casa donde se hospedaba el sacerdote para avisar que algo pasaba en el convento. Entonces, el padre reunió a varios hombres del lugar. A mi papá le tocó ir porque era cohetero y a esa hora de la madrugada él ya estaba listo para comenzar a echar cuetes.

El cronista sonrió entre divertido y nostálgico y luego prosiguió.

—Por cierto, no a todas las religiosas las hallaron muertas. Contaba mi padre

que cuando llegaron encontraron a una monja todavía viva y a la que el sacerdote con trabajos alcanzó a confesar... En cuanto le dio los santos óleos la religiosa murió. El padrecito les dijo a todos que corrieran la versión de los revolucionarios para que nadie se acercara al convento.

—¿Por qué? —pregunté extrañada.

—No lo sé. Mi padre solo eso supo también.

—Si hubo algún secreto, la monja lo confesó a punto de morir y el sacerdote también se lo llevó a la tumba. Total, el incendio del convento también fue un misterio.

—¿Su padre conoció el lugar donde las enterraron?

—Sí, claro. Él ayudó a enterrarlas, pero yo no recuerdo que haya dicho en donde las enterraron y yo no tuve mucho interés por saberlo, en ese entonces yo era un chamaco tarugo. Cuando comenzó a interesarme la historia mi padre había muerto y ya no pude preguntarle nada.

Justo en ese momento, don Jesús sufrió un acceso de tos y de inmediato llegó su hija para ofrecerle un sorbo de agua.

Yo entendí que era momento de despedirme y me levanté de mi asiento. Agradecí y salí de la casa del cronista.

Afuera, el sol estaba ya en lo alto. Vi mi celular y descubrí que tenía todavía tres horas como mínimo antes de salir de San Miguel.

Me enfilé de nuevo rumbo a la parroquia al tiempo que reflexionaba en todo lo que me había dicho el cronista. No había sido mucho, pero al menos me enteré del nombre del sacerdote que ayudó a bien morir a la única religiosa sobreviviente de semejante catástrofe, de la mentira del saqueo y del incendio intencionado por los supuestos forajidos.

En ese momento vi un ciber abierto y me acordé de mi tutor de tesis. De nuevo sentí una punzada de ansiedad.

Puse atención de nuevo en la hora. Cinco minutos. Luego correría con el cura para alcanzarlo antes de que oficiara misa de doce.

Me instalé frente a la computadora y abrí mi correo. Entre algunos mensajes que anunciaban una serie de conferencias en el Archivo General de la Nación y otro más que promocionaba una bienal de pintura estaba el icono que me anunciaba el email del profesor Alvarado. Lo abrí algo nerviosa.

Estimada Ana:

Es tiempo de revisar tus avances.

Estaré en la Universidad hasta el viernes 14 de julio, después salgo de viaje a Madrid.

Saludos afectuosos.

Doctor Jaime Arturo Alvarado

Fin del comunicado. Cerré sesión. El correo del profesor Alvarado me devolvió de golpe y porrazo a la realidad. Tenía poco menos de quince días para entregarle unos avances decentes al doctor.

¡Maldita sea! Había perdido una semana en el Rosario. Lo único que hice con respecto a mi trabajo de tesis había sido tomar unas fotografías. Recapacité además, que había entrevistado al cronista con respecto al convento y ni siquiera me había acordado de preguntarle por la pintura. Por si fuera poco, intentaba hacer lo mismo con el cura.

Ya no podía estar perdiendo el tiempo leyendo el diario por muy interesante que este fuera, ni buscando información acerca de un convento desaparecido. No mientras tuviera el compromiso de mi tesis. Pagué la renta de la computadora y salí enojada y frustrada del lugar.

Fui otra vez a buscar al cura con la idea de entrevistarlo, pero ya no sobre el convento como tenía planeado, sino sobre la pintura.

«¡Pinche mala suerte!» A lo lejos distinguí al sacerdote. Se hallaba confesando. Una fila de pecadores se extendía por una de las naves laterales. Conté veinte personas a la espera de que sus pecados fueran perdonados.

Ni en sueños iba a alcanzar a hablar con él antes de misa de doce. Ni modo. Solté un gran bufido y me resigné. Trataría de hablar por teléfono con el cura una vez que estuviera en casa.

Deambulé otro buen rato, compré algo de comida y bebida para llevar y por fin me instalé en una de las sillas de plástico raído del local que cumplía con las funciones de central camionera.

Pasó una hora. O más. Vi caminar por la banqueta a los habitantes de San Miguel hasta que se llegó la hora de partir a casa.

De la pared de color amarillo pálido colgaba un reloj digital que informaba la hora. Veinte minutos para las dos de la tarde. El autobús que me llevaba a casa y que se encontraba estacionado en la calle prendió el motor y algunos pasajeros comenzaron a formarse. Suspiré y me invadió la melancolía sin saber por qué. ¿Cuál era la razón? ¿El liliputiense poblado del Rosario? ¿María? ¿Las monjas? ¿El diario? ¿Acaso era que había perdido en tan solo una semana los ímpetus y la esperanza de lograr mi máxima ambición? No lo descubrí. A lo mejor era todo junto.

Me formé resignada para subir al autobús y entre los ruidos de la máquina del camión que me llevaría a casa escuché una risa conocida. Miré hacia atrás y

justo ahí, recargado en la portezuela de su viejo carro charlaba mi vivaracho, jovial y taxista favorito con otro señor. Me dio gusto ver sus manos dirigiendo a una orquesta imaginaria. Avanzamos. Suspiré de nuevo, ahora en señal de despedida. Cuando me llegó el turno de subir me detuve un momento y me hice a un lado para dejar pasar a los últimos pasajeros. Volví a escuchar la risa cantarina del taxista, me acordé de mi llegada al Rosario y después de las ruinas del convento. Se terminó la fila y el chofer del autobús se dirigió a mí.

—Nos vamos, señorita, súbase.

Dude solo un segundo...

—Aquí me quedo.

Hipótesis

*Domingo, 2 de julio de 2017
2:35 p.m.*

Estimado doctor Alvarado:

Me encuentro en San Miguel. Estaré un tiempo más en el Rosario por lo que me es imposible verle en la Universidad antes de su viaje.

Le debo una gran disculpa. He tomado la determinación de titularme por excelencia. Gracias por todo su apoyo. Espero, a su regreso, poder explicarle lo sucedido personalmente.

Ana Moreno

Pasaron dos segundos y luego mandé el email. No hubo entonces ya marcha atrás.

Había tomado una de las decisiones más difíciles de mi vida. Corrección: La más difícil.

Como por arte de magia mi proyecto de tesis dejó de ser importante para mí y no tenía caso seguir perdiendo el tiempo en algo que ya no me apasionaba. Punto.

Caminé de nuevo con rumbo a la plaza. Chucho y los demás habitantes del Rosario habían desaparecido.

Tenía ahora que hacer otra tarea por demás difícil: Llamar otra vez a mis padres para explicarles que por el momento no regresaría a casa. Busqué un lugar sombreado y tranquilo para poder hablar con ellos. Respiré profundo y marqué nerviosa el número de mi casa.

Desde luego, tal y como esperaba se pusieron fuera de control. Jamás, en todo lo que tengo de vida, habían tenido que lidiar con una hija rebelde y no supieron cómo manejarlo. Yo de igual forma.

Me sentí la hija más mala del mundo cuando les dije que era una adulta y que todo lo que aconteciera de aquí en adelante sería únicamente mi responsabilidad.

No quise darles más explicaciones, salvo que me encontraba en perfecto estado y que necesitaba quedarme para seguir con la investigación de la pintura, sin embargo, mis padres no son tontos y no me creyeron en absoluto. Pero ¿qué les podía decir? ¿Qué me quedaba porque descubrí el diario de una monja muerta con una historia que de pronto se había vuelto increíble y que por esa

razón dejó de interesarme la tesis?

Después de quince minutos de intentar convencer a mis padres, de regaños por su parte y de reafirmarles la decisión de quedarme muy lejos del nido por más tiempo, colgué el teléfono.

Me senté en plena banqueta con el ánimo descompuesto y con mi mochila en la espalda; dentro, bien guardado, se hallaba cual estatuilla de la Virgen del Rosario de los fundadores novohispanos el diario de María Merced. No supe si era el más grande de los tesoros o la mayor de mis desgracias.

En definitiva, no había sido el mejor día de mi vida. Traté de calmar mi ofuscación y de ordenar mis pensamientos, me concentré para entender por donde comenzar y así pues, poder largarme lo antes posible a mi casa. Repasé las prioridades.

Enseguida comprendí que no podía seguir malgastando el dinero en taxis, en especial si ya no contaba con el apoyo de mis padres. Iba a necesitar todo el efectivo que hubiese en mi cuenta bancaria y estirar el dinero lo más que se pudiera. Me levanté del suelo y fui al cajero del único banco. Retiré seis mil pesos. No hubo más.

El siguiente paso importante era dormir en San Miguel, pues en el Rosario, hasta no realizar entrevistas o hacer otra visita a las ruinas, no había necesidad de estar allí. En San Miguel tenía señal telefónica, acceso a Internet y aún estaba el recurso de entrevistar al cura.

Pregunté a un transeúnte por algún hotel barato para poder pasar la noche y me dio indicaciones precisas de cómo llegar a los únicos dos hoteles del pueblo. Elegí el más lejano del centro con la esperanza de que fuera el más económico.

Después de caminar por diez minutos llegué a un hotel pequeño con pinta de apropiado y pedí una habitación sencilla por una sola noche. Pagué por adelantado y me instalé en una habitación austera, pero cómoda y limpia. Me descalcé, me senté en la cama y me devoré la comida empacada que había comprado antes de mi frustrado viaje a casa.

Eran apenas las cinco de la tarde. Todavía podía ir a la parroquia... Me contuve. Era domingo y eran muchas las posibilidades de que el cura no me atendiera debido al oficio de misas dominicales para la feligresía católica.

Me entró otra vez la aflicción por mi mal comportamiento con mis padres y el gusanito del remordimiento casi me obligó a llamarlos de nuevo para limar asperezas, pero tuve miedo de que me convencieran de irme a casa y ante tal probabilidad quité el celular de mi vista.

Al final, decidí pasar lo que restaba del día en releer, escribir y analizar la parte del diario que leí en la parroquia. Una hora más tarde, estuve segura de que, por mi parte, no había error alguno en la transcripción, sin embargo, la

historia me seguía pareciendo inverisímil.

La lógica me decía que las cosas eran simples: un individuo se introdujo en el convento, así de sencillo. No obstante, según la narración de María Merced, lo que ellas identificaron como un hombre, ¡estuvo encerrado en un hermoso cajón de madera por días!

Recapitulé. Revisé mis anotaciones y leí otra vez lo poco que llevaba del diario.

El cajón llegó al convento el día 15 de mayo y pudieron abrirlo un día después. Sin embargo, no sabía cuánto tiempo llevaba cerrado antes de que les llegara a las franciscanas.

Cómo sea, la primera impresión cuando leí la descripción del ser extraño, era la de un hombre muerto, pero ese supuesto muerto, ¡se levanta y camina la madrugada del día 21 de mayo!

En definitiva algo no cuadraba...

Me quedé unos minutos absorta y especulé en posibles hipótesis.

La primera: El diario era un fraude. Una vulgar imitación aunque muy bien hecha y lo dejaron en ese lugar para atrapar a una tonta incauta como yo.

No. Imposible. Desapareció por arte de magia esa idea tan tonta. De ninguna manera era experta en textos viejos, pero no cabía la menor duda, el papel amarillento, la tinta, la escritura, el libro mismo... El manuscrito era legítimo, eso sí que era un hecho indudable.

La segunda hipótesis la basaba en el hecho de que la religiosa, creativa e imaginativa y con ciertas dotes literarias comenzó a escribir una especie de relato novelesco.

—Pudiera ser —dije entre dientes.

La última de mis hipótesis hasta el momento y, que muy a mi pesar parecía la más acertada, respondía al posible hecho de que ¡María Merced hubiera sido una mujer desequilibrada!

Si esto fuera cierto, estaba ante el diario inventado y fantasioso de una mujer en plena madurez que a costa de sentirse sola escribió solo locuras y yo había abandonado, ¡estúpida de mí! mi trabajo de investigación.

El cura de San Miguel

*¡Maldigo el día, diablo aborrecido, en que viste la luz por primera vez!
¡Maldigo, aunque me maldiga a mí mismo, las manos, que te formaron! Me
hiciste desgraciado más allá de toda expresión. Me quitaste la capacidad
de juzgar si soy justo o injusto contigo. ¡Vete! Líbrame de la imagen de tu
odiosa forma.*

Frankenstein. Mary W. Shelley

Martes, 22 de mayo de 1900

*Otra vez pasamos la noche en vigilia. Ha sido imposible conciliar el sueño.
En mitad de la noche escuchamos los gemidos guturales de ese engendro del
demonio.*

¡Solo una bestia sería capaz de emitir tales sonidos!

Escuchar tal cosa, nos ha llevado a un estado de terror exorbitante.

*Por la mañana, amparadas bajo el abrigo de Rosa María, salimos al patio del
convento armadas con cualquier artefacto que pudiera defendernos de esa
bestia, pero no lo hemos visto. Esta escondido, agazapado, al acecho... El único
rastros de ese demonio fue encontrar nuestra despensa en un miserable estado.
¡La bestia tiene un hambre voraz!*

Lunes, 3 de julio de 2017

No desperté con el mejor ánimo del mundo. La pequeña habitación del hotel estaba oscura porque corrí las cortinas para no ver el sol. Me estiré y luego presioné un botón de mi celular para ver la hora. Eran las siete de la mañana. Me di la vuelta y volví a dormir. Desperté luego de dos horas, de mal genio y frustrada.

Me fui a la ducha para ver si se me quitaba la sensación de malestar y ansiedad porque me era imposible dejar de pensar en mis padres. Los imaginé preocupados y otra vez me sentí la peor de las hijas. Reparé en el rostro algo pálido y demacrado que se reflejaba en el espejo y solté un bufido.

Salí del baño y vi el manuscrito sobre el buró. La noche anterior continué con la lectura y cada vez que lo hacía estaba más confundida.

Lo que había leído escapaba a toda lógica de comprensión: Lo que parecía un ser humano había llegado encerrado en un hermoso cajón de madera al convento del Rosario, pero según la autora del diario, ese hipotético hombre había regresado de la muerte y caminaba desnudo por todo el convento como si nada.

¡No podía ser cierto! Tal pareciera que estaba leyendo *Frankenstein o el moderno Prometeo*.

Me vestí y sin demora acomodé y guardé en mi mochila mis pocas pertenencias incluido el diario y salí de la habitación para dejar el hotel.

Había fincado mi propia tumba con respecto a mi tesis y me había peleado con mis padres. No tenía ya nada que perder. Decidí enfilar el rumbo en dirección a la parroquia y en el camino me detuve en la primera tienda que encontré para comprar dos frutas, una galleta integral y un batido de esos que acostumbran dar a los niños. Todo en el afán de no desaprovechar el tiempo buscando un lugar donde desayunar.

Ya no fui capaz de soportar la culpabilidad y mientras caminaba, sin pensarlo, marqué el número de mi madre para disculparme por mi mala actitud, pero me contestó el buzón y mi inconsciente brincó de alegría. Marcar su número fue una manera de disculparme a mi misma y sentirme menos mala. Intentaría de nuevo después de hablar con el sacerdote.

Cuando llegué al templo me fui directo a la notaría y ahí pregunté por el señor cura a una señora de anteojos que me contestó con una pregunta, sin mirarme a la cara y con un dejo de molestia en la voz.

—¿Para qué lo busca?

Como no me encontraba en uno de mis mejores momentos anímicos respondí de igual manera y de nuevo mentí con respecto al tema de la investigación.

—Es un asunto personal.

Entonces, la mujer, que aparentaba unos cuarenta años de edad, sí que me miró, de arriba abajo y con cierta arrogancia.

—Se encuentra en la sacristía. Entré por el templo —me ordenó con cierto tono altanero.

—Muchas gracias, que tenga buen día —le contesté de igual manera.

En venganza, antes de que saliera de la oficina parroquial me recalcó:

—Le pido, por favor, toqué la puerta de la sacristía antes de entrar.

Ya no le contesté. Estaba de muy mal humor.

Recorrí toda la nave central con grandes zancadas y sin ningún respeto por el sacro recinto hasta llegar al altar. Descubrí una puerta entreabierta a la derecha donde se hallaba el imponente arcángel guerrero, el jefe de los ejércitos de Dios, el líder de la manada.

—Aquí es —pensé.

Obedecí, muy a mi pesar, la orden de la secretaria malhumorada y toqué la puerta. Casi de inmediato abrió el sacristán al que le había preguntado un día antes por el sacerdote.

—Buenos días, busco al señor cura, me dijeron en la oficina que aquí lo encontraría.

—Pásele, aquí está.

En cuanto entré a la sacristía me llegó un aroma a rancio. Miré a mi alrededor, curiosa. Varias casullas, estolas y demás indumentarias sacerdotales se hallaban bien colgadas en percheros. Sobre un viejo pero bonito escritorio de madera se encontraban varios misales y objetos litúrgicos de todo tipo, y más adentro de la sacristía se hallaba una mesita redonda con un cirio pascual. De la pared colgaban dos viejas pinturas: Una era un Sagrado Corazón y la otra una Virgen de Guadalupe con corona, como la versión antigua. Al instante vinieron a mi memoria mis pintores favoritos: los novohispanos. De pasada también me acordé de mi frustrada tesis y sentí un pinchazo de remordimiento.

«¡Día de culpabilidades y remordimientos! Ni modo. Lo hecho, hecho está» pensé entre mi.

—¿Qué se te ofrece, hija?

El sacerdote de mediana edad se encontraba leyendo la biblia y sentado a sus anchas.

—Buenos días, padre. Soy historiadora y realizo mi tesis acerca del convento del Rosario.

Otra vez mentí. No tenía remedio.

—Necesito información. Ojalá me pudiera usted ayudar.

El cura quitó la vista de su lectura y cerró la biblia para levantar la mirada extrañada hacia mí.

—Es raro que vengan a preguntar por el convento. Yo no sé mucho... ¿Ya fuiste a ver a don Jesús?

—Sí, ayer mismo.

—Entonces ya sabes todo —exclamó con un ademán de manos.

¡Eso era todo! ¡Tanto para nada!

Comprendí que tenía que intentar algo rápido.

—¿Usted alcanzó a conocer al padre Santiago?

Sabía que era imposible, pero la pregunta me sirvió para lanzarle un anzuelo a ver que podía pescar. Ni modo, iba a quedar como tonta con las fechas.

—No, hija, no soy tan viejo —aseguró y soltó la risa entre dientes—. Imagínate, él murió cuando yo nací. Yo llegué recién ordenado aquí a San Miguel en el año de 1983 y él ya tenía muchos años muerto, pero mi antecesor sí lo conoció.

El hombre me miró de una forma reservada, como si dudara contarme algo más o no.

—¿Para qué dices que estás investigando el convento?

Decidí no mentir ya más.

—Es un interés personal y es muy importante para mí. Descubrí un documento muy valioso, pero todavía no puedo decir de qué se trata. Espero me comprenda...

Pasaron unos segundos. El sacerdote tamborileó sus dedos sobre la gruesa biblia ahora cerrada y luego suspiró.

—Siéntate, hija. Juan, dile a Martita que estoy ocupado, que no pase a nadie y por favor, cierra la puerta.

El sacristán obedeció y yo acerqué una silla para sentarme frente a él.

—¿Ya viste las ruinas?

—Sí.

—Ya descubriste pues que no tienen valor arqueológico.

—Sí, no queda nada en realidad.

—Y de las monjas tampoco se sabe casi nada...

Sentí la mirada punzante del sacerdote, impulsándome a tomar la palabra.

—¿Tendrá usted algún documento relativo al convento?

—No hay nada.

—¿Y nunca fue ninguna autoridad para el rescate y conservación de las ruinas?

El sacerdote se quedó en silencio unos segundos y luego continuó.

—Fíjate que en el año de 1992 vinieron a la parroquia unos investigadores del INAH para hablar con el señor Cura Nicolás, mi antecesor. Los investigadores querían revisar los archivos de la parroquia para armar la historia del convento y porque querían realizar unas excavaciones en las ruinas. Se nos hizo raro porque, salvo los lugareños, casi nadie sabía de las ruinas. Total que el padre Nicolás atendió a los funcionarios, pero les dijo que en los archivos de la parroquia no había nada con relación al convento. ¡Y era verdad! El claustro del Rosario poco tuvo que ver con las autoridades eclesiásticas; estaba tan apartado de todos lados, incluso de aquí, de San Miguel, que las pobres mujeres aunque religiosas, no tenían más ley eclesiástica que su madre superiora. Si hoy en día no es tan fácil llegar ni al Rosario ni a las ruinas, imagínate en aquel tiempo... El padre Santiago fue quien comenzó a ir al Rosario a ofrecer misa a la capillita cada que podía. Hoy con todo el trabajo, trato de ir aunque sea una o dos veces al mes. Más seguido, no se puede.

El sacerdote se acomodó en su equipal y prosiguió con su relato.

—Parece ser que sí existió un papel de la fundación del convento por allá de

finales del siglo dieciocho, pero aquí nunca ha estado. Lo más seguro es que estuvo con las religiosas, pero en el incendio todo se perdió. ¡No quedó nada! ¡Ni del convento ni de las religiosas, se acabó la congregación!

El sacerdote se quedó callado unos segundos. Yo seguí en silencio y asentí con la cabeza.

—Total que el padre Nicolás estuvo varios días moviendo influencias con las autoridades eclesiásticas para que los del INAH no regresaran. De cualquier manera, las pocas ruinas que hay no tienen mucho valor arqueológico, ya las viste, no son más que tres piedras paradas y ya. En fin, los del INAH no volvieron.

—Pero ¿qué intención tenía el padre Nicolás al evitar que los del INAH hicieran su trabajo? —repliqué entre emocionada y asombrada.

—¡Nada, hija, a eso quiero llegar! ¡El padre Nicolás quería evitar que gentes extrañas fueran a turbar la paz del Rosario!

No me lo creí y él lo notó.

De nuevo un breve silencio reinó en la sacristía y estuve a punto de contarle el descubrimiento del diario, pero enseguida deseché la idea y me quedé con las palabras en la punta de la lengua.

—Lo único que te puedo decir —añadió el sacerdote—, es que a veces es difícil vivir en soledad y apartados del mundo. Todos los seres humanos, hombres y mujeres, estamos expuestos a tener enfermedades mentales...

Otra vez se produjo un abrumante silencio. El sacerdote miró al suelo y yo esperé petrificada e impaciente a que dijera algo más. Lo que fuera ¡no podía dejarme así, con esa incertidumbre!

—El padre Nicolás murió una tarde hace ya casi veinte años y yo fui quien lo asistió espiritualmente en los últimos momentos de su vida. Fue un buen hombre que se murió con la conciencia tranquila. A su vez, él hizo lo mismo con el padre Santiago que murió también de viejo en 1960... Y ahí siguen las ruinas; la gente siempre supersticiosa decía que el lugar estaba embrujado y que por las noches salían a penar las ánimas de las monjas.

El cura se rio y yo le seguí la corriente.

De repente brinqué a causa del timbre de mi celular que sonó en ese instante. ¡Maldita sea! Intenté desviar al instante la llamada, pero en ese momento el sacerdote se levantó de su cómodo asiento y se dispuso a salir de la sacristía. De esa manera perdí la última oportunidad de que revelara algún dato extra.

—Pues espero que te haya servido de algo la poca información y no te creas mucho de lo que dice la gente sobre los espíritus.

Reí por lo bajo. Era la primera vez que había escuchado algo con relación a fantasmas monjiles que se aparecían en las ruinas y la noticia había salido de su

boca.

Me despidió con un fuerte apretón de manos. Me coloqué mi mochila en la espalda y el sacerdote me acompañó hasta la salida de la parroquia. Yo me quedé unos segundos parada junto a la gran puerta de madera y él caminó en dirección a la notaría.

Vino a mi memoria la inoportuna llamada y revisé el celular. Había sido mi madre.

—¡Quién más! —musité entre dientes.

Era inevitable que tenía que llamarle. El desasosiego en forma de nudo en el estomago que experimenté ante el hecho de enfrentarme de nuevo con mis sobreprotectores padres hizo que por un momento se me olvidara la conversación con el sacerdote. Marqué el número del móvil de mi madre y caminé con el aparato en la oreja mientras atravesaba el atrio. El teléfono enlazó por fin la llamada. Me detuve en la entrada del atrio unos momentos y esperé a que mi madre contestara.

De pronto, sentí que se me bajó la sangre hasta los pies. Si hubiera visto mi rostro en un espejo estaría blanco como la nieve, sin una gota de sangre.

¡Enfrente del templo estaban mis padres hablando con mi taxista!

¿Qué no había más gente en el mundo?

Mi padre prestaba atención a lo que le decía el taxista con los brazos cruzados y mi madre revolvía su bolsa buscando su celular. Colgué de inmediato y quise dar la media vuelta para ocultarme de su vista, pero el pinche taxista me vio y con sus manotas me hizo señas al tiempo que le decía a mi padre a gritos:

—¡Mírela, ahí está!

Me vieron. No logré escapar y odié con todas mis fuerzas al que dejó de ser en un dos por tres mi director de orquesta favorito.

Mi padre se despidió con rapidez del hombre y alcancé a ver que le daba un billete de propina al tiempo que le palmeaba el hombro. Mi madre le agradeció también y ambos cruzaron presurosos la calle para encontrarme. Miré con ojos de fuego al taxista y el muy cínico todavía tuvo el descaro de despedirse de mí. Sonrió y agitó la mano.

Mi mamá me abrazó sin decir palabra. Fue su manera de perdonarme por ser tan mala hija. Hubiera preferido que me riñera. Mi padre en cambio, fue más duro conmigo. Solo me ordenó:

—Vámonos.

—No puedo, papá, lo siento, aún no... —expresé susurrante.

—¡Te he dicho que nos vamos! —me gritó con voz ronca.

Me asusté. En veintidós años mi padre jamás me había tratado de esa manera.

Mi mamá me tomó de la mano en un intento por pacificar el ambiente y los

tres echamos a andar hasta que encontramos nuestra camioneta. Mi padre nos abrió las puertas y yo subí a la parte de atrás con todo y mochila, muda y a punto de llorar. Noté el rostro de mi mamá mortificado, pero firme ante la decisión de llevarme a casa a toda costa. Mi padre arrancó el auto y con él mis esperanzas de seguir con la investigación del convento. Se me formó un nudo en la garganta.

¡Me estaban tratando como una niña! ¡Compañeras de mi edad vivían solas desde los dieciocho! No era justo.

—Llamamos al doctor Alvarado. No sabíamos que habías decidido dejar la tesis —exclamó mi padre con un tono autoritario que no dejaba lugar a dudas quien era la persona a cargo.

—Sí —respondí con la cara roja por la indignación de que se inmiscuyeran en mis asuntos y aún más, de forma tan vertiginosa.

—Entonces no tienes ninguna razón para estar aquí ¿cierto?

Estábamos recorriendo las últimas calles de San Miguel. Bajé el cristal de la ventana del auto para recibir las últimas bocanadas de aire del lugar y vino a mi memoria la imagen de la buena de María y le dije adiós con el pensamiento. No sabía si volvería pronto o de plano ya no regresaría.

Por el espejo del retrovisor se reflejaba la mirada adusta de mi padre, fija en mí, en espera de una respuesta.

—Encontré un documento muy importante —contesté todavía con el nudo en la garganta—. Demasiado importante. Lo suficiente como para abandonar la tesis e iniciar una nueva investigación.

—¿Y por qué no nos contaste nada?

—No lo sé, papá. Supongo que todavía no estaba segura de dejar la tesis. Fue una decisión de verdad difícil.

Mi madre volteó hacía mí y notó mi rostro pesaroso, en respuesta, me obsequió una mirada de compasión y de ternura que no me sirvió de mucho.

En ese instante tomamos por fin una estrecha y maltratada carretera de dos carriles que nos llevaba a la ciudad. Atrás se quedó el pueblo de San Miguel, el montón de cerros verdes, el Rosario y mucho más atrás se quedaron las ruinas del convento junto con todos los recuerdos de dieciséis monjas.

—¿Podemos saber de qué se trata? —preguntó mi padre con un tono de voz más conciliador.

—De la historia de unas religiosas franciscanas que vivieron en un convento que está en ruinas en el Rosario. Creo que esta nueva investigación es demasiado valiosa, mucho más que mi tema de tesis. Ningún prestigiado historiador lo dejaría pasar —añadí sin intención de proporcionar ningún dato más.

No se pronunció ni una palabra más por un breve tiempo. Solo se escuchaba el sonido de la velocidad producido por nuestro auto que cortaba el viento mientras

recorría la carretera. Luego de un rato mi madre tomó por fin la palabra y me soltó la pregunta del año:

—¿Ana, me juras que esta nueva investigación es lo único que te retiene aquí?

—Te lo juro por la memoria de don Andrés Moreno.

Seguí respirando bocanadas de viento fresco con la mirada fija en el estropeado asfalto gris y en una difusa línea amarilla dibujada a la mitad de la carretera.

De repente, mi padre orilló la camioneta lo mejor que pudo en un acotamiento demasiado angosto, miró por los espejos laterales y dio una rápida vuelta en dirección contraria. Volvió a mirarme por el espejo retrovisor y dijo después de un suspiro y con voz derrotada mientras mi mamá le sonreía:

—Te llevamos al Rosario.

Mañana será otro día

Martes, 4 de julio de 2017

Desperté de nuevo en casa de María. El día anterior mis padres me llevaron hasta la puerta de su casa. Al verme, mi casera me abrazó como si fuera su nieta predilecta y no me hubiera visto en mil años. Esa acción terminó por convencer a mis celosos y sobreprotectores padres, de que su niña ni andaba en malos pasos ni corría ningún peligro.

La buena señora los invitó a entrar a su casa, les ofreció su habitual preparación de hierbas y se desvivió en atenciones para con ellos.

Mis papás se fueron después de haber comido con María, de abrazarme un montón de veces y de haber recorrido las tres calles del Rosario. Por último, confiados y tranquilos, me dejaron unos días más en el fin del mundo y a mí se me quitó un angustiante peso de encima.

Sin preocuparme por tener roces con ellos y sin remordimientos por frustradas tesis, me vi entonces libre de angustias para dedicarme de lleno a seguir la pista de la historia de las monjas y me sentí feliz.

Reflexioné mucho acerca de la postura del cura que afirmaba posibles casos de locura en el claustro y que coincidían con mi hipótesis de demencia en María Merced. Sin embargo, no tenía aún fundamentos suficientes para asegurar tal cosa. Así pues, el siguiente paso a seguir eran las historias orales de los habitantes más viejos del Rosario. Me quedaba claro que el trabajo de búsqueda de documentos en el archivo notarial de San Miguel que pudieran darme alguna luz no era posible, pues documentación acerca del claustro al parecer no existía y, aunque hubiese, el sacerdote no me los mostraría jamás. No sabía la razón, pero llegaría al fondo del asunto; con o sin su ayuda.

Después de la hora de la comida le pregunté a María acerca de los habitantes más longevos del Rosario y me dio los nombres de tres personas. Anoté las indicaciones de donde podía encontrarlos y me fui en la búsqueda de noticias del convento.

Antes de ir a visitar a los viejitos fui a la tienda de chucho y compré fruta. Le pedí que la repartiera para tres personas. Agradecí y salí con los sencillos presentes para mis futuros entrevistados.

La primera visita fue a una calle de distancia de la casa de María.

Por suerte, los habitantes del Rosario eran demasiado buenas personas, agradables y confiados. Después de explicarle el motivo de mi visita, una señora

me hizo pasar a su casa y me ofreció algo de beber, negué con amabilidad al tiempo que le entregaba la bolsa con fruta y me agradeció de forma más que efusiva.

No esperé mucho. Mi entrevistada llegó a la humilde sala de la vivienda apoyada por un bastón y de inmediato la hija le ayudó a sentarse. Se llamaba Margarita y tenía poco menos de noventa años de edad.

Activé la grabadora de mi celular, lo coloqué cerca de ella y comencé con la entrevista, pero la información fue demasiado escueta y por demás conocida. La anciana nacida en 1930 casi no recordaba haber escuchado del convento y, al mismo tiempo, en su plática mezclaba lo poco que sabía con conversaciones oídas a sus abuelos de historias familiares.

Concluí la conversación lo más rápido que pude. La pobre señora estaba sorda del oído derecho y la hija le tenía que repetir mis preguntas gritándole en la otra oreja. Además, comenzó a confundirme con algún pariente muerto y me apenó ver sus ojitos perdidos, sin entender la mayor parte de lo que se le preguntaba. Tomé mi celular, apagué la función de la grabadora, di las gracias a la ancianita así como a su hija, y salí en busca de la otra persona.

Encontré al segundo entrevistado sentado afuera de su casa en una silla de madera. Me presenté y le pregunté si podía hacerle una breve entrevista. El accedió encantado, solo que la entrevista resultó igual que la primera: un soberano fiasco.

En esta ocasión, el lúcido anciano habló durante más de media hora de sus aventuras juveniles y de su trabajo, un oficio de soldador de ollas y cazuelas que implicaba recorrer todas y cada una de las calles de San Miguel. La plática dio vueltas y más vueltas hasta que terminó con la narración de la vida de uno de sus hijos, pero por más intentos de mi parte, preguntándole de todas las formas posibles si sabía algo de la historia del convento, fue inútil. Para él, siempre fueron ruinas. Di por terminada la entrevista y antes de irme le ofrecí la fruta que él aceptó encantado. Me despidió con un:

—Cuando quiera estoy para servirle, señorita.

Faltaba todavía entrevistar a otro viejecito, pero me había ido tan mal, que mi ánimo estaba por los suelos.

—Mañana será otro día —murmuré entre dientes.

Canto de Chinaca

Alegre el marinero
con voz pausada canta,
y el ancla ya levanta
con extraño rumor.
La nave va en los mares
botando cual pelota.
adiós, mamá Carlota;
adiós, mi tierno amor.

Adiós mamá Carlota
Letrilla satírica y política
Vicente Riva Palacio

Sábado, 23 de junio de 1900

*H*ace más de un mes que ese extraño ser llegó a nuestro convento.

Hoy, la madre Engracia nos convocó en el refectorio y su semblante serio y adusto me intranquilizó. Nos encontrábamos todas las hermanas de la congregación excepto la madre Jerónima que no puede levantarse de su camastro y la pobrecilla hermana Dolores, tan anciana que está más allá del bien y del mal.

—Amadas hermanas —comenzó a decir.

Esperábamos ansiosas, conteniendo la respiración y con los ojos abiertos como platos. Algunas teníamos el rosario apretado entre las manos. Sabíamos de sobra que lo que nos iba a explicar sin duda era con respecto a esa cosa que se había escapado de las garras de la muerte para caminar entre nosotras.

—Al igual que todas ustedes, la hermana Clara y yo, pensamos que el hombre que camina desnudo por nuestros pasillos es producto de algo sobrenatural y que no comprendemos. Estarán de acuerdo conmigo que no podemos afirmar que esto es obra del demonio, pues en estos últimos días, a pesar de nuestros temores y de no acercarnos a él, él no ha hecho otra cosa que ayudarnos en nuestras tareas.

Se comenzaron a escuchar murmullos de todas y la madre Engracia carraspeó para que guardáramos silencio.

—Tras pensarlo mucho y con el auxilio de nuestras oraciones al Espíritu Santo para implorarle que nos otorgue en todo momento el don de la sabiduría y

del entendimiento, la fortaleza y el consejo, la hermana Clara y yo, hemos decidido dejar que pase el tiempo y esperar con paciencia a que se vaya por voluntad propia de nuestro convento.

«¡Ay de mí! ¡Cómo si pudiéramos hacer alguna otra cosa!»

Por poco la insolencia me domina y le retobo a nuestra superiora.

—Mientras tanto, —continuó nuestra priora— trataremos de averiguar quién fue la persona que nos envió el ataúd. Desde luego, sobra decir que este secreto no saldrá jamás de los muros de este monasterio y que nuestras pesquisas se harán con la mayor discreción posible. También, de sobra sabemos que no debemos de bajar la guardia; tratemos pues de estar siempre acompañadas.

Viernes, 6 de julio de 1900

No soporto la presencia de la cosa. Me aterra. Se me engarrotan todo el cuerpo y no puedo moverme, me paraliza. Cuando entra a la cocina por más que intento concentrarme en mis tareas me es imposible. Ayer mismo eché a perder la masa.

Parece mentira como la mayoría de las religiosas de esta congregación están ya acostumbradas a su presencia y caminan junto a ese demonio como si nada. Yo no soy tan fuerte. A mí me parece que salió del mismísimo infierno solo para turbar la paz de nuestros corazones a pesar de toda la ayuda que pueda prestar ese engendro del demonio.

¡Maldito sea el día en que llegó a las puertas de nuestro convento!

Viernes, 13 de julio de 1900

Son las cuatro de la mañana y no consigo pegar el ojo. Desde hace tiempo tengo un insomnio cosido a los huesos y no logro dormir a pesar de todos los remedios que ha me dado la hermana Agapita. Estoy hasta la coronilla de beber cocimientos de tila para los nervios destrozados, hierba de san Juan y pasiflora para mi mal genio y valeriana para poder dormir. Nada sirve, ni siquiera bañarme con agua fría por las noches. Por si fuera poco, ando angurriente y hoy mismo he tenido que salir dos veces al retrete para vaciar la bacinica rebosante de orines.

Pero la gota que ha derramado el vaso ha sido mi mal talante.

¡Ayer fui tan injusta con Juana!

Estábamos en la cocina, cada una afanada en sus labores. Yo me encontraba a disgusto por la presencia de la cosa. Lo vi de reojo cuando entró a la cocina y como siempre sucedía, me desconcentró y me puse de un genio de los mil demonios.

Juana tenía harto rato tarareando un sonsonetillo pegajoso que llegué a escuchar entre la servidumbre cuando niña.

No supe por qué me molestó verla tan contenta; de repente, la cólera me subió a la cabeza al escucharla cantar a todo volumen la tonadilla, actuando cual chinaca y moviendo su gran trasero mientras batía claras de huevo.

*¿Yo quererte? con mirarte
sabe Dios que me condenas,
ve a que te saquen de penas,
Pamuceno y Saliñi.*

No podía creer que estuviera tan alegre con la bestia ahí presente, para colmo, las otras hermanas comenzaron también a cantar a coro y a reírse por lo bajo.

*¡Qué lindo es pasar la vida!
junto a una blusa encarnada
viendo una frente tostada
y hermosa por su altivez.*

*«¡Ordinarias!» pensé en ese momento.
Evité mirarlas y seguí con mi labor de pelar nueces.
Juana, ocurrente, de pronto volteó hacia mí y la muy desfachatada me cantó:*

*¡Marequita! El extranjero,
es un plato desabrido...
ven chinacate querido
a espantar a este francés...*

Apuntó a la bestia al tiempo que terminaba la canción y todas soltaron la carcajada.

—¡Gorda estúpida! —le grité y salí corriendo de la cocina.

Mañana tendré que pedirle disculpas. ¡A todas! ¡Estoy tan abochornada por mi horrenda conducta!

Miércoles, 5 de julio de 2017

Son los detalles históricos los que derrumban mi hipótesis de locura en María Merced.

Cursaba el quinto semestre de la licenciatura cuando me tocó exponer el tema de la Intervención francesa para la clase de historia de México y desde luego abordé “*La Chinaca*” un periódico de tan solo cuatro hojas y de corte liberal que se publicó justo durante ese periodo de la historia en nuestro país.

El 30 de junio del año de 1862, cuando mi monja contaba con siete años de edad, salió publicada la letra del *Canto de Chinaca*. ¡La cancioncilla que cantó Juana en la cocina del convento!

Tenía lógica que María Merced escuchara la tonadilla entre la servidumbre porque ella pertenecía a una clase social acomodada. ¡Su familia de seguro era todo menos liberal! Además, ella no era mestiza como los chinacos, quienes mucho antes de que se produjera la Intervención francesa, eran conocidos como *chinos*, una manera de nombrar a estos hombres y mujeres productos de la mezcla racial. Más tarde, el chinaco pasó a ser el mestizo desarrapado de pensamiento liberal que combatió, al parecer sin ninguna instrucción militar aunque sí muy buen jinete, en la Intervención francesa. ¡Incluso, fue la guerrilla chinaca la que fue diezmando el ánimo en la soldadesca francesa!

Fue por esta referencia histórica del “*Canto de chinaca*” que me dio por pensar que quizá juzgué mal a la pobre religiosa y que no estuvo loca nunca. No obstante, me acordé de la “cosa” que hasta esta parte de la transcripción del diario aparentaba ser un hombre que entraba desnudo y en silencio a la cocina como si nada, entre monjas franciscanas que imperturbables a su presencia, pelaban nueces, amasaban, horneaban pan y preparaban conservas y ya no supe qué pensar.

La bestia...

*Sed oh madre del Carmelo
nuestro faro luminoso.
Sed nuestro amparo amoroso
en la tierra y en el cielo.*

*Madre, madre, madre de Dios del
Carmelo.*

*Sed nuestra dicha y encanto
en este mísero suelo.
Cobíjanos con tu manto
que es nuestro amparo y consuelo.*

*Madre, madre, madre de Dios del
Carmelo.*

*Serás único consuelo
hasta el último quebranto.
Del triste que llora tanto
y te implora con anhelo.*

*Madre, madre, madre de Dios del
Carmelo.*

*Plegaria a la Santísima Virgen del
Carmen
Gregorio Mateos (1859-1910)*

*Lunes, 16 de julio de 1900
Festividad de Nuestra Señora del Carmen*

Ayer regresamos muertas de cansancio de San Miguel. Vendimos a Dios gracias todos nuestros quesos, rompopes, dulces y conservas. Dejamos tan solo una botella de rompopé a modo de presente de bienvenida para el sacerdote jovencito que acaba de llegar a San Miguel. Apenas llegó el viernes y hoy domingo ofició sus primeras misas en la parroquia. Petra lo buscó en la

sacristía para entregársela después de misa de doce. El nuevo señor cura agradeció y prometió que pronto nos visitaría. Petra sonrió y atinó a decirle entre nerviosa y tartamuda que estábamos a punto de comenzar unos ejercicios espirituales que durarían poco más de un mes y que no podríamos recibir a nadie, pero que nosotras le haríamos saber cuándo sería el momento de recibirlo como se merecía.

¡Perdónanos, Padre mío por el pecado de la mentira!

El regreso fue pesado por el calor, el hambre y el agotamiento. Llegamos al convento pasadas las seis de la tarde.

Me bañé con agua fría para ver si podía tener una buena noche, pero no sirvió de nada, me dieron las dos de la mañana y yo seguía despierta y sudando a chorros. Necesitaba pararme de mi camastro para lavarme la cara.

Me acordé de que ya era la fiesta de Nuestra Santísima Virgen del Carmen, me levanté y le prendí una veladora. En eso estaba cuando escuché unos pasos afuera de mi celda. Pensé que podría ser Rosa María porque recordé sus grandes pies y sus fuertes pisadas.

—¿Rosa María? —pregunté, pero no hubo contestación.

En ese momento la puerta de mi celda se abrió y alguien entró.

¡Era la bestia!

¡Estuve a punto de desfallecer! Un grito se sofocó en mi garganta y me petrifiqué.

Nunca en mi vida había sentido tal terror, ni siquiera cuando llegó en el ataúd y lo vimos inerte, o cuando se levantó y caminó entre nosotras.

¡Es el momento de mi muerte! Fue lo único que atiné a pensar; cerré los ojos para encomendar mi alma a la Santísima Virgen del Carmen y pedí auxilio a todos los santos del cielo. Como un relámpago, ante mis ojos cerrados, pasó toda mi vida. Me vislumbré de niña, acunada en los brazos de mi madre, bebiendo su dulce lechada mientras me cantaba nanas para dormir; luego, recordé mi entrada al convento y el transcurso de treinta y dos años encerrada entre estos muros de piedra; por último, me acordé del fatídico día en que llegó el cajón: el martes 15 de mayo, día de san Isidro Labrador. Hace exactos dos meses y un día. Todo eso se reveló en mi pensamiento en unos segundos que fueron eternos.

«¡Muero cual mártir!» Me dije a mi misma.

Esperaba un golpe fuerte, bestial... un golpe fatal que me arrebatara la vida y apreté los puños y aguanté la rabia, esperé... en cambio, sucedió lo inesperado:

Sentí una tierna caricia en el rostro. Contuve el aliento y mi corazón comenzó a latir tan fuerte que pensé me iba a estallar en mil pedazos. Sus dedos se deslizaron por toda mi cara y con su pulgar recorrió con delicadeza mis labios

trémulos.

Yo seguía con el corazón desbocado, a la espera del golpe brutal y asesino que acabara de una vez por todas con mi existencia. No pude reprimir que gruesas lágrimas resbalaran por mis ardientes mejillas.

La bestia me sujetó la cara con las dos manos, firme pero sin lastimarme, como cuando se atrapa a un pajarillo asustado y se intenta apaciguarlo. Fue en ese momento que sucedió algo que nunca, una pobre monja como yo, imaginó.

En lugar de sentir el dolor de un golpe mortal experimenté el primer beso de toda mi vida: caliente y húmedo.

Algo brincó en mis entrañas. Si pretendo describirlo puedo decir que fue como sentir un sutil y delicado dolor placentero en el merito centro del pecho, pero luego, en el momento en que su lengua abrió con delicadeza mi boca y acarició la mía, todo mi cuerpo recibió a tropel un cúmulo de sensaciones agradables y desconocidas que no sabría, ignorante de mí, como describirlas.

No me avergüenza confesar que no intenté separar su boca de la mía. El contacto con sus labios fue el principio de un maravilloso embrujo del que no pude oponer la menor resistencia. No supe cuánto tiempo pasó, solo me di cuenta de que el inesperado y nuevo gozo había alejado el miedo y la angustia.

Después de besarme me despojó con delicadeza de mi camisión empapado de sudor y mis calzones cayeron al suelo.

Se descubrió mi desnudez. Me convertí en Eva y habité el paraíso. No hubo vergüenzas, temores, ni frutos prohibidos, solo la promesa de una felicidad absoluta.

Con sus dedos me deshizo mi gruesa trenza y dejó en libertad mi mata de pelo crespo y largo... me tomó entre sus brazos y me acostó con cuidado, como si fuera el más delicado y fino de los cristales. Yo me dejé conducir.

Sin prisas, como si no existiera el tiempo y se tuviera a nuestro antojo toda la eternidad, comenzó a lamerme el dedo gordo de mi pie derecho; lo beso y lo chupo todo, completo, como si fuera un hambriento recién nacido buscando con desesperación el pezón de su madre. Siguió después con mis piernas que ante el contacto de su lengua tibia se zarandearon, se resbalaron y se escurrieron enardecidas cual peces del lago Genesaret. Comencé a gemir despacito y a temblar de nuevo, aunque ya no de miedo, sino a causa de un placer nunca antes experimentado. Su lengua emprendió caminos insospechados hasta que llegó a mi sexo de virgen vieja que se abrió impúdico y luego jugó despacio con mi botón de Venus que despertó de su sueño eterno...

¡Dios Santísimo! ¡Qué maravillosas emociones se despertaron en mí!

El gozo fue tan grande, que si en ese momento perdí el cielo para condenarme por toda la eternidad, no me importó.

Todo mi cuerpo estaba concentrado en la turbulencia de esas sensaciones nuevas y en su lengua juguetona que decidió, por fin, darme un respiro para subir otra vez, despacio, ahora a mis grandes pechos, infértiles y hasta entonces inútiles, y mis pezones se tornaron duros y se levantaron triunfantes. Siguió avanzando por mi cuello y lamió mis orejas... escuché su tranquila, pausada y cálida respiración... Por la Santísima Virgen del Carmen que sentí el aliento de Dios.

Su lengua terminó de nuevo en mi boca y agradecida le di la bienvenida.

Me atreví con manos torpes a acariciar su pelo y mis dedos se prendaron de sus rizos, aspiré su aroma a flores hasta ese momento ignorado y fue tanta mi felicidad, que decidí separarme un instante, ¡solo un instante! de su boca de miel para recitarle al oído:

—Suave es el olor de tus perfumes, y tú nombre, ¡Un bálsamo derramado!

En ese preciso instante, mientras me besaba y acariciaba toda, sentí que algo duro y grande se metía en mi sexo virgen.

¡Oh, mi amado empujó suavemente, pero con empeño, una vez, dos, tres, cuatro!

¡Dios Misericordioso!

¡Qué dolor tan placentero!

Comprendí que mi sexo por fin había dejado de ser claustro impenetrable para convertirse en morada abierta, chorreante y húmeda del órgano viril de mi amado que siguió empujando cien veces, mil veces, mientras que su cadera se movía al ritmo del cintilar de las estrellas.

—Mi amado es para mí, bolsita de mirra cuando reposa entre mis pechos...

¡El cielo y la tierra se regocijaron!

Mi cuerpo entero vibraba con una emoción que jamás, ¡lo juro! pensé que podía existir.

—Mi amado es para mí, racimo de uva de las viñas de Engadí...

La exquisita, delicada y elegante claridad de una luna casi en plenitud entró por la ventanilla de mi celda, bañó su rostro y me sentí abochornada.

¡Lo vi en todo su esplendor! ¡Tan hermoso, tan magnífico y tan lleno de luz, que no pude creer cómo fui capaz de compararlo con una bestia!

—Amado mío, ¡qué hermoso eres, qué delicioso!

La bestia inmunda se había transformado en ángel de luz y yo derramé lágrimas de felicidad.

Se me abrió el entendimiento cual flor en primavera y supe cuál fue el verdadero y único pecado original, entendí lo que significa un arrobamiento de santa y lo que se siente ser llevada al cielo en cuerpo y espíritu...

Al final, entre aromas insospechados, besos ensalivados con sabor a la más dulce de las mieles y charcos de sudor, ¡esta pobre e insignificante monja!

perdió la cordura y su grito lacerante se ahogó en el mar profundo y delicioso de la boca de su amado.

*Viernes, 7 de julio de 2017
2:15 a.m.*

Salí corriendo al patio de María para respirar el aire fresco de la madrugada y apagar un fuego que no era mío.

No soporté lo que leí.

María Merced me contagió su vivencia sexual de tal manera que sentí que me volcaba sin remedio en ese torbellino de sensaciones sexuales.

Vino a mi memoria mientras intentaba que el frescor de la noche me tranquilizara, la única experiencia sexual de toda mi vida y recordé la hora y el lugar exacto. Fue después de las clases vespertinas de la facultad y en un pequeño cubículo con un maestro que me doblaba la edad. Yo tenía diecinueve años y las hormonas a flor de piel, los chicos de mi edad me parecían inmaduros, torpes, o me daban risa. Recordé que algunos incluso, se atrevieron a intentar conmigo un ritual de cortejo mientras se fumaban un carrujo y hablaban maravillas sobre el pensamiento filosófico “del gran Schopenhauer”. Yo les preguntaba entonces por la misoginia del filósofo y me divertía de lo lindo ver como se quedaban quietos, sin opinión y con la mirada roja, extraña y ausente.

En fin. Esos varoncitos eran todo lo contrario de mi interesante profesor de filosofía, que era un hombre hecho y derecho, inteligente y atractivo.

Me citó en su diminuta oficina después de clases para que le llevara un avance de mi trabajo final. Toqué nerviosa la puerta de su cubículo, me abrió y con una seductora sonrisa me invitó a pasar.

No bien entré la puerta quedó bien cerrada. Mis sentidos se alertaron, pero se distrajeron de inmediato porque el ambiente estaba henchido de sonidos. Eso fue un delicioso golpe bajo. Reconocí enseguida la música. Demasiado fácil... *La Fille aux cheveux de lin* de Claude Debussy. Intenté controlar mis nervios y solo atiné a preguntarle si le gustaba el impresionismo.

—Me encanta, Ana. Por favor, siéntate.

Claro que la razón de mi nerviosismo era porque el profesor me atraía de manera tremenda al igual que a la mayoría de mis compañeras del salón. El maestro era encantador cuando en clase nos hablaba del superhombre, de la metafísica o del materialismo histórico y, por si fuera poco, en ese momento descubrí que tenía excelentes gustos musicales.

Platicamos un momento sobre el tema de la música y luego le entregué los avances de mi trabajo con manos temblorosas. Él, un viejo lobo de mar, se dio cuenta de mi turbación y supo aprovechar la ocasión.

Me tomó de las manos con caballerosidad y me invitó a levantarme del asiento. El ambiente era más que perfecto. La atmósfera sonora era deliciosa y la tenue luz de una lámpara de escritorio se dispersaba discreta por toda la pequeña oficina. Yo me deje llevar y cuando menos pensé, reparé en que estaba prisionera en una esquina del cubículo, pero me perdí de nuevo cuando me susurró al oído lo inteligente que era, lo guapa que estaba y lo mucho que yo le gustaba. Entretanto, la relación tortuosa de Wagner y Nietzsche relatada en mi trabajo de veinte cuartillas servía de testigo.

—¡Oh Dios! ¡Ana, me vuelves loco! —murmuró con voz ronca y entrecortada. A mí me fascinó eso de volver loco a semejante espécimen. De fondo, se seguía escuchando una soberbia interpretación a cargo de Lang Lang.

Reparé en su fina y deliciosa fragancia varonil y sin darme tiempo a nada más, mi mentor comenzó a besarme en los labios mientras acariciaba con delicadeza mis senos por debajo de la blusa. La acción no solo no me escandalizó, sino que me gustó mucho más de lo que hubiera esperado y con aliento agitado respondí a los besos húmedos con inexperiencia, pero con urgencia de aprender las destrezas amorosas a manos de un hombre mucho mayor que yo. Un hombre que podía enseñarme con la misma facilidad con la que me enseñaba filosofía, los tejes y manejes del amor.

La música de Debussy continuaba llenando el ambiente, su *Arabesque no. 1* se expandía como una especie de niebla seductora. Se había convertido en la celestina perfecta y a mí me encantó.

Olí de nuevo el perfume de mi maestro y respiré profundo para embriagarme del aroma, él aprovechó mi delirio para lamer mi cuello y morderme con delicadeza el lóbulo de mi oreja.

Mi temperatura corporal subió y mi respiración se agitó aún más, busqué con desesperación sus labios y fui correspondida.

Dejé escapar un débil gemido de placer y eso motivó a mí casi amante a desabrocharme el botón de mis vaqueros...

A punto de perderme, la razón de mi naturaleza vieja y el remordimiento de estar haciendo algo incorrecto se interpuso a los ardores de mi hormonal cuerpo joven y paré en seco los incesantes y desesperados impulsos sexuales de mi atractivo maestro.

Salí del cubículo temblando y con la cara ardiendo.

Ese ha sido mi único y más grande pecado de concupiscencia.

Sin embargo, mi desabrida experiencia no fue nada comparada con la

fantástica vivencia sexual de la monja, locura o realidad, inventada o no.

Cuando por fin apacigué mi descontrolada adrenalina erótica, fui entonces, capaz de meterme a mi habitación.

Por supuesto me fue imposible dormir. Me pasé la noche imaginando la forma tan fantástica en que María Merced, a los cuarenta y cinco años de edad, perdió la virginidad con un ser tan extraño como fascinante mientras recitaba el Cantar de los Cantares.

Para la religiosa, la bestia no solo dejó de inspirarle horror y odio, sino que, en un instante de locura amorosa, dejó de considerarlo una bestia para convertirlo en un ángel de luz.

En mi cabeza retumbó un cúmulo de preguntas sin tener la más mínima idea de cómo responderlas.

¡Pobres mujeres! Qué impacto tan monumental debió haber sido para ellas tan poco acostumbradas a ver el mundo exterior y mucho menos a convivir con varones, observar a un hombre que se levantó de entre las tinieblas de la muerte y caminó desnudo por todos los vericuetos del convento.

Solté un suspiro grande. Casi era seguro de que toda la narración fuera producto de la locura de la pobre religiosa; sentí una aguda punzada de frustración y me llené de rabia.

—¡Cómo me gustaría que los deleites sexuales de María Merced hubieran sido verdad! —exclamé en voz alta, cómo si con solo pedirlo se cumplieran los más secretos e íntimos deseos.

¡Música!

Martes, 17 de julio de 1900

Me avergüenza no sentirme avergonzada.

Anoche viví la experiencia más emocionante y regocijante de toda mi vida. El único remordimiento doloroso que me corrompe las entrañas, es haber juzgado de una manera tan terrible y tan innoble a ese espíritu celeste que lo único que hizo fue traer a esta pobre sierva del señor toda la felicidad del mundo.

¡Quién diría que ese ser extraordinario me convertiría en mujer en el otoño de mi vida!

Toda la mañana estuve ensimismada en mis felices pensamientos, como si caminara entre nubes, embriagada. Rosa María me preguntó si me pasaba algo y el color de mis mejillas ha subido a un tono intenso y por poco me he delatado.

Se quedó extrañada ante mi nuevo rostro, tratando de descubrir el motivo de mi sonrojo. Yo me he echado a sus brazos y ella me ha besado la cabeza; me sentí como una niña mimada y le he dicho que la vida es extraordinaria, que estoy repleta de júbilo, que podría morir hoy mismo, en este instante y que no me importaría porque, ¡muero feliz!

Viernes, 7 de julio de 2017

¿Habrá en este mundo otra cosa más fascinante que la música?

Terminé de leer y me estiré. Me tronaron huesos que no sabía que eran míos, pero sentí un placer inmenso. Estaba contenta y sabía que mi contento se debía a que María Merced había descubierto el amor.

En ese momento no quise especular si la narración era mentira o no, era tan agradable escuchar una voz que desde el pasado te decía que valía la pena estar enamorada y sentirse libre, sin ninguna culpa de vivir la sexualidad de esa manera a pesar de que te lo impidiera la sociedad. ¡Qué maravilla!

Algo tenía que hacer yo con esa alegría.

Abrí un archivo de música guardado en una USB instalada en mi computadora y analicé con cuidado mi repertorio. Ópera. Algunas completas y una colección de mis arias favoritas. También tenía una excelente compilación de autores novohispanos, barrocos, clásicos y románticos. La lista además incluía a

Moncayo, a Blas Galindo y por supuesto a Silvestre Revueltas; algo de la nueva trova, de flamenco, de jazz tradicional y desde luego, cortesía del abuelito, todo el montón de viejas canciones mexicanas aprendidas durante mi niñez.

No tardé mucho en elegir.

Los sonidos se despertaron y estallaron con fuerza en las cuatro paredes. Comenzó la introducción de un vals rápido, animado, con una entrada de espectacular orquesta y con el sonido de campanitas incluidas a cargo del triángulo. La música se escuchó en doble *forte*; vibrante, emocionante y jubilosa, y se detuvo en seco para dar la bienvenida a la alegría inmensurable de una adolescente enamorada de la vida.

Surgió una voz. No cualquiera. Una voz en plena madurez que contradecía el papel de interpretación.

¿Cómo explicar con palabras lo que escuché?

Fue como si de pronto, la soprano sin pensarlo y con la mayor de las elegancias hubiera saltado muy alto, tan alto como lo hubiera hecho una gimnasta olímpica ganadora de oro. Arriba, no solo logró acariciar el cielo, sino que también tuvo la osadía de detenerse ahí por unos instantes.

No hubo nada más hermoso en el cielo, en la tierra y en todo lugar. Cualquier otro sonido hubiera sido el más abominable de los ruidos, hubiera sido un pecado mortal.

La orquesta esperó paciente a que la sirena terminara con su embrujo. ¡Nadie interrumpió su canto! ¿Quién en todo el universo hubiera tenido la insolencia de hacer tal cosa?

Bajó ligera y sin tropiezos, pero entretenida, como si fuese una niña jugando a tocar estrellas de aquí y de allá, para luego detenerse poco a poco y decirle al mundo que quería vivir en un sueño embriagador.

Yo escuché un acompañamiento en *piano*, perfecto. No podía ser de otra manera.

La música fluyó y fluyó y embrujó todo a su paso. Yo fui la primera víctima. Cerré los ojos y el hechizo me inundó y me deje llevar porque ante el tremendo poder de esos sonidos no había antídoto alguno.

La música había seguido su recorrido como si fuera un exquisito olor, tan penetrante y tan denso, que casi se podía ver y tocar. Llegó al patio, acarició las matas y por fin aterrizó en la cocina, refugio siempre de la anciana de pueblo viejo que sonrió al sentir la felicidad de su inquilina.

Y es que, ¿cómo no ser feliz si mi monja protagonista se había enamorado?

¿Será que el amor es de verdad un misterio insondable?

«Este día lo guardaré, dulce llama en mi corazón como un tesoro».

La diva disfrazada de adolescente detuvo otra vez su ligera marcha y se rio,

volvió a aligerar el paso, a cantarle a la vida y su canto se abrió como una flor y voló de nuevo, como si caminara entre nubes... ¡Como María Merced enamorada!

¡Cuidado!... la niña recapacitó:

«¡Esta embriaguez de juventud no durará para siempre!»

La orquesta siempre atenta bajó el ritmo.

«¡Solo un día! Después viene la hora de llorar, el corazón se rinde al amor, y la felicidad huye para no volver».

«El corazón de la casi vieja religiosa se rindió al amor y ese día 16 de julio de hace ciento diecisiete años lo guardó como una flama en su corazón».

Yo seguí hipnotizada, escuchando la refinada música llena de lirismo de Gounod.

La soprano retomó el *tempo primo* y aceleró y corrió y se detuvo de nueva cuenta.

El director ya no marcó a uno. El ritmo cambió a tres. Un poco más lento. Escuché los arpeggios de un arpa que se destacó sobre toda la orquesta.

«Déjame dormir —pidió la niña a su nodriza—, lejos del invierno desagradable y oler la rosa antes que se marchite».

La chiquilla no sabía que muy pronto, a su vida, iba a llegar el amor.

¡Ah! La cantante comenzó a emprender el vuelo otra vez por medio de arrogantes escalas... ¡Subidas y bajadas fantasmagóricas! Primero lento, un poco más, después más rápido, como un pájaro que está aprendiendo a volar para finalmente sostenerse en el aire y planear.

De repente, comenzaron a estallar luces multicolores y la niña-pájaro ya no bajó al suelo de los mortales, se quedó arriba con los dioses.

¿Cómo puede algo ser tan maravilloso y terminar siendo tan insoportable?

Fui la espectadora de otra esplendorosa, soberbia y diabólica escala, y de un tremendo, enorme, potente y visceral do sobreagudo, y no hubo el menor atisbo de duda que fue igual que el amor de María Merced.

Todo adquirió sentido.

La música y el amor se confundieron y entonces explotó el mundo junto con la luna y las estrellas, y fue de verdad un evento prodigioso.

Asistí al *big bang* y me senté en primera fila.

El universo se tornó multicolor y vi destellos brillantes, como si fuesen fuegos artificiales de colores turquesas, jades, índigos, lavandas, amatistas, naranjas y escarlatas...

Un ángel

Soledad era independencia, yo me la había deseado y la había logrado luego de varios años. Era álgida, es verdad, sin embargo, también era pacífica, extraordinariamente tranquila y grande, como el apacible espacio frío en donde se mueven las estrellas.

*El lobo estepario
Hermann Hesse*

Lunes, 23 de julio de 1900

Hoy se cumplieron ocho días de mi encuentro con el amor. He guardado el secreto en lo más recóndito de mi alma, ni siquiera he sido capaz de contárselo a mi querida gigante.

La semana ha transcurrido tranquila y sin sobresaltos y, en cuanto a mí, cual víctima de cien conjuros, se me desapareció el insomnio y el mal humor.

Como si fuese nuestro padre Adán, he visto a mi amado deambular desnudo por los corredores del convento mientras toquetea con las yemas de sus largos y finos dedos las paredes de piedra. Yo siento y creo con firmeza, ¡lo juro por Dios! Que deja a su paso una estela de luz y de paz.

¡No cabe duda que tenemos un ángel entre nosotras!

Lo he visto también, a lo lejos, bajo sombra entreverada de sol, ayudar a cortar manzanas de nuestra huerta para después colocarlas en la cesta de palma que le ha dejado Florentina. Sus movimientos son elegantes y graciosos, comparables con el andar de los príncipes.

Por vez primera lo he observado con demasiado cuidado, cuando entra a nuestra cocina en perfecto silencio por la mañana, cual si fuera un espíritu noble, y me convenzo de nuevo que es un ángel de luz incapaz de tocar el suelo. No hace falta que nos hable, pues pareciera que adivina nuestras necesidades en el trabajo; nos trae la harina, los huevos o carga por nosotras los inmensos cazos de cobre, todo con una precisión adivinatoria. Las hermanas le agradecen aunque él sea incapaz de respondernos y algunas se sonrojan.

Estamos demasiado felices, se nos ve en la cara. He pensado entonces, que a lo mejor mi lecho no ha sido el único que ha visitado.

Por mi parte, ruego con toda mi alma que visite mi celda de nuevo pues mi cuerpo entero arde de agitación y de deseo.

¡No tardes, ángel mío!

Sábado, 8 de julio de 2017

No tenía la menor intención de pararme de la cama.

Tampoco tenía idea de la hora. No me importó. ¿Serían las siete? A lo mejor las ocho o nueve de la mañana. Escuché desde mi habitación a María, como siempre en su cocina, con sus ruidos apagados.

Fue una noche de turbulencias de verano y fue fantástico. Los sonidos ensordecedores de los truenos se calmaron poco a poco, casi al amanecer, para dar paso al estrepitoso croar de un sinnúmero de sapos y supe que era afortunada. Hacía tanto tiempo que no escuchaba uno que pensé que estaban en peligro de extinción.

Las nubes todavía no se disipaban y el sol no había tenido oportunidad de secar la tierra mojada, olí la humedad impregnada en toda la casa y gustosa me acomodé en posición fetal, dispuesta a pasar un rato más entre las sábanas. Intenté cerrar los ojos, pero fue imposible. A través del cristal de la ventana recibí un regalo: El paisaje era una obra de arte...

«Sí... ya sé el arte es una actividad exclusiva del ser humano y la naturaleza por sí misma no puede ser arte».

La ventana sin embargo, funcionó como marco perfecto de una pintura. Un trozo de cielo triste y lagañoso, entre azul y gris y puro verde. Me acordé de la paleta de pintor de don Andrés y descubrí toda la gama verdosa en el paisaje. Ante mi mirada apareció el verde savia, el esmeralda, el jade, el oliva, el cobalto, el limón, el turquesa... todos se mezclaban y vibraban armónicos; como si fueran música.

De verdad que podría quedarme a vivir aquí. Sin lugar a dudas. La soledad pintada de verde sería un agasajo. Bueno, solo extrañaría a mis padres.

En la ciudad yo casi siempre lo veía todo gris. Era como si me moviera entre miles de automatizados fantasmas descoloridos, amparados bajo el ala de la posmodernidad y era horroroso.

Tal cosa me llevó a recordar a muchos mis contemporáneos, siempre anclados en las redes sociales, con la potestad y la ocasión para opinar de todo, pero sin el conocimiento preciso.

«Qué cosa más espantosa el vicio ese, o sea, la necesidad de reconocimiento por medio de pulgares arriba» «Un mal demasiado reciente. Un lugar ficticio en donde todos son agradables, son amigos y se quieren» pensé muy dentro mí.

¡Qué asco! Un mundo hipócrita de color de rosa. Bueno, azul. Daba igual.

—Por eso no tengo amigos —afirmé entre dientes y sonreí con un dejo de

amargura.

Olí el delicioso aroma de café de olla preparado por mi casera y se me quitó la mortificación por eso de la falta de amistad.

—¡Sí, tengo! —exclamé en voz alta y sonreí ahora divertida al pensar en mis amigas. ¡La buena de María y una religiosa loquita que me llevaba exactos ciento cuarenta años de edad!

Una religiosa loquita...

¿Y si María Merced no hubiese estado loca nunca?

Recapacité en que examinaba los hechos desde mi contexto histórico y no era justo.

¿Y si a lo mejor la cosa esa, de verdad fue producto de algo sobrenatural? Es decir, a lo mejor si yo hubiera vivido hace cien años podría aceptar la narración de María Merced como cierta, pero desde la posmodernidad me era imposible.

Primero, una bestia. Después, un hermoso ángel que a cada paso dejaba una estela de luz y caminaba desnudo con la elegancia de un príncipe. ¡En un convento de monjas franciscanas! ¡Madre mía, que fuerte y que increíble! ¡En definitiva, no podía creer tal cosa!

¿Pero por qué no? Reflexioné unos segundos en eso.

Reconocí que si le preguntaba sobre temas milagrosos y sobrenaturales a María, a Chucho, a mi madre y a la mayoría de las personas de este país, me responderían que creían a pie juntillas en los espíritus, en los ángeles, en una virgen embarazada por el paráclito, en la vida eterna después de la muerte y en un hombre que resucitó al tercer día.

¿Por qué yo no podía creer que el amante de María Merced fuera un ser sobrenatural? ¿Y si por casualidad fue un extraterrestre?

¡Demonios! La loca no era María Merced, era yo.

Jueves, 26 de julio de 1900

Festividad de San Joaquín y de Santa Ana, padres de la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios.

Hoy encontré a Rosa María llorando en su celda. Si bien su aposento es contiguo al mío y las gruesas paredes de piedra de nuestro convento impiden que nos escuchemos, hoy, los roncós lamentos de mi amiga a mitad de la noche lograron atravesar los muros y la escuché sollozar. Me quedé unos momentos dubitativa. ¿El llanto era de Rosa María? Cuando estuve convencida me

levanté, tomé mi quinqué y salí de mi celda para ver lo que le ocurría.

Abrí la pesada puerta de madera de su dormitorio y la encontré sentada en su camastro hecha un mar de lágrimas.

¡Pobrecilla, la vi tan frágil a pesar de su descomunal cuerpo!

Dejé mi luz sobre su mesita, junto a su libro de oraciones y me senté junto a ella para abrazarla.

Le pregunté la razón de su desconsuelo y en respuesta se soltó a llorar de nuevo.

Mi amiga me miró con los ojos húmedos y tristes y me abrazó al tiempo que me decía:

—¡He pecado, María Merced! ¡He pecado y estoy condenada!

Pasó por mi mente, cual relámpago fugaz, el presentimiento de que mi amado hubiese yacido con ella.

—¿Qué te pasa, Rosa María?

Entre sollozos me confesó lo que yo presentí.

Mi ángel, al igual que a mí, la convirtió en mujer.

—Pero el peor pecado que he cometido, no es haber conocido varón, sino que fui feliz mientras que estuve con él y me olvidé de ti.

No supe a que se refirió.

La tomé de las manos y le sonreí para tratar de calmarla y luego me reveló:

—Recuerdo como si fuera ayer el día que entré por la puerta del convento, María Merced. Mis padres vendieron lo poco que teníamos para ajustar una dote demasiado pequeña, nunca suficiente para que pudieran admitirme ni en el más pobre y modesto convento. Aquí fue, que por misericordia, la madre Francisca, que Dios tenga en su santa gloria, se apiadó de mí y me recibió como una sierva más de este convento Franciscano. Mira bien mi rostro y mi cuerpo, María Merced, ¡soy un monstruo! Bien supo mi padre desde que nací que yo era un esperpento y que nunca ningún varón se fijaría en mí. Como si eso no fuera suficiente castigo nací en la más terrible pobreza.

Se me partió el corazón ante las palabras de mi amiga y acaricié sus grandes manos, fuertes y callosas.

—Tú, con seguridad no recuerdas el día de mi llegada al convento, pero a mí se me quedó grabado para siempre. Entré con quince años, tenía la piel cobriza, era alta, fea y estaba tan desarrapada que inspiraba lástima. Llegué con la mirada fija en el suelo y con el corazón latiéndome con tal fuerza, que creí que en todo el convento se escuchaban mis latidos desenfrenados. Cuando por fin la puerta se cerró y dejó fuera todo lo que conocía, me atreví a levantar la mirada y vi el claustro donde pasaría la vida entera y a todas las hermanas, unas mujeres desconocidas que se hallaban azoradas por mi aspecto lastimoso.

Inesperadamente, entre ellas, vi al más hermoso de los ángeles. ¡Eras tú, María Merced! Viniste hacía mí con esa sonrisa tan bonita que tienes. Recuerdo que tenías tu hermoso rostro arrebolado y el mundo entero se iluminó bajo tu mirada de color de aceituna tierna. Un cálido beso en la mejilla fue mi bienvenida; por la Santísima Virgen María que se me quedó para siempre grabado. ¿Te acuerdas? ¡Fue como si me hubiese besado el sol recién nacido! ¡La criatura más perfecta sobre la faz de la tierra besó al monstruo! Ese día, que imaginé el más triste de mi existencia se convirtió en el más venturoso. Supe en ese momento que me había enamorado de ti... Tú presencia en este convento y compartir mi vida contigo fue lo más hermoso que me ha pasado en la vida. ¡Te quiero con todas las fuerzas de mi corazón!

No pude pronunciar palabra y me quedé quieta y atónita. Intenté encontrarle significado a lo que había escuchado. Después de unos segundos atiné a decirle:

—Yo también te quiero mucho, Rosa María, eres la mejor compañera, amiga y hermana que Dios me pudo dar.

Comprendí que tenía que contarle mi experiencia con nuestro ángel y le narré todo, sin omitir detalle alguno.

—Deseo con toda mi alma que vuelva a mi lecho y, si eso te hace feliz a ti también, ojalá que retorne también al tuyo. ¿Por qué la culpa, amiga mía? —le dije acariciándole su rostro atezado—. ¿Qué no comprendes que es un ángel de luz que Dios nuestro Señor nos ha enviado?

Mi gigante adorada se tranquilizó y le pedí que se acostara. Ella me obedeció. La cobijé con cariño, como si fuera una niña pequeña que se despierta asustada en la mitad de la noche oscura, me acerqué a ella para besarla con suavidad en los labios y le deseé las buenas noches. Luego, salí de su celda.

Así... enamorada

*Sábado, 8 de julio de 2017
4:00 p.m.*

El optimismo que me invadió los últimos días se esfumó como por arte de magia.

La narración era cada vez más extraña. Comprendí que necesitaba ayuda, pero no de cualquier persona. Tenía que ser alguien que tuviera la capacidad de leer el diario de forma objetiva y que me brindara su opinión, diferente quizá y eso sería estupendo porque mucho me temí que no estaba siendo yo muy imparcial que digamos.

El problema era que no tenía a nadie en quien confiar.

Por primera vez en mi vida me arrepentí de no haber sido capaz de cultivar amistad alguna. No era que me llevara mal con las personas, incluso, casi fui agradable y atenta con mis compañeros y maestros durante el transcurso de mis estudios de licenciatura, solo que no logré intimar con nadie.

«La amistad es un concepto sobrevalorado», pensaba yo.

Y es que podría parecer extraño, pero jamás sentí la necesidad de tener amigos. Los libros, la música y el arte suplieron en mí toda necesidad de afecto.

Repasé mis opciones.

«Mis padres, quizá». No, mala idea. Malísima idea.

«Algún maestro». Negué con la cabeza. No existía la suficiente confianza con ninguno.

«Compañeros». Un rayo de esperanza pasó por mi mirada.

«Podría ser». Esperaría a mañana.

Entretanto, sin amigos, pero siempre acompañada por la música insistí en seguir leyendo a mi franciscana y el optimismo volvió.

La música siempre mi consuelo.

*Así... enamorada,
entrégame tú la caricia suprema de amor,
con luz en la mirada,
que ahuyente esa lágrima tuya y olvide el dolor.*

La buena de María comenzó a cantar e hizo dueto con la voz atenorada que salía de los altavoces de mi computadora mientras barría el patio. La vi de reojo

con su escoba que se transformó en la pareja de baile perfecta.

Yo me remonté al pasado y me acordé de don Andrés Moreno cuando lo escuchaba cantar con su voz de trueno. Mi caballero de fina estampa.

*Así... enamorada,
escucha esta canción,
que es para ti,
y deja que esta noche apasionada,
el mundo juzgue locos a los dos.*

El mandadero

Domingo, 2 de septiembre de 1900

Han pasado más de tres meses desde que nuestro querido huésped llegó a nosotras. Nuestra madre priora se ha dado por vencida y nos ha dicho durante la merienda que ya no indagaremos más; que es mejor dejarlo así.

—¡Si no hace otra cosa que ayudarnos! —expresó nuestra buena madre superiora; yo, ante tal exclamación bajé la mirada abochornada y recordé mi encuentro nocturno con él. Ayudarnos en nuestras labores diarias no es lo único que ha hecho entre estas paredes.

A pesar de todos los intentos por querer descubrir quién nos envió a nuestro ángel, nuestros esfuerzos han sido en vano, ya que no hemos sido capaces de averiguar nada. En San Miguel hemos preguntado por personas que hubiesen llegado hace poco tiempo al pueblo, pero al parecer todo ha estado tan tranquilo como siempre y no se han tenido visitas de fuereños.

Lo más cerca que hemos estado de encontrar alguna respuesta ha sido la visita al hombre tosco que llevó en su carromato el ataúd hasta las puertas del convento. Por fin dimos con su paradero. El mensajero vive en las afueras de San Miguel y hoy domingo después de nuestra vendimia hemos ido a verle.

Rosa María se encargó de preguntarle porque Petra y yo nos sentimos apocadas ante la presencia del hombre rudo y de mal genio, de tal manera que nos quedamos muy afuera de su casa, viendo a las gallinas cacarear y desenterrar gusanos mientras que Rosa María se encargaba de anunciar la visita con un atronador ¡buen día! desde la puerta de su humilde jacal. Casi de inmediato salió el monumental hombre y con una especie de gruñido saludó a nuestra hermana.

—Buenas días, buen hombre. La paz de Dios esté en esta casa —Le saludó Rosa María.

Eso pareció desarmar un poco su mal carácter y tras mirar al par de monjas que se habían quedado en la entrada de su corral le preguntó.

—¿Qué se le ofrece, madrecita?

—Las hermanas y yo queremos saber quien fue la persona que le pagó para que nos llevara el cajón a nuestro convento, ¿recuerda usted?

—Sí que me acuerdo, madrecita, ¡cómo no me voy a recordar! si quien haiga sido pagó muy bien... y digo quien haiga sido porque yo nunca supe. Un día antes de que les llevara a sus mercedes el encargo salimos muy de madrugada

mi hijo y yo y cuando volvimos, a eso del mediodía, aquí mesmo, donde usted esta parada vimos el cajón con un papel y con dos pesos de plata encima.

El hombre sonrió tras acordarse de la buena cantidad de dinero que le dieron al parecer por el encargo de llevarnos el cajón.

—¿Y no había nadie más, aquí, en su casa?

—No, madrecita, semos nomás mi muchacho y yo.

—Pero tendrá la nota, buen hombre.

—No, madrecita, tampoco; ese mesmo día que hayamos el cajón, me jui prontamente con el papel a ver al señor cura de San Miguel, que en paz descanse, porque no sé leer. Me dijo: lleva rápido este encargo a las religiosas del Rosario.

—Y pos, al otro día muy de madrugada salimos pal Rosario.

—¿Y qué pasó con el papel?

—Pos, el padrecito lo arrugó y lo tiró.

—No se preocupe, buen hombre, muchas gracias por su ayuda.

Le dimos al hombre dos quesos, le agradecemos de nuevo y nos alejamos en nuestra carreta por el camino que conduce al Rosario.

Lunes, 19 de noviembre de 1900

En este día murió la hermana Jerónima. Era, después de la hermana Dolores la más anciana de todas. Dios por fin se apiadó de ella; la pobre tenía los huesos de sus manos y de sus pies tan deformados que no podía dar un solo paso. Por si esto fuera poco, esta enfermedad le provocaba unos dolores terribles, pero ella, siempre con ánimo valiente, se los ofrecía a la Santísima Virgen María.

Por fortuna, dejó de padecer estas dolencias desde que nuestro ángel la visitaba en su camastro para sobarle las manos y los pies con cataplasmas de barro y de cola de caballo que Florentina preparaba. Jerónima fue la primera en decir que aquél hombre que salió del ataúd era un ángel y nunca le tuvo miedo.

Sin la hermana Jerónima quedamos quince religiosas en este convento de hermanas franciscanas.

Que Dios te tenga en su Santa Gloria, hermana Jerónima.

Daniel

Domingo, 9 de julio de 2017

Si existió alguien más *friki* que yo durante mi paso por la Universidad fue un chico de nombre Daniel. No estaba inscrito en la carrera de historia, sino en la licenciatura de nanotecnología y cosa rara en uno de los de su especie, le apasionaba la filosofía.

Lo conocí por accidente en una serie de conferencias sobre teorías marxistas en la Universidad. Durante la ronda de preguntas se levantó de su asiento que se hallaba justo a un lado de mí, para preguntar al conferencista algo relacionado con la alienación.

Yo me fijé en él porque no recordaba haberlo visto entre los estudiantes de historia y, aún para mí que no miraba demasiado a los demás, él sí que se daba a notar.

Era un chico alto y delgado, con cabello lacio y cortado en melena, que hacía juego con su vestimenta de pantalón, camiseta y botas altas del mismo color oscuro. Tenía horadadas las orejas con expansores y pequeñas argollas en la nariz y en la lengua. Como si su decoración fuera poca cosa, tenía parte del cuello y ambos brazos hasta la punta de los dedos de las manos sin un solo centímetro vacío de tatuajes que yo, por educación, no miré demasiado. No obstante, había uno en su brazo derecho demasiado grande y llamativo para dejarlo pasar. El tatuaje en cuestión era una frase que decía *Non Est Deus* e imaginé que era ateo, pero eso no era ninguna novedad entre los que estudiábamos en la facultad de humanidades.

Sin embargo, lo que ese día nos sorprendió a todos fue que después de formular su pregunta dijo su nombre y mencionó que pertenecía a la carrera de nanotecnología. Se soltaron murmullos y risitas apagadas en todo el auditorio debido al insólito aspecto en un estudiante de esa carrera. Por lo general, en nuestra universidad los estudiantes de esa licenciatura eran por completo diferentes y el hecho de que un nanotecnólogo estuviera interesado en una conferencia de ciencias sociales y, peor aún, con inclinación a las teorías marxistas, nos sonó a todos, demasiado extraño.

Al término de la disertación nos levantamos de nuestros asientos y a él se le cayó un libro cuyo título solo decía “Transhumanismo”. Me llamó la atención el tema del texto porque recordé que había leído sobre eso alguna vez y sabía que tenía que ver con tecnología futurista, aunque mi lectura hablada en específico

sobre una artista transhumanista. Le recogí el libro del suelo y me agradeció.

Intercambiamos un par de frases acerca de la conferencia, nos presentamos y luego nos despedimos. Tres semanas más tarde nos reencontramos en la biblioteca, él me reconoció y me saludó. Fue ahí que tuvimos oportunidad de charlar un poco más. Me enteré de que tenía mi edad y que cursaba el segundo semestre de licenciatura, que le gustaba la filosofía, pero por otro lado, –y por eso su decisión de estudiar nanotecnología–, le apasionaba todo lo referente a los avances tecnológicos, el futurismo y esos temas extraños del transhumanismo. Después de ese día, no lo volví a ver.

Me abochornaba darme cuenta de que Daniel era la única persona que podía considerar casi un amigo y que, con mucha suerte, podría estar dispuesto a ayudarme. Llevaba también más o menos una buena relación con dos o tres compañeras, pero era muy probable que estuvieran atareadas con sus trabajos de tesis. De todas formas, atareadas o no, no creí que estuvieran muy dispuestas a viajar al fin del mundo para echarme una mano. ¡Ni en mil años!

No había mucho que decidir: era Daniel o nadie.

«Total, no perdía nada con intentarlo».

El sábado lo decidí y organicé todo para llegar a San Miguel por la mañana.

El domingo amaneció con el cielo despejado y con el ya acostumbrado olor a monte mojado.

Viajé de nueva cuenta en la parte trasera de la camioneta y también, otra vez, ayudé a Chucho y compañía a descargar las mercancías incluyendo las de María y hasta participé un buen rato en la vendimia.

—¿Cómo va la investigación?

Me sorprendí ante la pregunta y desvié la vista de la señora a la que le mostraba las servilletas bordadas de María. Era el sacerdote.

—¡Buenos días, padre! Muy bien, muchas gracias.

Presentí que esperaba que le dijera algo más que el saludo porque se quedó mirándome de una forma extraña, como si pretendiera adivinar mis pensamientos. Me mordí la lengua, pero en ese instante me acordé de la última lectura del diario. El mandadero mencionó a un sacerdote... Saqué conclusiones. María Merced no se refería al padre Santiago.

—¿Padre, sabe usted como se llamaba el sacerdote que estuvo aquí en San Miguel antes del padre Santiago?

—No recuerdo, hija... ¿Por qué?

Tonta de mí, no pensé que fuera a salir con otra pregunta.

—Padrecito, lo busca una señora. Que es urgente, hay un moribundo que necesita los santos óleos.

Se despidió de todos y se fue con paso presuroso rumbo al templo.

Me salvó la campana. El hombre me intimidaba.

Quedé de acuerdo con Chucho en la hora del regreso al Rosario. Llamé a mis padres y después de mi conferencia de quince minutos con ellos pude colgar. Luego, me fui al único ciber que conocía y que por suerte tenía servicio el domingo. Revisé mi correo por costumbre pues como casi siempre me sucedía, no apareció ningún mensaje en mi bandeja de entrada. Acto seguido, me dispuse a buscar en las redes sociales a Daniel y tras cinco minutos de no tan intensa búsqueda di con él.

No era su “amiga” en el *Facebook*. Le envié un mensaje privado, lo saludé y le dije que esperaba que se acordara de mí, después, le pedí su número de teléfono para llamarle por un asunto urgente y por último le envié mi número. Mientras esperaba navegué un poco, con suerte y encontraba algún dato sobre María Mercedes. Al cabo de veinte minutos en la computadora del negocio sonó la alarma que indicaba que tenía respuesta a mi mensaje.

Pagué la renta del ordenador y salí del lugar.

Afuera hacía bastante calor a pesar de las constantes lluvias que caían sobre la zona, me dio sed, busqué una tienda para comprar una bebida helada y me encaminé a las escalinatas del quisco para llamar al estafalario chico.

Me senté en mi lugar acostumbrado y le di un gran sorbo al agua fría antes de llamarle. Al tercer timbrido me contestó.

—Hola, Daniel, soy Ana. Espero me recuerdes, estudié historia en la Universidad.

—Ana, claro que te recuerdo. ¿Qué pasó? ¿Cómo te ha ido?

—Muy bien, gracias.

Se produjo un silencio incómodo. Tenía que tomar la iniciativa de la charla, pues era demasiado raro que alguien con quien solo había intercambiado algunas palabras en dos ocasiones le hablara solo para saludarlo. Bueno, me parecía raro a mí.

—Daniel, necesito tu ayuda —expresé con valentía en la voz—. Disculpa que te lo pida cuando ni siquiera hemos tenido oportunidad de fraternizar lo suficiente, pero eres la única persona a la que puedo recurrir en estos momentos.

—¿Y... en que te puedo ayudar?

Se me salió un suspiro nervioso porque sabía que era muy improbable que accediera a lo que le iba a pedir.

—Es demasiado largo y extraño lo que tengo que contarte, pero también demasiado interesante —atiné a decirle—. Realizo una investigación en un pequeño poblado que se llama el Rosario. El asunto es que necesito que vengas, no te lo puedo explicar por teléfono. Te pagaría el viaje, tus viáticos y algo extra por tus servicios. Lo puedes tomar como unas pequeñas vacaciones. ¡El pueblito

es hermoso! —dije esto último para intentar motivarlo.

De nuevo se hizo una pausa en nuestra comunicación, yo crucé los dedos y escuché un suspiro al otro lado de la línea.

—¿Cuándo necesitas que vaya?

—Lo antes posible —respondí.

—Pues, no lo sé, ¿mañana, quizá?

—¡Daniel, sería fantástico!

¡Santo Dios! ¡No lo podía creer! Me levanté de un salto de la escalinata del quisco y casi bailé de alegría.

—Muy bien. Dime como llego.

Le di instrucciones precisas de cómo llegar a San Miguel y después al Rosario por medio de la contratación del único taxista que conocía, aunque muy a mí pesar porque seguía enojada con él y todavía no lo perdonaba. De todos modos, le comenté que me pondría de acuerdo con el chofer del taxi y que pagaría por adelantado su servicio.

—Te agradezco mucho, Daniel. Espero que no tengas demasiados problemas en tu casa por el precipitado viaje —expresé al recordar el amargo episodio con mis padres.

Escuché al otro lado de la línea su risa y me dijo a modo de despedida:

—No te preocupes, estoy de vacaciones y vivo solo desde los diecisiete.

Lunes, 10 de julio de 2017

Daniel llegó al Rosario a bordo del auto del taxista parlanchín a las dos de la tarde, un día después de mi llamada. Lo vi tal y como lo recordaba. Alto y desgarrado, con su habitual vestimenta negra, sus pelos despeinados y lacios, y una gran parte de su cuerpo llenó de tatuajes. Se bajó del taxi cargando una pesada mochila que se colocó en la espalda y miró curioso el entorno del lugar. El taxista se bajó también para saludarme como siempre amable y me desarmó con su sonrisa infantil y sus ojos pizpiretos. Acto seguido, lo perdoné. De todo corazón.

—Aquí tiene a su amigo sano y salvo señorita —me anunció agitando sus manotas y le respondí con una sonrisa de agrado.

Saludé a Daniel con mucho más afecto de lo que debería, como si hubiera sido un viejo amigo. Enseguida advertí que yo, la antisocial, lo había abrazado; a él sin embargo, mi cariñosa bienvenida no le pareció mal y me respondió de igual manera.

—Qué bueno que estás aquí. Bienvenido al Rosario.

Me sonrió y desvió su mirada de mi rostro para seguir observando los cerros verdísimos a causa de un buen temporal y noté que respiró profundo, disfrutando del aire limpio y del olor del campo. Dejé de prestarle atención un momento para despedirme del taxista.

—Muchas gracias. No sé su nombre —le dije un poco avergonzada.

—Me llamó Francisco, señorita, pero todos me dicen Pancho.

—Mucho gusto, Pancho, yo soy Ana.

—Estoy para servirle. Cualquier cosa que necesiten ya saben dónde encontrarme.

Le agradecí de nuevo mientras se subía a su carro y ahora fui yo la que tomó la iniciativa de agitar la mano para decirle adiós. Finalmente, el taxista se alejó entre los ruidos estentóreos del viejo motor de su automóvil y yo puse atención a Daniel que había dejado de ver los cerros verdes para verme a mí.

—Pasa, Daniel. Te voy a presentar a María, la dueña de la casa.

El impacto de sorpresa que el aspecto extraño del recién llegado pudiera causar en una anciana de pueblo casi deshabitado, no fue el que yo esperaba. Antes bien, María se portó a la altura y le dio la bienvenida con unas palmaditas en la espalda, una vieja mesa de madera cubierta con un bonito mantel de flores, una sencilla pero sabrosa comida y una humeante y olorosa infusión de hierbas.

Daniel comió con ganas, hambriento. Repitió plato y María se sintió complacida al ver que al chico ciudadano le había gustado su comida. Por si fuera poco, la buena de mi casera le ofreció un postre que consistió en unos panes de maíz untados con cajeta de leche y el muy desvergonzado se zampó dos. Para rematar, se tomó con verdadero deleite una infusión de hierbabuena en el jarro de barro más grande que tenía María. Yo lo vi tan flaco, que no supe a dónde diablos había ido a parar tanto alimento.

Después de semejante hartazgo por su parte, agradecemos y ayudamos en la limpieza de la cocina. Por fortuna mi invitado resultó ser un chico acomedido y no permitió que la anciana moviera un dedo. Lo vi de reajo mientras lavaba la loza y comenzó a caerme de verdad muy bien. Entre ambos terminamos en un dos por tres y luego me lo llevé a mi habitación lo más rápido que pude. Ya solos y con su voraz apetito saciado, comencé a explicarle el motivo de su venida al Rosario.

—Daniel, antes que nada, quiero agradecerte que hayas venido y sobre todo tan rápido, de verdad significa mucho para mí.

—Ana, ya no me agradezcas. Cuéntame por favor.

Suspiré algo nerviosa porque no encontraba las palabras correctas. Unos días antes había lamentado mi carácter taciturno, solitario y soberbio que había

provocado mi falta de amistades a las que pudiera recurrir en un momento como este. ¡Rayos y centellas! Daniel ni siquiera era mi amigo.

Inhalé profundo para darme valor, me decidí y comencé a decirle:

—Llegué al Rosario hace quince días por motivos por mi tesis. En la capilla se encuentra una pintura novohispana con mi tema de estudio y por tal motivo fue que vine a parar hasta aquí. Pues bien, mi estancia en este lugar —continué—, tendría que haber sido rápida, de un día cuando mucho, pero por la falta de transporte me quedé varada aquí...

Hablé sin parar durante más de media hora para contarle con lujo de detalles toda mi aventura. Le narré cómo fue que me enteré del convento y de su historia, de mi viaje a las ruinas y por supuesto, el descubrimiento del diario, las charlas con el cronista y con el sacerdote. Por último, también le conté la difícil decisión de abandonar mi tesis y mi altercado con mis padres.

Cuando terminé de hablar Daniel me taladraba con una mirada que no supe desentrañar ni un poco. Sus ojos oscuros me remitieron a un pozo profundo sin ningún dejo de expresión y yo no tuve la más mínima idea de que pasaba por su mente. Ante esto y como una especie de defensa por mi parte, me levanté del borde de la cama y saqué de mi mochila el libro de María Merced para mostrárselo, Daniel lo tomó con delicadeza, lo abrió, lo hojeó con cuidado y me lo devolvió.

De nuevo nuestras miradas se cruzaron y me preguntó al cabo de unos segundos.

—¿Y qué pitos toco yo en este asunto?

—Necesito que leas el contenido del diario. Todavía no termino la transcripción, aunque lo que llevo escrito, está revisado. He comprobado palabra por palabra y no hay error alguno en la transcripción del diario hasta el día lunes 19 de noviembre del año de 1900 —le anuncié al mismo tiempo que apuntaba a mi computadora portátil.

—Cuando termines de leer quiero que me des tu opinión.

Salí de la habitación para que leyera de la manera más tranquila posible. Caminé sin rumbo fijo con un cielo nublado sobre mi cabeza y acompañada por un viento fresco que me agitó los pelos. Recorrí varias veces el poco trecho en el que se asentaba el Rosario hasta que me decidí y suspendí mi marcha al final de la pequeña población. Me senté sobre una piedra sin otro objetivo que mirar el asombroso, bruto y natural paisaje deshabitado, por completo diferente al de la ciudad siempre insegura, contaminada, caótica, insensible, desigual, terrible y apabullante.

Me puse mis audífonos para escuchar las Suites de Bach para violonchelo y dejé pasar un buen rato. Decidí volver a casa tras una hora de música, con la

esperanza de que hubiera sido suficiente el tiempo que le había cedido a Daniel para que leyera el diario de María Merced.

Me encontré a mi casera sentada, bordando sus servilletas con la luz de la tarde y me enternecí con su estampa. ¡En solo dos semanas ya le había tomado cariño a esa anciana! Le acaricié su hombro como muestra de afecto y le susurré al oído.

—Huele a tierra mojada, doña María.

Mi casera me sonrió con gratitud y yo me metí a la casa para entrevistarme con mi invitado.

En cuanto entré a la habitación supe que mi casi recién amigo había finalizado la lectura. Lo encontré recostado en la cama con las manos en la nuca, concentrado en los diminutos agujeros de la vieja viguería de madera.

—Hola, Daniel —le dije para sacarlo de su ensimismamiento.

—Hola, Ana —me respondió mientras se incorporaba y se sentaba al borde de la cama.

Cogí la silla para sentarme frente a él.

—Pues bien ¿qué opinas?

—El relato es fascinante. Tuviste mucha suerte de encontrarlo, fue todo un hallazgo.

—Eso mismo pienso yo.

Suspiré aliviada y satisfecha de que no fuera yo la única persona con esa opinión.

—Pero estarás de acuerdo conmigo en que el relato así como es fascinante es también demasiado insólito. ¿No lo crees? Me encuentro por completo perdida con respecto al hombre, no sé qué pensar.

—¿Parece como si no fuera humano, verdad?

—¡Exacto! ¡Gracias al cielo! —exclamé con alegría y me levanté de la silla mientras me llevaba las manos a la cabeza.

Daniel me miró y sonrió divertido.

—¡Estaba comenzando a pensar que estaba loca! Es ahí en donde me encuentro estancada. La lógica me dice que si hubo alguien capaz de introducirse en el convento, fue un simple mortal.

Nos quedamos callados por un buen rato, pues ninguno de los dos se atrevía a romper el silencio. Por fin, Daniel tomó la palabra.

—¿Ana, cómo esperas que te ayude? Quiero decir, me gusta la historia, pero no soy historiador.

—Necesitaba un amigo, Daniel. Nada más. Un amigo que leyera el diario sin apasionamientos y, porque no, que pudiera abrirse a nuevas hipótesis.

La voz se me quebró.

—Dejé mi tesis por este diario. Así de importante se volvió todo este asunto. Necesitó a alguien que no me juzgue, ni que se burle de mí por lo que te voy a decir. He leído y releído el diario, lo he analizado a profundidad y he pensado en algunas hipótesis.

Tomé aire y añadí:

—He pensado que podría haber la posibilidad de que el que el amante de las monjas no fuera humano.

Bajé la mirada avergonzada ante la barbaridad que acababa de salir de mi boca.

Daniel me tomó de las manos y con la mayor simpleza del mundo me dijo:

—Ana, estoy cansado y también necesito digerir todo lo que acabo de leer. ¿Te parece si platicamos mañana?

Santiago Gavilán

Martes, 25 de diciembre de 1900

Natividad de nuestro Señor Jesucristo

Esta Navidad ha sido uno de los días más felices de nuestra vida a pesar de los sobresaltos y sustos que hemos recibido.

Ayer tuvimos una esplendida cena de Nochebuena. Nuestra madre superiora decidió desde hace dos semanas, que para este año mataríamos el guajolote más grande y gordo para nuestra cena. Lo teníamos reservado para venderlo en San Miguel, pero por primera vez lo mejor fue para nuestro deleite. Desde muy temprano preparamos el horno y todas participamos en la cocina incluyendo a nuestro ángel.

¡Que mañana tan dichosa! No paramos de cantar y de reír mientras cocinábamos y, hasta sacamos, con no pocos trabajos, a la hermana Dolorcitas de su celda y la trajimos a la cocina para sentarla en un rinconcito y que se sintiera acompañada.

La sal y la pimienta ha sido Juana ¡Ha estado graciosísima! Tomó el timón en los cantos navideños. Mientras amasaba comenzó a cantar con esa peculiar voz que tiene, sonora y aguda. Después, todas le respondimos con segundas y terceras.

*A que la gusto que la teniendo
Porque ya vide a mi “pagre” amado,
Ya’sta vestido de nuestra carne
Para librarnos del hacha-diablo.^[2]*

Por la noche, nos fuimos a la capilla para acostar al niño Dios y este año, el honor ha sido de nuestro invitado.

¡Lo hemos vestido de ángel!

Él, obediente y con mucho cuidado tomó al niño Dios y lo colocó sobre una batea que cubrimos con una sábana de seda, entre flores de Nochebuena y dulces garapiñados.

Cantamos al Rey de los cielos y, mientras le besábamos la manita, el piecito o la orilla de encaje de su vestidito blanco, cogíamos un dulce.

Convidando esta la noche

*aquí de músicas varias.
Al recién nacido infante
canten tiernas alabanzas.*

*¡Ay, que me abraso, ay! ¡divino dueño, ay!
¡en la hermosura, ay! ¡de tus ojuelos, ¡ay!
¡Ay, cómo llueven, ay! ¡ciento luceros, ay!
¡rayos de gloria, ay! ¡rayos de fuego, ¡ay!*

*¡Ay, que la gloria, ay! ¡del portaliño, ay!
¡ya viste rayos, ay! ¡si arroja hielos, ¡ay!
¡Ay, que su madre, ay! ¡como en su espero, ay!
¡mira en su lucencia, ay! ¡sus crecimientos, ¡ay! [\[3\]](#)*

Después de cantar y de rezar pasamos al refectorio y nos alistamos para cenar como nunca en la vida. Horneamos el guajolote con sus hierbas de olor; preparamos una salsa de alcaparras y otra de perejil, una crema de nuez, varias tortas de requesón, mostachones de almendras y mamoncillos. Se sacaron de la despensa cuatro botellas de un vino tinto añejado que la madre superiora abrió y que teníamos guardadas para la visita de algún santo varón. Así fue que, sin el menor remordimiento, la madre Engracia mandó a Catarina por copas de cristal para servirnos un poquito de ese licor especial hecho de uvas y que algunas, salvo en la sagrada comunión, nunca habían probado por placer.

¡Cometimos el pecado de la gula! Pero Dios todo poderoso y misericordioso, sabrá perdonar esta comilona que ha sido la única que ha tenido lugar en este sagrado recinto.

Nos retiramos a nuestras celdas pasada la media noche, algunas con las mejillas un poco arreboladas y la mirada pizpireta a causa del licor y la falta de costumbre, pero felices.

La mayoría estábamos hundidas en el más profundo de los sueños cuando escuchamos la campana que nos anunciaba visita. Yo me levanté como de rayo y vi que ya había amanecido, pero no supe la hora hasta que la madre Clara asustada dijo que eran las ocho de la mañana. ¡Jesucristo Bendito, que susto! ¡Jamás en treinta y dos años que tengo habitando este claustro me había levantado tan tarde!

Me vestí de prisa para ver quien tocaba en la mañana de navidad.

¡Afuera, esperando pacientemente a que le abrieran las puertas de nuestro convento estaba el padre Santiago!

Nos dio una alegría enorme, aunque también un susto de muerte porque no

podíamos permitir que viera a nuestro ángel. Rosa María corrió y lo escondió en su celda y le pidió que no saliera. Por la tarde, ella me contó que él se quedó quieto, viéndola a los ojos, extrañado pero con un atisbo de sonrisa.

El buen padre Santiago ofreció misa de Navidad en nuestra capilla. Ese fue su regalo para nosotras y yo, mientras comulgaba, le di gracias a Dios por todas las cosas buenas que hemos tenido: por la venturosa llegada al convento de nuestro amado, por la felicidad que nos embargaba, y porque sentí que la eucaristía de esa mañana era la señal de perdón por la copiosa cena de Nochebuena.

Por fortuna quedó mucho del banquete de la noche anterior y le ofrecimos un almuerzo de rey al padre Santiago.

Después de agradecerle infinitas veces su visita, se fue al medio día montado en un buen caballo que un alma caritativa de San Miguel le prestó.

Se llevó de regalo un bastimento de tres quesos, dos libras de requesón, cinco cajetas de piña con camote, de las grandes, tres de leche, algunas gorditas de maíz y dos botellas de rompopo. Salimos todas las hermanas a despedirlo menos la madre Dolores. Le dijimos infinitos adioses mientras se alejaba por el camino que lleva al pueblo. Antes de perderlo de vista levantó la mano y nos dijo adiós por última vez. Entonces, suspiramos aliviadas.

Transhumanismo

1.- *Un robot no puede hacer daño a un ser humano, o, por medio de la inacción, permitir que otro ser humano sea lesionado.*

2.- *Un robot debe obedecer las órdenes recibidas por los seres humanos, excepto si estas órdenes entrasen en conflicto con la Primera Ley.*

3.- *Un robot debe proteger su propia existencia en la medida que esta protección no sea incompatible con la Primera y Segunda Ley.*

Las Tres Leyes de la Robótica de Isaac Asimov

Martes, 11 de julio de 2017

Hacía un clima excelente. Daniel y yo nos encontrábamos tendidos en el centro mismo del patio del convento en ruinas. Escuchábamos el murmullo de algunos insectos cuando nos retumbó en los oídos el pitido estridente de una cigarra que anunciaba la lluvia. Mirábamos en silencio al cielo. Grisáceas nubes gordas avanzaron, se desfiguraron y volvieron a formarse, pero ahora en manojos demasiado extraños, en surrealismo puro. El viento fresco que empujaba la pintura surrealista que tenía arriba me sirvió como instrumento de relajación. Los últimos días había tenido altibajos en mi estado de ánimo; de pronto, me sentía contenta y optimista; luego, angustiada y triste.

Lo cierto es que me sentía con un ánimo más ecuánime porque tenía la compañía de Daniel, casi un desconocido, pero un desconocido que se había tomado la molestia de venir hasta el Rosario solo porque se lo había pedido. Le agradecí dentro de mí.

Disfrutó la caminata desde la casa de María tanto como yo. Lo noté por su respiración profunda y su desvergonzada sonrisa chueca. Era un buen chico. De eso estaba segura, lástima que en el imaginario colectivo, el aspecto de Daniel no fuera bien visto y se le juzgara por ello.

Cuando llegamos a las ruinas me siguió con la mirada que tienen los turistas ignorantes y yo fui la guía experta que lo llevó por todos los rincones del convento. Luego de una rápida excursión y de mostrarle el lugar exacto donde había encontrado el diario, nos sentamos para tomar agua y luego nos tiramos de espaldas.

—¡Cómo me hubiera gustado vivir hace trescientos años! —expresé después de llenar de aire limpio mis pulmones.

—A mí dentro de trescientos.

Soltamos una sincera carcajada al mismo tiempo.

—Eres igual de *friki* que yo.

—No. El primer puesto lo tengo yo. Adoro a Nietzsche.

—Eso no es tan raro —respondí sin dejar de mirar las nubes gordas—. A mí también me gusta. A muchos de mis compañeros también. Yo soy más rara que tú porque me gusta la paleografía. Incluso, la hago con un cronómetro. Es súper excitante.

—¿Cómo tener un orgasmo?

—¡Eres un depravado! —repliqué, fingí escandalizarme y echamos a reír de nuevo.

¡Me estaba gustando eso de tener un amigo de verdad! Rumié esa idea por un momento y luego le dije:

—Ya en serio, Daniel. ¿Qué opinas de todo esto?

Soltó un suspiro grande y después de un momento opinó.

—Me cuesta trabajo creer que el ángel de las monjas no sea otra cosa que un simple mortal.

—Mi primera impresión también fue esa. Hasta sentí una rabia enorme cuando leí que se les había metido al convento un individuo y compadecí a las pobres religiosas.

Nos quedamos callados unos segundos y escuchamos el ulular del viento correr por todas las ruinas.

—*Vivo sin vivir en mí y tan alta vida espero, que muero porque no muero...*

¿La conoces? —pregunté a Daniel.

El negó con la cabeza.

—Es una poesía de Santa Teresa de Jesús.

Mi amigo negó otra vez.

—Fue una religiosa española del siglo XVI.

—Vaya. No soy muy religioso que digamos.

—Yo tampoco, no te preocupes —reconocí para disculparlo—. Recordé la poesía porque dentro de toda la maraña de pensamientos locos que tuve al estar leyendo el diario, especulé que quizá lo que vivió María Merced hubiese sido una especie de éxtasis, como las experiencias místicas que tenían ciertas monjas en la época novohispana.

—¿Una especie de locura? —preguntó Daniel—. Pues sí y no; era frecuente que las religiosas tuvieran arrebatos espirituales causados por diferentes circunstancias, por ejemplo, la vida en aislamiento o la hagiografía.

—¿Qué es eso?

—La lectura de las vidas de los santos. María Merced escribió al principio de

su diario que gustaba de leer a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa, dos santos que por cierto, tuvieron experiencias místicas.

—Eso pudiera ser una hipótesis muy aceptable.

—Estuve dándole vueltas al asunto de los éxtasis porque estas visiones sobrenaturales incluían apariciones de ángeles. Ahora bien, si María Merced hubiese tenido un arrobamiento, fue uno muy extraño porque los arrobamientos son diferentes; es decir, en el místico hay una especie de unión con Dios por medio del amor, pero no de esa manera tan explícita ni tan sexual. Además, lo que tuvo María Merced no fue una unión con Dios, sino con un ángel. Por otro lado —continué con mi explicación—, si lo que experimentó la franciscana fue una especie de visión sobrenatural sobre ángeles y esas cosas, pues entonces, fue una locura colectiva porque todas las religiosas vieron al supuesto ángel. En fin, no descarté la idea del todo, aunque tampoco es que me encuentre tan convencida.

Daniel dejó de ver el cielo cada vez más plomizo para mirarme con esos ojos de taladro que tenía.

—Solo que eso pasaba en la época novohispana, María Merced escribió el diario en 1900. No me convence.

—Sí, también reflexioné en eso, pero recuerda que las religiosas nacieron en el siglo diecinueve y están en el lugar más recóndito del mundo. Es como si estuvieran viviendo cien años atrás.

—Tienes toda la razón —convino Daniel mientras miraba al cielo de nuevo—. Ahora que lo pienso, también tuve esa sensación. Justo cuando leía tu transcripción se me vino a la memoria la *Suma teológica* de Santo Tomás de Aquino.

Una chispa brincó dentro de mí. En solo un segundo, reconsideré que necesitaba ver todo con nuevos ojos, ver más allá. Estaba tan abrumada con la idea de saber si era verdad o mentira lo escrito por María Merced, que no estaba analizando cosas importantes.

—¡Claro! Las ideas de lo bello y lo bueno. ¡Su ángel es bondadoso y noble con ellas!

Me incorporé emocionada, pero sintiéndome tonta por no haber pensado antes en esa idea.

—¡Es bello porque es bueno! ¡Es deseable porque es perfecto!

—Y también irradia luz.

—¡Cierto!

De nuevo el intento de filósofo me había ganado la idea. Me llegaron a tropel las imágenes de los grandes rosetones de las catedrales góticas europeas.

—¡La claridad! ¡La estética de la luz! —afirmé mientras me golpeaba la frente

con la palma de la mano.

Daniel también se incorporó y expresó.

—Es bueno, perfecto, bello, lleno de luz. ¡Tiene lógica que para ellas su visitante tenga un origen divino!

—Me tienes sorprendida. ¿Qué diantres estás haciendo en la licenciatura de nanotecnología? ¡Tienes talento para la filosofía!

Miré un destello de orgullo en sus ojos oscuros y nos sonreímos.

—¿Tú crees que María Merced haya leído a santo Tomás? —le pregunté.

—No lo sé, pero de todos modos son los conceptos aprendidos como cultura occidental que somos, ¿no lo crees?

—Sí. Lo blanco y la claridad es lo bello y por ende lo bueno. María Merced era criolla y de piel clara.

De nuevo, el viento chocó contra los grandes árboles y se produjo un repiqueteo como de cascabeles que nos obligó a callar unos momentos.

—¿Recuerdas cuando Rosa María le confesó a María Merced que siempre había estado enamorada de ella? La pobre monja se sentía fea. Era alta, desarrapada y morena.

Daniel asintió mientras se dibujaba en su rostro su peculiar sonrisa que ya comenzaba a serme familiar.

Recordé las actas de bautismo que había visto en el tiempo en el que México era Nueva España. Al margen del acta se escribía el nombre del recién nacido y su “*calidad*”, es decir, su categoría racial. Se era español, mestizo, indio, mulato o negro. Si a la persona en esta vida —como en la lotería— le tocaba la fortuna de ser criollo; escribían la palabra “español” y los apellidos de los padres y, por si fuera poco, también les daban el tratamiento de doña o don como una expresión de distinción. Si en cambio, tocaba nacer indio, mulato o negro; la pobre gente se tenía que conformar con que en el acta eclesiástica apareciera solo el nombre del chiquillo y el de los padres. A secas. *José. Indio. Hijo de Juan y de Gertrudis.* Punto. El cura en cuestión no tenía nada más que escribir salvó la advertencia de la obligación y cognación espiritual de los padrinos y estampar su rúbrica.

—Aún en estos tiempos, Ana, nuestra concepción de la belleza es occidental. En nuestro país está tan latente este hecho, que no hay nada peor que ser moreno. ¡Cuánta contradicción! —analizó mi casi amigo y luego remató—. Esa es una de las causas por las que me gustaría haber nacido dentro de trescientos años, con suerte ya se habrían acabado toda esa bola de complejos pendejos.

—A lo mejor dentro de trescientos años el mundo ya se fue a la mierda.

—No se perdería mucho, tenlo por seguro —razonó Daniel.

Nos quedamos de nueva cuenta sin hablar y después de un rato me atreví a

decirle.

—Cuando entrevisté al sacerdote de San Miguel dejó entrever que alguna franciscana se había vuelto loca. Al menos así lo entendí, pero conformé fui leyendo el diario, me di cuenta de que muchas cosas sonaban coherentes y reales, por eso estoy entre varias hipótesis. Lo que narró María Merced suena a locura, pero a la vez no. No sé cómo explicarlo.

—¿No quieres que esté loca verdad?

—Supongo que no —respondí y bajé la mirada.

—¿Y si el hombre no fuera humano? no sé, sus actitudes son tan extrañas. Es como si fuera un ser de otro mundo o una especie de robot o algo así. Tú sabes, cosas de ese tema raro del transhumanismo.

—¿Raro? —me interrumpió burlesco—. Raro para ti que vives en el pasado. El transhumanismo es un tema puesto en la mesa desde hace muchos años.

Ante tal comentario preferí no ofenderme y prestar atención.

—El transhumanismo es un movimiento no solo tecnológico y científico, sino también es un tema filosófico, cultural e intelectual. A grandes rasgos tiene que ver con la utilización de las nuevas tecnologías para el mejoramiento humano en todos los aspectos de la vida humana —explicó.

—¿Por ejemplo?

—La biomecatrónica. Por ejemplo, la integración de una pierna robótica a alguien que ha sufrido una amputación.

Cavilé unos momentos.

—Entonces el transhumanismo ha existido desde siempre ¿no? ¿Desde cuándo el ser humano ha tenido la ocurrencia de ponerse una pata de palo? ¿O unos anteojos que le permitan tener una buena visión?

Daniel me sonrió y afirmó con la cabeza.

—El transhumanismo busca, entre otras cosas, la unión del ser humano con la máquina, con la tecnología. Vamos, lo que daría como consecuencia un organismo cibernético, o sea el *cyborg*. Otra idea que trata el transhumanismo es la modificación de los genes de nuestra especie para que pueda dar cabida a una especie nueva: al posthumano.

Lo miré desconcertada, sin estar segura de haber entendido bien lo que me decía.

—La alter biología —siguió explicándome Daniel—, es una fase en donde alguien que ya nació con mejoras, pierde lo último que lo hace humano, que es la pérdida de la conciencia social y la preservación de la humanidad.

—¿Trascender como humanos? —le pregunté con ciertas reservas.

—¡Exacto, Ana! Incluso ya se habla de inmortalidad.

Sin quererlo solté una carcajada de incredulidad.

—¿Ana, qué somos? —me preguntó mientras posaba en mí una mirada seria, penetrante y oscura. Somos pensamiento. Sin pensamiento no somos nada. Imagina que nuestro cerebro pueda estar conectado a un ordenador. ¡Qué importa entonces la muerte corporal! ¡Qué importa el cascajo si seguimos pensando y por ende viviendo!

—No sé qué pensar, Daniel, tal parece que me estuvieras hablando de ciencia ficción.

—¿Y tú no estás brindándole el beneficio de la duda a las locuras que escribió una monja nacida en pleno siglo diecinueve?

—*Touché.*

—Para la mayoría de las personas es así. Lo que pasa es que la tecnología actual, al igual que la educación y la salud por ejemplo, no son para todos. Aquí mismo, en plena posmodernidad, estamos varados sin señal de celular y sin Internet. Podríamos acceder, sin embargo, es carísimo comprar un modem o un teléfono satelital que nos pueda conectar a una red. Al menos no está al alcance de mi bolsillo. ¿Tú crees que Pancho, María, tu y yo incluidos, pudiéramos tener acceso a una pierna robótica, un estomago artificial o a un lente de contacto con realidad aumentada? ¡Es elitismo puro, Ana!

—¿Entonces, todo este rollo futurista existe ya?

—Ray Kurzweil habla del año 2045 como la fecha de la singularidad y de la inmortalidad.

—Daniel, me pierdo, ¿quién es él y qué es eso de singularidad? —le pregunté y refunfuñé por comencé a sentirme tonta y eso no me hizo la menor gracia.

—Ray Kurzweil es un genio en el ámbito de la tecnología y es el director de ingeniería de *Google* y la singularidad es cuando las máquinas se vuelven más inteligentes que cualquier ser humano.

Me quedé con la vista fija en un punto que nunca vi, sin permitirme otra cosa que desmenuzar en mi cabeza todo lo que escuchaba de boca de mi amigo.

—El futuro nos alcanzó desde hace mucho tiempo. Bienvenida al mundo actual.

—¿Y qué pasa con los robots?

—Existen androides, pero todavía son muy básicos, de ahí que Kurzweil tenga algunos detractores; hay científicos que aseguran que la inteligencia artificial está muy lejos de parecerse a la inteligencia humana.

—Supongamos que esto es cierto, que las máquinas serán más inteligentes que el hombre, ¿no es peligroso?

—Por supuesto. Por eso existe el debate en este tema del transhumanismo; el debate racional para saber que hacer o no hacer con las nuevas tecnologías.

Ya no pregunté nada más. Me quedé con la mirada perdida. Valiente pareja.

Estábamos anclados en una temporalidad donde ninguno de los dos queríamos estar. Yo sabía de historia y él de futurismo. Aun así, estábamos sin respuestas.

—En fin —añadió Daniel—, si por un momento te pasó por la mente que tu ángel pudiera ser una especie de robot, te digo que podría ser. Es más, cumple con los requisitos. Es el robot perfecto. Satisface en absoluto todas las necesidades de las monjitas.

Yo lo miré con la boca abierta y en respuesta él exclamó entre risas:

—Pero no en este lugar ni hace ciento diecisiete años.

Besos sabor vainilla

Esta música es serena; pero no tiene una serenidad francesa o alemana. Su serenidad es africana; sobre ella cierne la fatalidad, su felicidad es breve, repentina sin perdón. Envidio a Bizet porque ha tenido el valor de manifestar esta sensibilidad, que en la cultivada música de Europa, todavía no tenía hasta ahora ningún lenguaje, esta sensibilidad más meridional, más morena, más quemada...

El caso Wagner, 1888. F. Nietzsche

Jueves, 17 de enero de 1901

Anoche reviví las más espléndidas, radiantes y soberbias emociones. Mi amado visitó de nuevo mi lecho. Mi corazón latió como loco cuando lo vi cruzar el umbral de mi celda casi en penumbras, iluminada tan solo por el débil resplandor de una veladora en honor a la Santísima Virgen, pero en esta ocasión, no fue el miedo lo que provocó los eufóricos latidos, sino la desesperada impaciencia de que me poseyera.

¡Con cuanta agitación lo esperé todas y cada una de las noches desde aquella visita en la que fui suya por primera vez!

Ahora fui yo quien tomó la iniciativa. Me levanté de mi camastro para luego de abrazarlo con todas mis fuerzas, desnudarlo al tiempo que lo besaba en los labios. En respuesta, un regocijo extraordinario me sacudió toda cuando me vi correspondida de aquel beso apasionado. El instinto de mujer en celo me incitó a que acariciara todo su cuerpo y con mis labios entreabiertos y húmedos no dejé espacio alguno sin besarle.

Sin tapujos me despojé de mi ropa de cama y de mi calzón ya húmedo, después, nos encaminamos a mi lecho sin perder tiempo porque mi sexo jugoso me ordenaba de forma imperiosa que era el momento preciso para que me poseyera antes de que perdiera los estribos y me volviera loca de atar.

Él se tumbó de espaldas y yo, ágil jinete, me monté sobre él como si fuera un potro. Mi vaina chorreante le dio la bienvenida a su potente sexo y deseé con todas mis fuerzas que mi corcel se desbocara para desbarrancarme en el más profundo y peligroso de los sensuales precipicios.

De nuevo, un violento instinto que parecía de animal se apoderó de mí y comencé a moverme, frenética, loca... el entreabrió sus labios y cerró sus ojos;

yo me deleité con el elegante movimiento de sus pestañas bañadas de luz de luna, igual que la primera vez cuando maravillada descubrí que era un ángel. Ver tanta perfección me puso fuera de sí y le pedí a Dios, a la Santísima Virgen y a nuestro padre San Francisco morir ahí mismo y en ese instante.

¡Que dicha morir entre sus brazos!

¡Mi felicidad fue infinita!

Con sus tersas manos acarició mis nalgas para después tomarme de mis anchas caderas. Sin pretenderlo nos movimos al mismo ritmo, acompasados en sintonía perfecta, cual si fuéramos un solo ser y fue maravilloso. Como entre sueños que ensombrecieron mi juicio, recuerdo que no pude más y de mi garganta escaparon gritos de placer. Visité las estrellas y viajé hasta el fin del universo cabalgando en un alazán pura sangre. Cuando retorné de mi aventura de fantasía me encontrada aún encima de él, con su sexo todavía tieso y prisionero, acurrucada entre sus brazos y besándolo sin descanso en los labios, por completo, agradecida.

En ese momento sentí una penetrante mirada indiscreta y me desprendí de su boca para mirar hacia atrás en dirección a la puerta de mi celda.

Ahí, de pie, se encontraba Rosa María. Me resigné y con mucho pesar logré desprenderme de los brazos de mi amado. Caminé hacia ella y con delicadeza la desnudé... la pobrecilla temblaba como mariposita prisionera. Para aliviar un poco su desazón le acaricié la cara y me llegó un resoplido ansioso. ¡Mi querida amiga! En silencio, como si fuera una niña la tomé de la mano y la llevé hasta mi lecho donde estaba nuestro ángel que esperaba desnudo, magnifico, imponente...

Me puse mi camisón y salí todavía embriagada de placer en medio de la oscuridad de la noche. Amanecí sola en el gran camastro de Rosa María.

Miércoles, 12 de julio de 2017

3:00 a.m.

Soñé con mi profesor de filosofía. Con él y con la ópera de Carmen. Yo era Carmen.

Me vi en sueños vestida a la usanza gitana, traía infinitos cascabeles y baratijas colgándome del cuello y me besaba con el profe. Me tenía arrinconada contra una pared, pero no era una de las esquinas de su diminuta oficina, sino un agonizante muro de las ruinas del convento. Era de noche y el cielo se encontraba despejado de las voluminosas nubes veraniegas, en cambio, se

posaba sobre nuestras cabezas una luna redonda, sangrante y luminosa. El profe y yo nos besábamos con verdadero ahínco mientras se escuchaba el retumbar del sonido brillante y dulce de una flauta transversal que introducía el tema de la seguidilla.

¡Oh Dios! Besaba tan bien...

No había duda. Yo era Carmen. Vestía una falda roja llena de volantes y destilaba sensualidad de gitana. Me encantaba sentirme así, deseada. Él era don José. Enamorado.

Le susurré al oído que cerca de las murallas de Sevilla estaba la casa de mi amigo *Lillas Pastia*.

—Ahora dímelo en francés, Anita.

Y yo no solo se lo decía, sino que se lo cantaba como si fuera una *mezzosoprano* de las buenas, con voz bien timbrada y aterciopelada. Entretanto, el filósofo intentaba volverme loca a costa de lamerme el cuello.

Se escuchó de nuevo el eco de la flauta en los pocos pedazos de piedra y luego el silbido del viento que corrió por todo el convento y repicaron mis cascabeles. Recordé a los ahorcados que se mecían con ritmo lento, suavcito, vi las cuencas de sus ojos llenas de gusanos y se me erizaron los pelos... Decidí por primera vez en mi vida hacer a un lado mi poderosa imaginación para no arruinar el exquisito momento romántico con mi maestro. Entonces, hice acopio de todas mis fuerzas y me concentré en el sabor de sus besos. Descubrí un cúmulo de sabores dulces que hicieron explosión en mi lengua. Eran los sabores de las monjas cocineras. Había vainilla, canela, leche y azúcar.

A postres hechos con recetas antiguas. A eso sabían los besos de mi enamorado.

—*Mon amoureux...*

—¿Ana, tienes novio?

—Lo mandé al diablo. Mi corazón está inconsolable. ¡Es libre como el aire!
¿A quién amaré ahora?

—Ana, estoy como un ebrio... si yo te amo, ¿Tú me amarás?

—*Oui.*

—¿Lo prometes?

—Bailaremos la seguidilla y beberemos manzanilla...

Se avivó el ritmo de la música. Seguía siendo la misma melodía seductora. Los bajos tocaban el *tempo primo*, potentes, siempre *accelerando*. El volumen se intensificó al igual que mi besuqueo con el profe.

El aria terminó con un agudo grito lascivo en *staccato* y en ese momento me desperté. Me quité los audífonos de las orejas. En un catre colocado en un rincón de la habitación, Daniel dormía a pierna suelta.

Ángel querido

No hemos encontrado pruebas irrefutables de vida más allá de la Tierra. Pero solo estamos al principio de la búsqueda. Quizá mañana pueda surgir información nueva y mejor.

No creo que nadie esté más interesado que yo en saber si nos visitan o no. Me ahorraría mucho tiempo y esfuerzo poder estudiar directamente y de cerca la vida extraterrestre en lugar de hacerlo indirectamente y a gran distancia. Aun en el caso que los extraterrestres sean bajos, tercos y obsesos sexuales... si están aquí, quiero conocerlos.

El mundo y sus demonios. Carl Sagan

Domingo, 8 de diciembre de 1901

Festividad de la Inmaculada Concepción de María

Nuestro ángel nos ha abandonado.

Encontramos su cuerpo inerte en la entrada de nuestra capilla hace más de un mes; para ser exactos, en la madrugada del dos de noviembre. ¡En el día de los santos difuntos! Corrimos todas en su auxilio, pero ha sido un esfuerzo en vano.

Gruesas lágrimas comenzaron a resbalar por nuestros rostros al ver inanimado a nuestro querido ángel... Ya no hubo fuerza capaz de despertarlo.

Quién iba a decir que un día que creímos aciago, que tanto miedo y desconsuelo nos causó, resultó ser todo lo contrario; y hoy, después de casi dos años, la partida de ese ser tan extraño, pero tan asombroso, fue para nosotras el evento más terrible que ha acontecido en este convento desde el día de su fundación.

Hemos levantado del suelo su cuerpo todavía flácido y la desconsolada de Rosa María casi ha podido con él ella sola. La madre superiora ordenó llevarlo a la gran mesa de nuestro comedor para lavar su cuerpo, ahí, lo despojamos de su vestimenta burda de lana gruesa, pero hecha con todo el cariño del mundo que Agapita, que tiene conocimiento de costura, le cosió en nuestro afán de protegerlo del frío. Fue a principios de octubre del año pasado, que con la llegada del otoño, nos apenó verlo vestido con el camisón raído de una de nosotras y decidimos comprar lana gruesa en San Miguel para procurarle

abrigo.

¡Que puedo decir de nuestra tristeza! ¡Nos embargaba el alma! Evoqué su mirada... A veces extraña, a veces ausente y otras como extraviada, pero siempre tierna. Añoré sus asomos de sonrisa. Jamás nos dirigió una palabra aunque sabíamos que no era porque no quisiera, sino porque no hacía falta.

¡Si nos adivinaba el pensamiento! ¡Siempre tan servicial!

De forma portentosa supo con exactitud cuáles eran nuestras más básicas necesidades, pero también entendió cuáles eran nuestros más íntimos y profundos deseos.

Mis dedos temblaron cuando llegué a limpiar sus labios rosados y tibios aún no perturbados por el gélido espíritu de la muerte. Vi enseguida sus ojeras azuladas y no pude reprimir mis ganas de besarlas, me acerqué a su bellissimo rostro de Cristo inmaculado para besar sus ojos con labios trémulos y como un rayo fulminante, recordé la primera noche que yací con él y reviví de golpe las intensas y desafortunadas emociones, desde el terrible miedo cuando lo vi entrar a mi celda, los golpeteos furiosos de mi corazón y por último, la exquisita locura de la que me volví para siempre presa.

Peiné con mis dedos sus rizos acanelados y acaricié sus orejas perfectas con su forma suave. Levanté la mirada de nuestro ángel y distinguí el rostro mojado de mis queridas hermanas, escuché los sollozos pausados, calmos y graves de mi querida Gigante y sentí el dolor de la irreparable pérdida hasta el tuétano de mis huesos.

En verdad que supo hacernos dichosas, pues con su presencia llena de luz iluminó nuestras vidas.

Comenzaba a clarear cuando terminamos de limpiar con paños del algodón más suave, con cariño y dedicación, ese cuerpo dotado de juventud y belleza. Perfumamos a nuestro amado con finas y olorosas hierbas; lo envolvimos en su fina y blanquísima sábana con orillas de encaje que esa mañana se convirtió de nuevo en mortaja y lo depositamos en su hermoso ataúd de madera labrada.

Ese día se nos olvido comer y rezar, solo nos postramos ante él y dejamos pasar el tiempo, ¡que importaba ya nada! Lo contemplamos hasta que el cansancio, el sueño y la tristeza nos vencieron, pero nuestro despertar fue espantoso porque la partida de nuestro ángel no resultó ser la más terrible de las pesadillas, sino la más cruel de las realidades.

Nuestro ángel quedó depositado en su ataúd a los pies de nuestro Cristo hasta la madrugada del primero de diciembre. Esperábamos un milagro. Recordamos que podía ser posible que despertara, que se levantara de su lecho de madera como ya había sucedido y que la felicidad volviera a nuestras vidas, pero eso no aconteció. El cielo lo había reclamado ya.

La madre Engracia vio a su congregación con el ánimo abatido y comprendió que había llegado la hora de despedirse de él. Ordenó sepultarlo.

Antes de cerrar su ataúd me acerqué para besar sus labios tibios por última vez. Sus mejillas todavía conservaban un tenue y delicado color rosado y su rostro era el de un hermosísimo ángel durmiendo un sueño eterno. Esa fue la última prueba irrefutable de su origen divino.

Había amanecido cuando lo subimos a la carreta y caminamos detrás de él, bajo aguanieve, como si el cielo, el mundo y todo el universo estuvieran de duelo con nosotras. Entre sollozos comencé a cantarle a nuestro amado una hermosa canción que escuché cantar un día de domingo a un músico vagabundo en San Miguel. Después de cantarla por segunda vez, las hermanas cantaron también con voces tristes la canción de despedida.

*Ángel querido que a mi corazón
Lo reanimaste al sueño de la vida,
Hoy que al morir te da su despedida
Vengo a cantarte mi última canción.*

*Quiero que sepas mi mortal dolor
Antes que nos separe el negro olvido,
De mi alma escucha ya el postrer gemido,
Ángel querido, para siempre adiós.^[4]*

Y así, le dimos con música el último adiós aunque acompañadas por un gélido viento que nos calaba hasta los huesos.

Regresamos a nuestro convento, agotadas y tristes. Yo cavilé en que si de verdad sería posible llegar a ser felices de nuevo. Después de casi no probar alimento, hemos rezado todo un rosario de misterios gloriosos para rogar porque las heridas de dolor por su partida se curen pronto y llegué la paz a nuestra alma. Por último, ante nuestro padre San Francisco como testigo, juramos no revelar el lugar donde fue enterrado, para que nadie, ose profanar jamás su tumba.

Jueves, 13 de julio de 2017

El insomnio se estaba volviendo parte de mi vida. Llegaba la noche y el tiempo destinado al descanso se me escapaba como agua de entre las manos

pensando en la increíble narración de María Merced y en las locas hipótesis sin ningún sentido que me asaltaban una y otra vez.

Mis meditaciones me llevaron a darme cuenta de que estaba demasiado compenetrada con sus vivencias y que sentía una imperiosa necesidad de creerle. Ansiaba con todas mis fuerzas que todo lo que escrito por la religiosa fuera verdad, pero entonces entraba en acción mi espíritu científico y se ahogaba en un mar de dudas sin ningún razonamiento lógico.

Mi cerebro crítico, racional y objetivo por primera vez en mi vida no me estaba funcionando.

A pesar de que tenía un amigo que ya estaba conmigo y que me mantenía con los pies en la tierra, había sido imposible no darle vueltas y vueltas al asunto de la procedencia del misterioso ser.

«¿En serio fue un hombre el que se levantó después de varios días de estar encerrado en un ataúd?» me pregunté mientras me removía en la cama, agitada y aprensiva, sin otro quehacer más que el de pensar y escuchar los sonidos del monte que de repente se volvían agigantados ante la quietud y el silencio de la noche.

¿Pero qué otra cosa podría haber sido? Era todo tan extraño que me sentí impotente y poco faltó para que llorara de rabia.

Todavía estaba oscuro cuando me levanté derrotada de la cama. Vi la mesita con la laptop abierta, el diario de María Merced y una pila de papeles con mis anotaciones. Sonreí con amargura. ¡Estaba sufriendo por saber que ocurrió en el claustro de unas franciscanas en el año de 1900!

Estaba segura de que ya no iba a dormir y decidí ponerme a trabajar. Miré a Daniel. Era demasiado temprano para despertarlo. Intenté hacer el menor ruido posible para dejarlo descansar un poco más.

Comencé desde el principio de nueva cuenta.

1.- El diario de María Merced era auténtico. Ese era mi primer hecho comprobado. No había mucho más que decir en este sentido.

2.- María Merced existió. Lo comprobé. Entre el montón de papeles que se hallaban encima de mi mesa de trabajo estaba la fe de su bautizo. María Merced fue hija de don Jesús Beas Rubio y de doña Rita Uribe Curiel y llevada a la pila bautismal un diez de mayo cuando ella contaba con siete días de nacida.

Encontrar ese documento eclesiástico fue demasiado sencillo. En la última visita a San Miguel, mientras esperaba el mensaje de Daniel, ingresé a una de mis páginas web favoritas de genealogía a la que estoy inscrita. Tras buscar unos minutos en los archivos de la parroquia de San Sebastián Mártir encontré a mi monja. Con toda su retahíla de nombres. Fue lo único que encontré de ella porque el registro civil en su pueblo natal comenzó a funcionar hasta septiembre

de 1867, doce años después de su nacimiento.

Con solo un clic de mi dedo índice mandé la orden de imprimir un documento de escritura clara de poco más de ciento cincuenta años de antigüedad. No hubo necesidad de viajar hasta San Sebastián ni de implorar de rodillas al cura en turno para que me permitiera revisar sus archivos parroquiales y peor aún, intentarlo sin portar ningún tipo de carta de la Universidad como aval. Esta fue una de las pocas ocasiones en las que me dio gusto vivir en la posmodernidad. Una página web extranjera tenía digitalizados todos los archivos parroquiales y civiles de todo México, desde el siglo XVI hasta el siglo XX. Mi alter ego, victorioso, le dio una patada en el culo a mi espíritu decimonónico.

Me quedé inmóvil y contemplé como poco a poco la habitación se fue llenando de luz. Se oyó el canto de un gallo bravucón y el cacarear de las gallinas. El Rosario comenzó a ponerse en marcha. Había amanecido.

Miré otra vez a Daniel quien seguía en el quinto sueño mientras me preguntaba qué era en realidad lo que yo quería.

Quería la verdad por supuesto.

«¿Y qué es la verdad, chingada madre?» me pregunté de nuevo a mí misma, rabiosa y frustrada.

La verdad la escribió María Merced. Fue su verdad. Nada más. A pesar de eso, yo era una terca que necesitaba comprobar su historia de acuerdo a mis criterios. Era una arrogante y soberbia que no entendía ni veía más allá de sus narices.

Para María Merced y el resto de sus hermanas las cosas fueron simples: él era un ángel y se acabó. Punto final.

Las gallinas que tenía María en su pequeño corral volvieron a cacarear. Pronto escucharía a mi laboriosa casera y olería un succulento desayuno. Solté un suspiro, me froté los ojos e intenté concentrarme de nuevo.

En ese momento Daniel se despertó. Estiró su cuerpo largo y flaco.

—Hola, Ana. Buenos días.

—Buenos días, Daniel.

—¿Qué haces levantada tan temprano?

—No podía dormir.

—¿Quieres un café? —me preguntó al tiempo que se levantaba de su catre.

Asentí. Mi amigo se puso los zapatos y salió de la habitación. Después de unos minutos llegó con dos jarros y el aroma de café recién hecho inundó el lugar. Acercó otra silla y desocupó un poco la mesa para poner las bebidas.

—Necesitamos ver las cosas con la mente abierta, Daniel. Sé que suena increíble, pero tengo la necesidad de saber con certeza si el amante de María Merced es un ser humano o no.

—Ana... ¿Y qué otra cosa puede ser? Ya lo discutimos.

—María Merced consideró al hombre como un ángel o un ser de luz enviado por Dios...

—Esa no es la respuesta a la gran interrogante. Aun con la mente abierta a cualquier posibilidad, eso en definitiva no puede ser posible.

Mi amigo me miró con cara de pena y luego reconoció.

—Muy bien. La historia es increíble. Estoy en completo acuerdo contigo.

Yo asentí con la cabeza.

—Aun así, vamos a pensar por un momento que cada palabra que escribió tu monja sea verdad. Olvida por favor esas fantasiosas ideas de que sea un ángel o un fantasma, no puedo con eso, soy ateo.

Daniel se quedó callado por unos segundos y tras un suspiro afirmó:

—Me inclino por otra posibilidad. Un ser venido del espacio exterior.

—Eso podría ser... —intervine—. Llegó en un cajón que no parecía un ataúd y se levanta después de un tiempo; no habla, tiene sexo con las ellas, muere... pero es una muerte rara, como si se hubiera desconectado. ¡Su cuerpo está incorrupto!

Nos mirándonos y yo noté un brillo en los ojos de mi compañero.

—¿Sería posible tal cosa? —murmuré—.

—¿Qué sabemos del espacio exterior y sus misterios? —preguntó Daniel—. Nada —se respondió a sí mismo—. No tenemos la más mínima certeza que existan otros universos con vida inteligente, pero tampoco pruebas de lo contrario. ¿No has sentido alguna vez en tu vida que eres una microscópica mota de polvo en un inmenso mar de estrellas?

Me sorprendió su comentario.

—Sonaste como una persona religiosa —aseguré—, pero sí, lo he sentido algunas veces. La última vez fue en la capillita de aquí del Rosario. No sé cómo explicarlo, fue un momento de lucidez. Me sentí pequeñísima y al mismo tiempo, poderosa y mayúscula.

Me levanté y me puse a dar vueltas por toda la habitación. Daniel me observaba divertido, casi burlesco. Teníamos que pensar con amplitud de miras, fuera de los límites de nuestro ortodoxo pensamiento positivista.

Seguí caminando, me detuve y caminé de nuevo, todo en dieciséis metros cuadrados, perdida, sin saber cuál era el siguiente paso de la investigación o de que hilo jalar. Me senté en la orilla de la cama, agotada y vencida.

—Ana, tranquilízate. Te encuentras demasiado agobiada por la historia. ¿Qué pasa si no logras saber lo pasó ni quién fue en realidad ese ser extraño? ¿O que toda la narración fuera una loca fantasía?

Reflexioné en las palabras de Daniel.

—Se podría dar un nuevo enfoque a la investigación. El diario por sí mismo tiene un gran valor histórico, sería mi premio de consolación.

—No es tan malo. ¡Qué dieran un montón de investigadores por haber encontrado el diario! —intentó darme ánimos mientras me sonreía—.

Oímos a las gallinas cacarear más fuerte ante la llegada del maíz y de los pedazos de tortilla que María les echaba muy de mañana.

Las visualicé gordas y coloradas, pavoneándose unas con otras mientras desenterraban lombrices de tierra...

«¡Desenterraban!»

—¡Lo tengo!

Me levanté de un salto de la cama.

—¡Las buenas monjas enterraron a ese ser extraño! ¡Lo dijo María Merced! ¡Cómo no lo pensé antes!

—Daniel entendió. ¡En algún punto, no muy lejos del convento tendría que estar enterrado!

—Habría que encontrar el lugar donde lo enterraron —afirmó mi amigo y esbozó una sonrisa.

—Por supuesto. Es la única manera de comprobar el origen mortal de ese hombre. ¿O no?

Santa Teresa de Jesús

Jueves, 15 de mayo de 1902

*Ya toda me entregué y di,
y de tal suerte he trocado,
que es mi Amado para mí,
y yo soy para mi Amado.*

*Cuando el dulce Cazador
me tiró y dejó rendida,
en los brazos del amor
mi alma quedó caída,
y cobrando nueva vida
de tal manera he trocado,
que es mi Amado para mí,
y yo soy para mi Amado.*

*Hirióme con una flecha
enherbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
una con su Criador;
ya yo no quiero otro amor,
pues a mi Dios me he entregado,
y mi Amado es para mí,
y yo soy para mi amado.^[5]*

Hoy se cumplen dos años de la llegada de nuestro querido ángel a las puertas de nuestro convento, seis meses y medio de aquella madrugada en que lo hayamos inerte en el corredor del patio y cinco meses y quince días que nos despedimos de él y lo enterramos.

Cierta melancolía aún flota en el ambiente, a pesar de ello, las hermanas y yo estamos invadidas por la serenidad. Gozamos de una tranquilidad y quietud que no habíamos sentido en mucho tiempo. Estamos en paz. Es como si su corto paso por este claustro hubiera servido para curarnos de males anímicos e inexplicables que padecíamos y que solo él, con infinita sabiduría, paciencia y amor hubiera sido capaz de curar. Fuimos bendecidas. Nos ha dado el mejor y más grande de los regalos.

A pesar de ello, Juana es la única de las hermanas que no se encuentra bien. Nuestra simple, dicharachera y parlanchina hermana cocinera se nota demasiado triste. Suponemos que es el dolor del duelo que no ha podido superar.

De pronto, esta con la mirada extraviada, como si estuviera ausente de todo. Cuando se encuentra en la cocina ya no es la misma de siempre, esa, la que no dejaba de canturrear mientras amasaba, batía claras de huevo o meneaba el cazo de cobre con el azúcar, la vainilla y la leche hirviendo al ritmo de sus grandes caderas, se ha ido.

¡Cómo me gustaría verla cantar de nuevo la tonadilla de la chinaca que tanto le gustaba!

Casi no ha probado alimento y ha bajado más de veinte libras en un mes.

Hoy, sin embargo, ha sido el colmo. Salió de su celda como Dios la echó al mundo, gritó y chilló como loca y nos dio a todas un susto de muerte. Entre cinco no podíamos controlar a nuestra hermana que se zangoloteaba rabiosa. Al final, a Dios gracias, logramos tranquilizarla. Le dimos a beber infusiones de toronjil para recoger su bilis y tonificar sus nervios.

La madre superiora nos ha pedido que estemos atentas a ella y que la cuidemos como a una hermana enferma.

Jueves, 13 de julio de 2017

4:00 p.m.

—¡Juana es la loca, Daniel! ¡No María Merced!

Me arrepentí en el acto porque se lo grité con alegría, pero es que me daba un gusto enorme que la enferma mental quizá no fuera mi monja protagonista.

Daniel se sentó a mi lado y leyó con cuidado la transcripción. Se quedó muy serio, como si fuera un pomposo crítico de arte, de esos que analizan las instalaciones en las exposiciones de la Bienal de Venecia. A continuación el muy maldito me bajó de las nubes.

—De cualquier modo eso no prueba que tu ángel no sea mortal.

—Sí, claro, ya lo sé. Solo me dio mucho gusto.

—Incluso, la narración es rara... Las religiosas están muy tranquilas, casi felices. Después de semejante drama uno espera que su buen ánimo no se recupere tan rápido.

—¿Tienes que ser tan aguafiestas?

En respuesta, me echó el brazo al hombro.

—Nomás digo que hay algo raro, creo que hay que analizar este fragmento. Accedí a su petición y nos dispusimos a leer de nuevo el texto.

—Vamos por partes. La poesía es de Santa Teresa y hace referencia a su transverberación.

—¿A su qué?

—Transverberación. Es la experiencia mística que tuvo Santa Teresa. Una unión de amor con Dios. ¿Recuerdas que hablamos sobre los éxtasis? —él asintió—. Pues bien, el tema de la transverberación de Santa Teresa ha sido tratado por grandes artistas. Una de las obras más famosas es la de Gian Lorenzo Bernini... ¡Es impresionante! —exclamé con determinación porque vi el rostro perdido pero avergonzado de mi amigo y comencé a explicarle—. Es una escultura barroca que muestra a Santa Teresa en el momento justo en que tiene un éxtasis maravilloso. Un ángel recién le saca del corazón una flecha de oro llenándola por completo del amor de Dios.

—Vaya. Que fuerte. Por lo que platicas, a mí me suena como si hubiera tenido sexo con Dios.

Evité ahondar en su comentario y continué.

—Es en este verso en el que se basa la obra de Bernini, escucha:

*Hirióme con una flecha
enherbolada de amor,
y mi alma quedó hecha
una con su Criador;
ya yo no quiero otro amor,
pues a mi Dios me he entregado,
y mi Amado es para mí,
y yo soy para mi amado.*

—María Merced dedicó el poema a su amante. ¡Es lógico! El título de la poesía incluso hace referencia al Cantar de los Cantares, que por cierto, María Merced conocía muy bien: «*Mi amado es para mí, y yo soy para mi amado*».

Me ruboricé a causa de recordar la primera de las aventuras sexuales de la franciscana y ya no dije nada. Rogué que Daniel no se diera cuenta de mi rubor para que no se burlara de mí.

—Entiendo.

—No encuentro nada de extraño. A María Merced le gustaba leer las poesías de Santa Teresa y transcribió el poema en recuerdo de su amado. Está de duelo, pero está sanando.

—Están llenas de serenidad. Bendecidas y con el mejor de los regalos —me

refutó mi compañero.

—Están resignadas —objeté otra vez—. No veo lo malo. «*Cierta melancolía aún flota en el ambiente*». ¡Es la resignación!

—A mí sí me parece que hay algo raro aparte de la locura de Juana. Y también hay otra cosa que no has tomado en cuenta.

Quité la vista del ordenador y miré a mi amigo.

—Siempre has tenido la sospecha de que María Merced estaba loca, pero ahora, con esta última narración, yo mismo ya no estoy tan seguro de la locura de la franciscana, Juana, en cambio, es casi indudable... pero si esto fuera cierto, la pregunta del millón es: ¿Cómo se enteró el cura de San Miguel de la locura de Juana?

¿Ya te dormiste?

Martes, 17 de junio de 1902

Ayer murió la madre Dolores. Tenía ochenta y cinco años cumplidos. Nació por allá en el año de 1817, con los albores de un México independiente. Fue una buena mujer y una inmejorable religiosa. Ingresó a este convento siendo casi una niña, igual que la mayoría de nosotras.

Desde que entró a este lugar para servir a Dios, se convirtió en una monja cocinera que se aprendió de memoria todas las maneras de preparar dulces pues nunca aprendió ni a leer ni a escribir. Cuando yo entré al convento, ella era todavía una mujer fuerte y saludable, pero con el tiempo su memoria se extravió junto con su buena salud, su cuerpo empequeñeció al igual que su mente y los últimos años los pasó sentadita en una silla con la mirada perdida.

No hubo misa de exequias porque tendríamos que haber ido a San Miguel por el padre Santiago, pero con todo lo que hemos pasado y con Juana enferma de los nervios, la madre superiora ha creído prudente no avisar al padre. Anunció pues, que con el rezo del Santo Rosario y velarla toda la noche como Dios manda, era más que suficiente para que nuestra hermana se encuentre ya ante la presencia de Dios Nuestro Señor, gozando de la vida eterna a su lado.

La enterramos hoy por la mañana atrás del convento.

Descansa en paz, querida hermana.

Jueves, 13 de julio de 2017

11:15 p.m.

Creo que nunca había vivido un verano con tantas lluvias. En el Rosario llovía casi a diario y esa noche no fue la excepción. Había comenzado a llover alrededor de las ocho y luego de tres horas por fin había parado. Solo se escuchaban los rescoldos de las gotas que habían quedado atrapadas en las tejas y que caían poco a poco. Como siempre, el aroma que se desprendió después de la lluvia fue exquisito. Todas las matas de olor de María se despertaron. Me pregunté si habría otro lugar en el mundo donde el olor fuera así de grandioso y exuberante.

Escuché moverse a mi compañero de cuarto, tratando de acomodarse en un catre que le quedaba chico.

—¿Daniel, ya te dormiste?

—No.

—¿Sabías que María no puede oler?

—¿En serio?

—Sí. Y por si fuera poco, no se acuerda ya de los olores. ¿Qué raro, verdad?

—¿Que no huela? Sí, pobre señora.

—A mí también me causa pena... Me aflige que se encuentra sola.

—¿Qué le pasó?

—El marido se murió hace mucho tiempo y el único hijo que tenían se fue a trabajar fuera de aquí, se supone que a los Estados Unidos, pero ya no volvió. Ella todavía lo espera.

—Lo mataron. De seguro.

—Ha de ser muy triste.

—¿Que se te muera un hijo?

—Sí, claro, pero también que no sepas si está vivo o muerto. Imagínate vivir siempre con la incertidumbre. Ninguna madre se merece eso.

—No, por supuesto que no.

—Yo también necesito encontrar la tumba del ángel de María Merced.

Se hizo un silencio interrumpido solo por el goteo incesante y rítmico de los restos de la lluvia cayendo sobre un cacharro y el descomunal croar de un sapo que se sumió a la fiesta de verano.

—¿Tienes alguna idea de donde pudiera estar enterrado?

—No, la verdad no tengo la más mínima idea. Quizá cuando termine la transcripción se nos abra un poco más el panorama.

—«*La enterramos hoy por la mañana atrás del convento*». ¿Tú crees que lo hayan enterrado ahí?

—No, suena demasiado lógico. Lo que querían es que no lo encontraran.

—También pienso igual. Ni para que gastar energías. Ahora que si quieres que desenterremos a las monjas, creo que es muy posible que las encontremos a todas atrás del convento.

—Sí, es muy posible. ¿Dónde más enterraría el padre Santiago a las monjitas?

—¿Eso quieres?

—No, Daniel. No tiene caso. ¿Quién soy yo para profanar sus tumbas? ¿Para qué?

—Buenas noches, Ana.

—Que descanses, Dany.

Dulces y conservas

Miércoles, 3 de julio de 1902

*20 cajetas de leche
17 cajetas de piña con camote
21 cajetas de huevo y almendra
1 cajeta membrillo
14 tarros de jalea de durazno
1 tarro de mermelada de durazno
20 tarros de mermelada de naranja
10 tarros de mermelada de perón
1 tarro de mermelada de guayaba
5 frascos de rompopo de almendra
10 frascos de rompopo de nuez
17 frascos de rompopo de vainilla
1 queso añejo grande
12 quesos frescos grandes
23 quesos frescos medianos
27 quesitos frescos
1 tarro grande de compota de chabacanos
23 jamoncillos de leche
15 panochitas de leche
1 caja grande con cincuenta buñuelos de viento
15 cajas de mostachones de almendras
10 cajas de mostachones de almendra y limón
16 cajas de merengues
1 caja de mazapanes de almendra*

Viernes, 14 de julio de 2017

Habíamos pasado gran parte de los últimos dos días encerrados en la habitación. Intentábamos descubrir un buen lugar donde esas buenas mujeres hubieran enterrado a su querido ángel.

A falta de tecnología, teníamos solo nuestro ingenio, pero este no había sido suficiente. Nos devanamos los sesos durante horas sin obtener resultado alguno.

Por si fuera poco, Daniel ya no se encontraba tan cómodo en el Rosario. Claro

que le gustaba el intento de pueblo con tintes surrealistas y la casita de nuestra casera, incluso, en tan pocos días le había tomado verdadero aprecio a la anciana y, por si fuera poco, le encantaba su comida, pero por otro lado, él sí que estaba demasiado acostumbrado a la tecnología digital y ahí, en medio de pura naturaleza bruta decía que andaba como ciego, como si caminara en tinieblas.

—Si tuviéramos Internet ya hubiéramos resuelto todo este embrollo. El domingo sin falta nos largamos a San Miguel y de alguna manera hay que intentar hablar con el cura —exclamó enfadado—. Sabe mucho más de lo que te dijo, a ver ¿Cómo chingados supo de la locura de Juana? Tenemos que obligarlo a que nos diga la verdad.

Hice caso omiso de su enojo y le dije:

—Daniel, ven a ver esto. Ve que maravilla.

Todavía refunfuñando acercó la otra silla que teníamos en la habitación a la pequeña mesa de nuevo atiborrada de papeles con anotaciones.

Moví un poco mi laptop para que pudiera leer lo que acababa de transcribir y al cabo de un minuto me preguntó al mismo tiempo que hacía sendos aspavientos con las manos:

—¿Qué es eso tan maravilloso?

—¡Ay, Daniel! ¡Es una lista de dulces de principios de siglo veinte pero que fueron elaborados a partir de recetas novohispanas! Casi puedo sentir el sabor de semejantes delicias —le dije mientras recordaba los tremendos besos que me di con el profe de filosofía en mi sueño... ¿Erótico?

Daniel me miró durante unos segundos con sus ojos negros y tenebrosos.

—¿Por qué me ves así? —pregunté nerviosa.

—¿Es algo raro, no te parece?

—¿Qué?

—¡Pinche Ana! eres demasiado lista y por si fuera poco la persona más culta que conozco, ¡no mames, tienes veintidós y sabes más que un chingo de maestros! pero por otro lado eres súper sensible, apasionada y bien inocente.

—¿Debo sentirme halagada u ofendida? —exclamé con vehemencia y lo fulminé con la mirada.

—¿Qué ves ahí? —me preguntó ignorando mi enojo.

Volví de nuevo la vista a la pantalla de mi ordenador portátil y me quedé pensativa por un momento.

—El valioso testimonio de los nombres de los dulces, conservas y quesos que elaboraban unas monjas cocineras a principios de siglo veinte —respondí convencida.

Mi dizque amigo, que minutos antes estaba ceñudo soltó una risotada.

—¡Pues sí! pero también a simple vista María Mercedes escribió una lista de

dulces, conservas y quesos como si fuera un inventario de la despensa de su convento. ¿A poco no?

—Cierto —contesté dubitativa.

—¿Y no te parece demasiado raro que en su diario, en el que cuenta sus vivencias más íntimas, o sea, el formidable sexo que tuvo con su raro amante, de pronto escriba una lista de los dulces conventuales?

—Ahí vamos de nuevo.

—El problema es que estás tan clavada y tan identificada con la historia de las monjas que no estás siendo objetiva. Piensa un poco, ¡sé práctica!

Solté un bufido y después de pensarlo por unos instantes admití.

—Bueno, ahora que lo dices, sí, es extraño. Esa lista no tiene razón de ser.

—¡Ajá!

Daniel Alzó la mirada y aseguró:

—Es lo que yo pienso. Hay algo más. Estoy seguro de que María Merced quiso esconder algo.

—Pero ¿esconder qué, Daniel? —discrepé con su razonamiento—. ¡Ya lo dijiste! Si no escondió sus amoríos, ¿qué otra cosa pudieron haber hecho esas pobres mujeres que no les estuviera permitida y que quisieran esconder?

Daniel se remolineó en su asiento de palos y palma y examinó de nuevo la lista de dulces.

Intenté darle un nuevo giro a la dichosa lista de dulces, pero no se me ocurría otra cosa que buscar alguna pista en los recetarios antiguos. El primero que se me vino a la memoria fue *El cocinero mexicano*, uno de los textos más importantes en la historia de la gastronomía mexicana. ¡Un señor recetario!

La primera publicación surgió en el año de 1831, en la época del México independiente, y para el año de 1845 el manual fue editado de nuevo, solo que en esa ocasión se ordenó en forma de diccionario.

Descubrí una reedición en la biblioteca de la Universidad y me sorprendió la abúndate cantidad de recetas de sopas, entradas, platos fuertes y deliciosos postres, muchas de éstas de origen francés, pero mexicanizadas con las mínimas variantes, ya que en el México del siglo XIX la moda era París y se incluía por supuesto a la gastronomía.

Pudiéramos analizar las recetas a ver si hubiese algo por ahí, pero tendríamos que esperar al domingo para tener acceso a Internet —le propuse—. Inclusive, sé dónde buscar. Es demasiado sencillo. La Biblioteca Nacional de España por ejemplo, tiene un recurso en línea y accedes a una multitud de manuscritos digitalizados de todo tipo incluyendo recetarios. Ahí se encuentra el *Nuevo Cocinero Mexicano...*

—No, Ana, yo creo que es algo más simple —me interrumpió el grosero.

Me quedé con mi discurso de sapiencia a flor de labios y de nuevo miré la pantalla del ordenador. No se me ocurrió nada en absoluto.

—Los dulces están separados por categorías. ¿Te dice algo?

—No, Creo que no. Pero pienso que pudiera haber un mensaje oculto. Un cifrado.

—¿Una especie de criptograma? —pregunté entre insegura e incrédula.

—Exacto.

—¡Daniel, era una monja decimonónica que llegó al convento siendo una niña! Reconozco que era una mujer preparada para su época, ella misma lo dijo, aprendió incluso a tocar el piano, pero en el claustro si acaso tenía acceso a unos cuantos libros de oraciones, de poesía religiosa y a la biblia. ¿Tú crees que podía saber cómo escribir un cifrado?

—Ana, no la subestimes, un cifrado simple lo puede idear cualquiera. No pienses en un mensaje oculto por medio de matemáticas elaboradas o cosas así. Claro que no.

Pensé un momento y tenía lógica. Daniel era observador y buen analista. También un buen amigo.

De repente, escuchamos que María nos llamó. La comida estaba lista. Daniel de seguro tenía una solitaria, una grande porque le valió un soberano cacahuete nuestro análisis del texto –hasta ese momento inútil– y de un salto se levantó de la silla como si fuera un soldado raso que obedecía la orden de un general. Yo suspiré resignada y seguí sus pasos.

Las comidas hechas por María eran una delicia. Los sabores eran exquisitos; dignos de ser presumidos en cualquier lugar del mundo. Y no era que su culinaria fuera artificiosa. Todo lo contrario. Eran alimentos mexicanos por antonomasia y que se destacaban por su simpleza: Una tortilla de maíz amarillo hecha a mano, untada con frijoles negros refritos en manteca y que acompañaba con una salsa de molcajete picosa. Recordé los desayunos: teníamos el mejor café de olla que pudiera existir sobre todo el universo, tortillas, huevos recién robados a sus gallinas coloradas y pedazos de queso fresco hecho por la comunidad. Por la tarde preparaba exquisitas sopas con los más diversos ingredientes, ya fueran nopales, papas, tortillas o habas, y a las que le agregaba su toque especial: una hierba de olor cuyo nombre solo ella sabía. Cuando se daba la oportunidad nos ofrecía también una pieza de pollo cubierta con un adobo receta de su abuela, aprendida a su vez por otra abuela. Por las noches María era una encantadora de serpientes que también acertaba con la cena. Nos hipnotizaba con una avena con canela o con un atole blanco y espeso que acompañábamos con un trozo de piloncillo y que, a pesar de ser una bebida que se acostumbraba tomar cuando hace frío, en pleno verano la engullíamos

fascinados. Finalmente, la buena de nuestra casera preparaba también tamales dulces de elote y unos panes de maíz que se inflaban de forma más que espectacular en un pequeño horno de piedra.

Vi a mi amigo disfrutar en silencio cada bocado mientras se escuchaban por toda la casa los trinos de los canarios y gorriones que María tenía prisioneros en jaulas de madera. Estuve segura de que Daniel no cambiaría la sencilla, pero deliciosa comida de María por ninguna otra, así fuera el banquete más caro, fastuoso y excéntrico que pudiera preparar el mejor chef del mundo, con todo y su montón de estrellas Michelin.

Después de tres cuartos de hora, con la panza llena y el corazón contento de mi amigo nos dispusimos a seguir trabajando.

—¿En qué nos quedamos? dijo el tragaldabas mientras se frotaba las manos.

—En un posible mensaje oculto.

—Cierto. Ya puedo pensar.

—Eres un troglodita. ¿A dónde diablos se te va tanta comida?

—No sé... —musitó mientras me veía con cara de menso, como si de verdad nunca hubiera reflexionado en el hecho de que comía demasiado.

Observamos de nuevo la lista de dulces y conservas durante un buen rato. Daniel no perdió detalle. De vez en cuando solo asentía con la cabeza y emitía algún sonido con la boca cerrada. Yo no tenía ni la más mínima idea de que buscar. Las cajetas, los mazapanes y las jaleas seguían sin tener ningún sentido.

—Por favor, dame papel y lápiz —me ordenó desesperado.

Me levanté para sacar de mi mochila un cuaderno, busqué una hoja limpia y tomé un bolígrafo. Se los extendí y él los tomó sin despegar la vista de la computadora.

Daniel comenzó a escribir los números que indicaban las cantidades de los alimentos y enseguida escribió una línea pequeña para separar cada categoría, igual que como lo había hecho María Merced, pero de forma horizontal.

20, 17, 21, 1 – 14, 1, 20, 10, 1 – 5, 10, 17 – 1 – 12, 23, 27 – 1 – 23, 15, 1 – 15, 10, 16, 1

Luego, escribió todo el alfabeto y enumeró cada letra. En orden. La letra “a” fue el número 1, la “b” el 2, la “c” el 3... así sucesivamente hasta completar todo el abecedario.

Yo lo miraba entre sorprendida y curiosa.

—Y entonces, sustituimos los números del inventario de la despensa por las letras —declaró con cierto aire de arrogancia el fanfarrón.

20, 17, 21, 1-14, 1, 20, 10, 1 - 5, 10, 17 - 1 - 12, 23, 27 - 1- 23, 15, 1 - 15, 10, 16, 1

s p t a - n a s j a - e j q - a - l v z - a - v ñ a - ñ j o a

Daniel miró por un instante lo que había escrito y a continuación se levantó de la silla al tiempo que soltaba un montón de improperios dignos de un carretonero.

Puse atención al papel y me quedé callada. Un buen rato. A la espera de que leviatán se calmara. Hice oídos sordos a las palabras en forma de víboras, sapos y culebras que salían de su boca, cerré los ojos, respiré profundo y me concentré en el intento de mi amigo.

Unos minutos después, más por hacerlo sentir bien que por convencimiento de lo hacía le dije:

—Espera un momento.

Salí del cuarto y al cabo de unos breves instantes regresé con la buena de María que se secaba las manos en su delantal.

—Daniel, por favor, presta atención.

Mefistófeles me miró con ojos de pocos amigos, pero me obedeció sin chistar.

—María, ¿puede recitarle a Daniel el abecedario por favor?

—Sí, niña: a, b, c, ch, d, e, f, g, h, i, j, k, l, ll, m, n, ñ, o, p, q, r, s, t, u, v, w, x, y, z.

—Muchas gracias, María.

—De nada, niña. Y salió silenciosa. Con pasos lentos y llenos de paz.

—Intenta de nuevo, chico *post-millennial* —le propuse a la fiera—. Agrega a tu alfabeto la letra Ch y la Ll, pero quita la K y la W. En el año de 1900 los silabarios para los niños en México no llevaban esas letras.

Daniel reflexionó unos segundos con el ceño arrugado y al ver que no me entendía del todo continué explicándole:

—Dany, es simple: María, por allá a mediados de siglo veinte, aprendió el abecedario con 29 letras; es decir, con la Ch, la Ll, la K y la W. Nosotros sin embargo, lo aprendimos con 27 letras porque nos quitaron las letras Ch y Ll y nos dejaron la K y la W. Ahora bien, a principios del siglo veinte los abecedarios en México tenían 27 letras, o sea, igual que el abecedario que aprendió María, llevaba las letras Ch y la Ll, pero a diferencia del tuyo y el mío, no llevaba ni la letra K ni la W... ¿Entiendes? ¡La K y la W eran para escribir palabras extranjeras! ¡María Merced no conoció tales letras! ¡Aun hoy en día, yo escribo quiosco en lugar de kiosco!

Me miró desconcertado por unos segundos, asimiló la explicación que le había

dado y luego sonrió triunfante.

—¡Eres una sabelotodo! ¡La mejor del mundo! ¿Cómo pudiste saber tal cosa?

—Mis padres son maestros, buenos maestros —dije con cierto aire de arrogancia.

Entre risas rayó sin ton ni son su intento fallido y le dio vuelta a la hoja para escribir de nueva cuenta el alfabeto tal y como se lo había pedido y enumeró cada letra, luego, escribió de nueva cuenta los números de la despensa y por último, los sustituyó con las letras del recién formado alfabeto.

Unos segundos más tarde, Daniel me extendió el cuaderno mientras profería tremendos gritos de júbilo y saltaba como loco por toda la habitación.

Yo, en cambio, estuve a un pelito de desmayarme.

20, 17, 21, 1 – 14, 1, 20, 10, 1 – 5, 10, 17 – 1 – 12, 23, 27 – 1 – 23, 15, 1 - 15, 10, 16, 1

R o s a - M a r í a - d i o - a - l u z - a - u n a - n i ñ a

Pasatiempo de viejita

Sábado, 15 de julio de 2017

No fuimos capaces de esperar al domingo.

Al otro día de nuestro descubrimiento en torno al nacimiento de una niña en el convento, Daniel y yo debatimos durante largo rato que sería lo mejor: nos quedábamos un día más en el Rosario y seguíamos en el intento –hasta ese momento fallido– de encontrar pistas que nos llevaran a la localización de la tumba del amante de las monjas o nos íbamos de inmediato a San Miguel para buscar más datos de la recién nacida.

Muy a mi pesar sabía que él tenía razón. Necesitábamos el Internet. Por otro lado, era importante terminar la transcripción del diario y quizá más adelante, lográramos obtener algún indicio con respecto a una tumba que no habíamos sido capaces de encontrar.

Decidimos irnos a San Miguel.

Después de desayunar le explicamos a María que necesitábamos ir con urgencia a San Miguel. Mi amigo abrazó y besuqueó con cariño a la anciana y luego fuimos con Chucho. El buen hombre accedió a nuestras súplicas y en compensación por las molestias le dimos una excelente remuneración económica.

Durante el trayecto, el celular de Daniel logró en algunos puntos tener acceso a la red, pero yo estaba muy poco acostumbrada a navegar en Internet por medio de los teléfonos móviles y me rehusé a pesar de las miradas de espanto por parte de mi amigo cuando le confesé mis sombríos secretos con respecto a la tecnología.

—Dany, con trabajos tengo celular. No tengo ninguna aplicación en el teléfono, salvó el *WhatsApp* y fue cortesía de mi madre que necesita estar en comunicación conmigo para sentirse tranquila, incluso, para ver mi correo necesito la computadora. Además, de seguro necesitaremos imprimir algún documento —aseveré a modo de disculpa.

—Ana, todo, absolutamente todo se puede guardar en un teléfono —me refutó sin poder creer lo que le estaba diciendo.

Llegamos al mediodía. Agradecemos a Chucho y enseguida corrimos al único ciber conocido por mí en todo San Miguel.

Nos instalamos en la computadora más lejana de la calle y Daniel pagó también el tiempo de la computadora de al lado para evitar miradas curiosas y

tener más espacio. El chico del ciber nos vio con mala cara, imaginó quizá que éramos un par de depravados que quería ver sexo en línea.

Entré al sitio web de genealogía a la que estaba inscrita y abrí sesión.

Busqué la pestaña que me indicaba el acceso a los nacimientos, matrimonios y defunciones. Hice *click* y la página me llevó a donde podía ver todo el catálogo de tarjetas de los registros eclesiásticos y civiles de todo México.

—Si hay alguna constancia de ese nacimiento tiene que estar en San Miguel —le aseguré.

Elegí la tarjeta de los registros parroquiales del estado en cuestión. ¡Lotería! En un instante encontré a San Miguel de Tepehuacan entre los municipios. Elegí la parroquia de San Miguel Arcángel y seleccioné la fecha: de 1900 a 1904.

Miré de reojo a Daniel. Estaba relajado, divertido y mostraba su sonrisa chueca.

—Eres una *friki*. Tienes pasatiempo de viejita.

—Corrección: soy una viejita encerrada en el cuerpo de una veinteañera. Pero me encuentro muy a gusto —expresé mientras me reía entre dientes—.

Comencé a buscar entre un sinnúmero de diapositivas que se abrieron y mostraron las actas de bautismos de cuatro años. Ahí, apareció la garigoleada firma del párroco Santiago Gavilán y me emocioné.

Después de algunos minutos localicé julio del año de 1902. Daniel, sentado a un lado mío, se acercó más a mí, asimismo emocionado.

—¡Vaya, al final no eres tan arcaica! Te manejas bastante bien en la búsqueda de archivos en línea —exclamó con tono de burla.

Sonreí.

—Muy bien. Repasemos. La lista de dulces tiene fecha del 3 de julio del año de 1902. Vamos a jugar a ser lógicos; por lo tanto, tiene sentido que la niña haya nacido ese día.

—Cierto.

—Ahora bien, me portaré algo exagerada y comenzaremos a leer las actas de bautismo desde el día 4 de julio. ¿Te parece?

—Tú eres la experta.

Revisamos con exagerada minuciosidad todas y cada una de las diapositivas del mes de julio, continuamos con agosto y septiembre, pero no encontramos nada. No había ningún bautismo de una niña que concordará con nuestra búsqueda.

—No hay nada, Daniel —le dije desanimada.

—Pues entonces no la bautizaron —me respondió muy seguro de lo que decía.

Negué con la cabeza y seguí buscando todas las actas de octubre, noviembre y diciembre. Nada.

—Igual y se traspapeló —observé con pesadumbre. Aunque si de algo estoy segura, es que hubo un bautizo.

—¿Y si no?

—¿Tienes idea de lo que significa para un ferviente católico no bautizar a un recién nacido?

Daniel se encogió de hombros.

—Peor aún, en aquellos tiempos los bautizaban de dos o tres días de nacidos por la tasa tan alta de mortalidad infantil. ¡Imagínate! si no le dabas ese sacramento al niño y se moría lo estabas condenando.

—¿O sea, cómo?

—El niño que no alcanzaba a ser bautizado no entraba al reino de los cielos, se quedaba en el limbo.

Seguí viendo la ignorancia dibujada en la cara de mi compinche y se atrevió a preguntarme:

—¿Qué es eso?

—Pues un lugar que no estaba ni en el cielo ni en el infierno. Se le llamaba el limbo de los niños.

—¿Cómo en una especie de inframundo?

—Pues sí, algo así.

—Vi su cara de terror y me apresuré a calmarlo.

—Pero esas eran ideas medievales, Dany, la Iglesia católica ha evolucionado y desde hace mucho tiempo se quitó ese concepto del limbo.

—¿Y hoy en día que pasa? Esto es, con los niños que no son bautizados.

—Pues la Iglesia encomienda a los niños a la misericordia de Dios.

Se quedó quieto, parpadeó un par de veces y me preguntó:

—Déjame ver si te entendí: ¿O sea, que si Dios no quiere, no se salvan?

Yo me encogí de hombros.

—¡Qué fuerte! ¡Ya no quiero saber nada más, Ana, es terrorífico! ¡Qué bueno que soy ateo!

No aguanté la risa.

—Pinche Daniel. A nuestro asunto ¿vale?

Asintió y dijo:

—Muy bien, estoy de acuerdo. Es improbable que las monjas hayan pasado por alto el bautismo ¡pero no hay nada! —afirmó con desesperación porque ya teníamos mucho tiempo revisando y no habíamos encontrado ningún acta—. Necesitamos pensar. ¿Qué otra cosa pudo haber pasado?

—Que las religiosas hayan bautizado a la niña y que no haya constancia del bautismo.

—¿Se puede tal cosa?

—En la actualidad sí, si el niño está en peligro de muerte. Supongo que en épocas pasadas también se podía hacer eso, pero la verdad no estoy segura.

Nos quedamos en silencio. Vi de reojo al chico del ciber que nos miraba extrañado. Si nos escuchó, para él fuimos aún más raros que si estuviéramos viendo una película porno.

—¿Y si el padre Santiago la bautizo, pero no hizo acta de bautismo? —me preguntó mi amigo.

—¿Por qué? Si bautizó a la niña tenía la obligación de escribir una constancia eclesiástica.

—Porque eran monjas. ¿No está prohibido que tengan hijos?

Hubo otro interminable silencio. A Daniel desde hacía buen rato se le había desaparecido el regocijo.

—¡Rayos!

Me otorgué un manotazo en plena frente por mi estupidez.

—¡Daniel, perdóname! ¡No puedo creerlo, estoy cometiendo un error de principiante! ¡Estoy buscando en hijos legítimos! ¡No encontraremos el acta aquí! ¿Tienes razón, cómo demonios una monja iba a reconocer que había sido madre?

En el rostro de Daniel renació la esperanza. Me dio un gusto enorme ver su sonrisa de nuevo.

Salí de los registros de hijos legítimos y busqué a los hijos naturales a partir del mes de julio de 1902.

Pasaron unos escasos minutos y a continuación viví de nuevo la euforia que sentí ante el hallazgo del diario de María Merced. Un papel era capaz de otorgarme a mí, una simple mortal, la felicidad absoluta.

—¡Aquí está, Daniel!

Solo cuatro niños naturales habían sido bautizados en el mes de agosto de 1902. Al borde de las lágrimas leí a mi amigo ese pequeño documento que testificaba el bautismo de una niña:

*Rosa María
Niña expósita*

En el convento del Rosario, vicaría de la parroquia de San Miguel a 30 de agosto del año de 1902, yo, el presbítero Santiago Gavilán, cura de San Miguel, bauticé solemnemente y puse el santo óleo y sagrado crisma a una niña a quien puse el nombre de Rosa María. Hija de padres no conocidos. Fue su madrina la religiosa Franciscana, María Rita Beatriz Merced de la Cruz Beas Uribe a quien advertí su obligación y parentesco espiritual.

Para constancia lo firmé.

Santiago Gavilán

—Encontramos a la hija de Rosa María.

No pude evitarlo. Me llevé una mano a la boca y se me escurrieron las lágrimas. Mi amigo se portó a la altura y me abrazó. A continuación se encaminó a donde estaba el encargado del negocio y le compró un paquete de pañuelos desechables y unos chicles. Me tendió un pañuelo y todavía tuvo la gentileza de no reprocharme mi cursilería y esperar a que se me pasara la emoción.

—La bautizaron un treinta de agosto —murmuró, mientras mascaba un chicle sabor fresa y de paso me daba unas palmaditas en el hombro para que me calmara.

Me limpié los lagrimones y me soné la nariz.

Di una búsqueda rápida en Internet y vi el santoral de ese día. Santa Rosa de Lima. Un motivo más para adjudicarle el nombre de Rosa y de paso despistar al cura de San Miguel con respecto a la maternidad de la monja.

—Ana, ¿qué es niña expósita?

—Que fue una niña –o niño– que fue abandonada a las puertas de una institución benéfica u orfanato. De manera literal, la palabra significa *expuesto*. En este caso, la niña fue expuesta o abandonada a las puertas de un convento.

—¡Pero eso no es cierto!

—¡Ya lo sé! Las religiosas dijeron eso al sacerdote. ¿Qué querías que dijeran? ¿Qué una de ellas concibió a la hija de un supuesto ángel?

Salimos del ciber mucho después de la hora de la comida. Sentí un gruñido en el estómago y recordé que no habíamos probado alimento desde muy temprano, en casa de María. Si yo sentía hambre, mi amigo a esas horas estaría tan hambriento como un oso después de hibernar.

Caminamos rumbo a la plaza del pueblo y lo invité al primer lugar abierto que encontramos. Era una cafetería con huacales de madera colgados en la pared como parte de la decoración y que cerraba hasta en la noche. Como siempre, Daniel devoró la comida.

—¿Estás triste, Ana? —me preguntó mientras le daba un sorbo a su café.

—No, ya no. Estaba pensando. ¡Mira cómo me fui a convencer que el supuesto ángel fue un verdadero hombre! Capaz de concebir. Un hombre en toda la extensión de la palabra.

—Ana, ¿qué esperabas?

Me apené, pero respondí en mi defensa.

—Dany, es que María Merced lo narró de tal manera que casi no había lugar a dudas. ¡Imagínate que escribió que lo velaron durante un mes y el cuerpo seguía incorrupto! ¿Recuerdas la descripción de María Merced?

—Lo tenían idealizado. Para ellas fue de verdad un ángel. Literal.

—Somos producto de nuestra historia ¿verdad? Se nos hace demasiado fácil juzgar y ver las cosas desde nuestro contexto.

Un mesero joven se acercó para ofrecernos un postre y a mi amigo se le hizo agua la boca, pero no dijo nada. Yo, fiel a mi promesa de pagarle todos sus viáticos y sabiendo de antemano que mi amigo andaba corto de dinero expresé:

—Adelante, Daniel. Pide lo que quieras.

—Tengo que confesarte que hubo un momento en que también lo creí, sobre todo, con la idea de un alienígena —me confesó mientras se engullía un tremendo pedazo de pastel de chocolate—. Solo que alguien tenía que hacerte contrapeso.

—¡Hiciste de abogado del diablo, pinche Dany!

Nos reímos de buena gana, pero me acordé de la niña y se me ensombreció el rostro.

—La niña murió en el incendio.

—Pasó hace más de cien años ¡deja de sufrir por eso!

Yo suspiré y asentí con la cabeza.

—¿Qué será lo que esconde el cura de San Miguel? le pregunté.

—Si quieres llegar al fondo del asunto, tendremos que ser un poco más atrevidos.

—¿A qué te refieres?

—Vamos a instalarnos en un hotel. Ahí te lo explico.

¡Santa madre, qué vergüenza!

Domingo, 16 de julio de 2017

4:00 a.m.

Nunca creí que yo fuera capaz de hacer una cosa así. Ni en mil años.

Otra vez pasé la noche dando vueltas en la cama del hotel de San Miguel. Percibí los latidos de mi corazón, más fuertes y rápidos que de costumbre y sentí los brazos entumecidos a causa de la ansiedad. Escuché los suaves ronquidos de Daniel que dormía en una cama contigua a la mía, con una profundidad y tranquilidad de un niño de cinco años.

Me dio rabia ver que él sí podía dormir. ¡Cómo era posible tal cosa! ¡Después de lo que habíamos pasado y de lo que nos habíamos enterado!

Miré mi viejo celular para ver la hora y me deslumbró la potente luz azul brillante. Eran las cuatro de la mañana y yo seguía sin poder pegar el ojo.

Lo miré entre sombras; largo y flaco. Arropado por una delgada sábana, su cuerpo se dibujaba con formas angulosas y por un momento me pareció ver un retrato cubista. Respiraba con sosiego y desprendía paz en discrepancia con el comportamiento temerario de hacía tan solo pocas horas. Era de verdad un chico demasiado atrevido para encajar con mi recta y ortodoxa forma de ser. Acostumbrada a ser –sí, lo confieso–, una *friki*, pero buena chica, Daniel superaba todas mis expectativas en cuanto a mis parámetros que determinaban la temeridad.

Necesitábamos más pistas. Estábamos seguros de que el sacerdote no nos dejaría ni siquiera hurgar un poco en su archivo parroquial. Por otro lado, ¡sabía de la locura de Juana! Eso era seguro. Pero ¿qué tenía de malo? ¿Por qué ocultarlo?

Daniel me convenció de entrar a escondidas a la notaría con la esperanza de encontrar alguna pista, lo que fuera y que nos llevara a saber algo más.

El día que fui a la notaría a preguntar por el cura, recordé haber visto hasta el fondo de la amplia oficina unos anaqueles con varias cajas de plástico bien cerradas y otros dos armarios de metal con cajones con llave. Estaba segura de que ahí guardaban el archivo eclesiástico de San Miguel.

Pues bien, tras debatir durante un buen rato, decidimos entrar como viles malhechores a la oficina de la parroquia.

Apenas unas horas antes habíamos encontrado el acta de bautismo de la niña y eso había servido para dos cosas: Darme cuenta de una vez por todas que el ángel de las religiosas había sido un hombre de carne y hueso y que ahora,

necesitaba con urgencia saber que había pasado con la bebé. Y Daniel y yo presentíamos que el cura sabía más de la cuenta.

Nos instalamos en el hotelito que yo conocía a eso de las siete de la noche y salimos de nuevo después de cuatro horas.

Ese lapso fue interminable.

Mi amigo pasó el rato recostado en la cama, intercalando su tiempo entre el celular y la lectura del anticristo de Nietzsche. De vez en cuando platicábamos sobre la escuela y alguna otra cosa sin importancia porque yo estaba demasiado nerviosa para sostener cualquier conversación que no fuera monosilábica.

Me pasé el tiempo mordiéndome las uñas, una vieja y mala costumbre que hasta ese momento tenía olvidada y pensando en la fechoría que íbamos a cometer.

Cuando llegó el momento, mi compañero dejó de leer su maltratado libro de bolsillo sobre crítica al cristianismo y se levantó de la cama.

—Vámonos. Es hora.

Salimos del hotel y caminamos en silencio por las calles de San Miguel hasta llegar a la plaza del pueblo, que para nuestra fortuna, se encontraba a esa hora de la noche casi desierta. De todos modos, tuvimos precaución y tratamos siempre de buscar la oscuridad.

Atravesamos presurosos el atrio al mismo tiempo que yo miraba para todos lados y rogaba al cielo no encontrarnos con ningún transeúnte. Pasamos junto a la vieja cruz atrial de piedra y el miedo me obligó a santiguarme, como si fuera una indígena recién evangelizada.

Por fin suspiré aliviada cuando llegamos a la puerta de la notaría, pero de inmediato mi corazón comenzó a latir más fuerte porque había llegado el momento de meternos en una propiedad ajena como asaltantes de la peor calaña. Así me sentía. Ni más ni menos.

Esperamos unos segundos y luego Daniel echó una última mirada a todos los alrededores.

—Daniel, Mejor vámonos. No me atrevo —expresé mi sincero arrepentimiento. Él hizo caso omiso de mis palabras y me ordenó:

—Ana, por favor alúmbrame.

Saqué de una de las bolsas de mi sudadera mi teléfono celular para activar la linterna y con manos temblorosas iluminé la cerradura.

Mi compinche sacó de entre sus ropas un par de herramientas con pico que no supe ni quise identificar. En menos de un minuto, el malhechor de mi amigo fue capaz de abrir la puerta de la notaría.

Yo abrí la boca y lo miré estupefacta.

—Era una cerradura demasiado sencilla, ni siquiera la dañé, estaba sin llave

—aseguró el muy cínico—. Ana, no me veas así, durante dos años viví al lado de un vecino que se alcoholizaba tres veces por semana y siempre perdía sus llaves.

En su rostro se dibujó su desvergonzada sonrisa chueca y la arracada que colgaba de su nariz soltó un destello de luz en complicidad.

Nos metimos sigilosos a la oficina en tinieblas ayudados por la tenue luz que portábamos y cerramos la puerta con cuidado. Casi en la entrada estaba una sala pequeña con una mesa enana que yo no fui capaz de ver. Me golpeé en la espinilla y por poco suelto un grito de dolor. Daniel me regañó por lo bajo y me pidió que tuviera cuidado, yo lo miré con odio por su poca preocupación hacía mí. De todas formas, en medio de tanta oscuridad no distinguió mi mirada asesina.

—Dame el celular —me susurró.

Distinguímos otra puerta al final de la oficina y sospeché que era una entrada privada a la casa del cura. A nuestro lado derecho se hallaba el mostrador y adentro de este, se encontraban los dos anaqueles y los dos armarios de oficina que recordaba y en los que esperábamos encontrar algo.

Daniel descubrió una pequeña portezuela cerrada con un pasador que abría el mostrador. Levantó una parte de la tapa del mismo, para luego correr el pestillo. Yo me sentí como una profanadora del sacrosanto lugar de la señora cuarentona y de mal carácter que atendía la notaría. Daniel entró primero y yo cerré la puertecilla, bajé de nuevo la tapa y nos encaminamos hasta el fondo del lugar, justo donde se encontraban los armarios.

—¿Por dónde empezamos?

—Por los armarios cerrados... supongo que los documentos antiguos estarán bajo llave.

—Muy bien, toma el celular y alúmbrame, por favor.

Se frotó las manos en su pantalón de mezclilla negra y de nueva cuenta como si fuese un mago, sacó de uno de los bolsillos de su chamarra un clip y otra vez me dejó asombrada ante su notable habilidad para abrir cerraduras. En un santiamén abrió uno de los dos muebles y acto seguido, me estiró la mano para que le regresara el celular. Era mi turno de ponerme a trabajar. Comencé la búsqueda enseguida.

No tuvimos suerte con los primeros dos cajones. En el primero encontramos solo algunas cajas de plástico duro que guardaban rosarios, arras, libros de oraciones, misales y estampitas plastificadas de infinidad de santos y de Virgencitas de Guadalupe. El segundo se hallaba atiborrado de velas adornadas con encajes blancos, toallas pequeñas y conchas-recipientes para echar el agua bendita a las cabezas de los chiquillos cuando reciben el bautismo. Cerramos con cuidado los cajones, pero quedaron sin llave y a mí me asustó la inevitable idea

de que tarde o temprano se darían cuenta de la intromisión. Suspiré resignada y abrí el tercer cajón. Nos agachamos al mismo tiempo para revisarlo. Ahí encontramos libros de primera comunión con querubines rubios en la portada de color blanco.

—¡Maldita sea!

—Hereje —le contesté y se rió entre dientes.

Abrí el último de los cajones solo para descubrir una caja de zapatos con un par de zapatillas dentro y una bolsa de plástico que guardaba un vestido de licra, corto y negro, un sostén de varillas y unos calzones de encaje. Volví a meter todo y no me atreví a criticar el atuendo sexy de la secretaria. Nos levantamos del suelo y pasamos al segundo y último de los armarios. Daniel se convirtió otra vez en Houdini y en menos de lo que canta un gallo ya tenía abierto el último mueble.

El resultado del primer cajón fue decepcionante. No había nada. Ni siquiera polvo.

Abrimos el siguiente. Ambos respiramos profundo. Escuchamos el sonido del cajón resbalándose por un mecanismo de corredera y soltamos el aire reprimido al mismo tiempo. Por fin, ahí se hallaban ocho libros antiguos.

—Ana, hay que sacarlos todos.

Obedecí. Nos acomodamos de nuevo en el suelo y di vuelta a la portada del primer libro. Eran los registros de bautismos de los primeros años del siglo diecinueve. Le di una hojeada demasiado rápida, lo cerré y abrí el segundo libro que resultó ser de las actas de matrimonios efectuados en ese mismo siglo. Hice lo mismo con el tercero, localicé informaciones matrimoniales, confirmaciones y defunciones, pero ningún dato del convento.

Revisé los otros libros demasiado rápido, pero lo suficiente para estar segura de que seguían siendo los registros notariales de todo el siglo diecinueve.

Recordé que unas horas antes, yo, o sea, cualquier hija de vecina, había tenido oportunidad de ver en línea todo lo que los curas guardaban con tanto celo. Puse los ojos en blanco y le pasé los libros a Daniel que los ordenó y los metió a su cajón.

Le tocó el turno al penúltimo compartimiento. El resultado fue el mismo. Cinco pesados compendios de informaciones de feligreses de todo el siglo decimonónico y otros cuatro del siglo dieciocho.

Mi amigo tenía dibujado en el rostro un gesto adusto y desesperado. Me ayudó de nueva cuenta a meter los libros y sin perder tiempo abrimos la última gaveta. Encontramos otros tres libros de forma similar a los anteriores y varias carpetas con documentos. Saqué las carpetas y dejé los libros. Con toda probabilidad eran todavía más registros parroquiales del siglo dieciocho.

— Aquí tiene que haber algo, lo presiento.

Tardé diez minutos en leer muy por encima las primeras dos carpetas, hallé lo referente a una cofradía, inventarios del templo y algunos pagos relacionados con festividades de varios años.

—No hay nada, Daniel.

—¡Chingada madre! —maldijo por respuesta.

Vi cinco carpetas restantes y decidí abrir la última. Solo había una hoja. Le pedí a mi amigo que por favor se acerca más a mí e iluminara un documento amarillento escrito a mano. Mi corazón comenzó a palpar como loco. Por fin habíamos descubierto algo. Comencé a leer en voz baja.

7 de octubre de 1911

Hoy sábado 7 de octubre del año de 1911, día de la festividad de Nuestra Señora del Rosario, yo, el señor cura de San Miguel de Tepehuacan, Santiago Gavilán, doy fe de la terrible desgracia acontecida en el convento de las hermanas franciscanas...

—¡Lo encontramos, Daniel! ¡Lo encontramos! Tenemos que fotografiar el documento —casi grité emocionada.

No tuvimos oportunidad. La tragedia se cernió sobre nuestras cabezas. Una enorme y negra tragedia griega, como las de Sófocles...

En ese preciso momento escuchamos unos pasos que se acercaron a la puerta interna y que yo suponía era la entrada de la casa del cura. Contuvimos la respiración. A mí se me heló la sangre, me aterrorizó y no me pude mover. En cambio, Daniel reaccionó al instante.

En un dos por tres vi toda la acción en cámara lenta, como si se tratara de los fotogramas de una película. Mi compañero dejó el celular en el piso, guardó las carpetas y cerró el cajón; a continuación, se escondió la hoja que recién habíamos descubierto por debajo de su chamarra y me aventó sin delicadeza alguna bajo el mostrador. Al instante recogió mi teléfono del suelo y lo metió también entre sus ropas porque ya no tuvo tiempo de apagar la lámpara. Por último, como si fuera un ligero gato de fantasía o un extraordinario bailarín interpretando *Cats*, de un salto, se tumbó arriba de mí.

Justo a tiempo. Enseguida se oyó el sonido metálico de la puerta que se abría y que se confundió con la risa melosa de una mujer.

—Déjame prender la luz —reconocí la voz del cura y comencé a sudar frío.

—No, mi amor, no la prendas. No hace falta. Mejor que no se vea luz desde afuera.

—Dame pues otro beso antes de que te vayas.

¡Con mil demonios! ¡Era el cura con compañía! Reflexioné un segundo y mi buen oído recordó también la voz femenina. ¡La mujer era la secretaria de la notaría!

Mi respiración se volvió más agitada, Daniel notó mi hiperventilación y se incorporó un poco para dejarme respirar, pero me siguió costando trabajo.

El ambiente se llenó de resonancias de besos, resuellos y manoseos.

—Me tengo que ir...

—Martita, espérate poquito, siéntate aquí, conmigo... —suplicó el cura con voz entrecortada.

A pesar de la oscuridad que reinaba en el lugar alcancé a distinguir a escasos centímetros de mi cara la sonrisa burlona de Daniel y noté que estaba a punto de carcajearse. Por el contrario, yo seguía con el corazón a mil por hora, sudaba frío y luchaba contra mi respiración agitada.

Los amantes, ignorantes por completo a nuestra presencia siguieron con sus caricias prohibidas, sus murmuraciones eróticas y casi de inmediato se escucharon en toda la oficina jadeos de placer.

A mí me ardió la cara aunque no supe si por la infinita vergüenza de estar oyendo cosas que no debía o por el pánico de que nos descubrieran y el tiempo comenzó a parecerme interminable.

Entretanto, el cabrón de Daniel se esforzaba por controlar la risa.

«¡Es mi ruina!» pensé espantada. «¡Nos van a descubrir!» «¡Adiós a mi carrera de historiadora!» «Ni siquiera alcancé a titularme».

Cerré los ojos para intentar concentrarme en otra cosa, pero me fue imposible. Daniel percibió mi angustia y acercó su boca a mi oreja para susurrarme que por favor no fuera a llorar.

Los sonidos lujuriosos de los enamorados continuaron y se hicieron más potentes.

«¡Santa madre, qué vergüenza!»

Entonces, sucedió lo que más temía: ¡Daniel no pudo soportar más y soltó una leve y sofocada risotada!

«¡Estamos perdidos!» pensé para mí misma con resignación mientras lágrimas silenciosas resbalaban por mi rostro. Me imaginé en la cárcel, acusada de robo y sin derecho a fianza, sin carrera, con la reputación por los suelos y con unos padres avergonzados. Todo eso imaginé.

El destino sin embargo, se portó benévolo con nosotros, un par de rufianes que no merecían tanta buena suerte. Los amantes se entregaban con una pasión tan inusitada que no escucharon otra cosa que no fuera su respiración entrecortada, sus jadeos, sus besos y su palabrería obscena. Unos segundos más tarde y para

mi alivio, el cura y su secretaria lograron llegar al clímax sexual.

Luego de ser testigo auditiva de semejante episodio, intenté controlar mis nervios y mi turbulenta respiración. ¡Era vital! El más mínimo sonido y seríamos descubiertos. Evitamos a toda costa movernos durante los interminables cinco minutos que duró la tierna y amorosa despedida entre la secretaria y el sacerdote. Después de ese eterno lapso y con todos los músculos de mi cuerpo entumidos, escuchamos el sonido metálico de la puerta que se abría y ¡aleluya! Martita se fue tras cerrar con llave, no sin antes decirle a su amorcito, que esperaría con ansías locas a que llegara el lunes. El sacerdote soltó un profundo suspiro enamorado y se metió a su casa por la otra puerta. Solo hasta entonces, mi corazón empezó a recuperar su ritmo habitual y mi respiración poco a poco fue la de un ser humano normal.

Daniel dejó pasar unos minutos más antes de levantarse y por fin dejó de aprisionarme, de todos modos, permanecimos sentados en el suelo, quietos y en completo silencio durante otro rato más. Mi amigo se atrevió a sacar del interior de su chamarra negra el celular que había quedado con la linterna prendida y acto seguido, sacó también el documento arrugado y por poco lloro de nuevo a causa de tal atrocidad.

—Lo siento, Ana. Tenemos que llevarnos el documento. Si el cura lo ve arrugado va a saber que fuiste tú.

—De igual manera si no lo ve —respondí mortificada.

Decidimos robar el documento. Con mucha suerte a lo mejor el cura no notaría la falta del papel. Tras dejar todo en completo orden, salimos de la notaría luego de forzar por última vez la cerradura de la puerta con llave. Afuera, no había una sola alma y agradecí por ello. Sopló un viento clemente, piadoso y misericordioso que refrescó mi rostro sudoroso y mi alma aún atormentada por la culpa y el miedo. Agradecida por ello, logré inspirar tan profundo que me dolió el pecho. Mi secuaz también al verse libre respiró y enseguida soltó una desvergonzada y sonora carcajada.

—¡Cabrón! —le dije enojada mientras atravesábamos la plaza oscura y desierta de San Miguel.

El incendio

7 de octubre de 1911

Hoy sábado 7 de octubre del año de 1911, día de la festividad de Nuestra Señora del Rosario, yo, el señor cura de San Miguel de Tepehuacan, Santiago Gavilán, doy fe de la terrible desgracia acontecida en el convento de las hermanas franciscanas.

Estando en el poblado del Rosario, alojado en casa de la piadosa señora Soledad Ramos Gómez con motivo del novenario de la Santísima Virgen del Rosario, aconteció que a las 3:30 de la madrugada del pasado 4 de octubre, día de San Francisco de Asís, un vecino del lugar tocó a la puerta de doña Soledad Ramos para informar que se divisaba una humareda roja muy grande en dirección al convento de las hermanas franciscanas. Sin perder tiempo, se alistaron algunos hombres del lugar con buena disposición para acompañarme y ayudar ante lo que creímos era un incendio.

Cuando llegamos encontramos calcinado todo el lugar. Los hombres que me acompañaron lograron apagar el incendio, pero fue demasiado tarde. El escenario fue desgarrador. Encontramos a trece religiosas muertas y una más aún con vida. Esta religiosa dijo en sus últimos momentos de aliento llamarse María Merced Beas Uribe y tener 56 años de edad.

Me pidió como última voluntad anotar los nombres de las hermanas con las que compartió su vida y ofrecerles un novenario de misas para rogar por el eterno descanso de sus almas, incluyendo a la hermana Juana, una de las monjas cocineras y responsable de tan grande infortunio. La religiosa María Merced afirmó que la hermana Juana tenía muchos años enferma de los nervios y que no supo lo que hizo.

Ofrecí a esta mujer consagrada a Dios, la oración, la imposición de manos y la unción de aceite bendecido. La perdoné de todos sus pecados.

En sus últimos instantes de vida, la hermana María Merced comenzó a delirar y a decir que veía a un hermosísimo ángel que venía por ella y entonó con débil voz, lo que entendí, era una canción de despedida. Murió el día 4 de octubre de 1911 a las 5:10 de la mañana.

Dimos santa sepultura a las siguientes religiosas:

María Merced Beas Uribe. Monja cocinera

Juana. Monja cocinera

Rosa María

Catarina

Petra

Vicenta

Agapita

Jesusa

Florentina

Margarita

Francisca

Rita

María Clara

María Engracia. Madre superiora.

¡Ana, despierta!

Domingo, 16 de julio de 2017

Entre sueños escuché mi nombre. Soñaba con el incendio en el convento y sentí que mi cuerpo ardía en llamas. De nuevo me llamaron. Desperté angustiada. Al inquieto sueño se sumó que mi amigo no me despertó de la manera más tierna posible que digamos y me incorporé asustada de la cama.

Por un instante me desubiqué... Ya, estábamos en el hotel de San Miguel. Recordé nuestra odisea de la noche anterior y mi falta de sueño por tanto estrés acumulado. Me despabilé por completo al tiempo que me estiraba y me froté los ojos. El cuarto estaba en penumbras. Daniel, que por atención a mi descanso no había descornado las cortinas, en ese momento las abrió y entró un chorro de luz que me cegó.

—¿Lloraste otra vez? Tienes los ojos hinchados.

Recordé el documento que nos robamos y que narraba la tragedia del convento. Me apesadumbré de nuevo.

—Dany, es que no lo puedo explicar. Me dolió. A pesar de que ya sabía del incendio y que habían muerto todas, leerlo fue difícil.

—Ana, no te puedes estar involucrando emocionalmente en todo lo que investigas. No es sano... ni normal.

Asentí y meforcé a sonreír. Miré hacia donde estaba mi ordenador portátil. Estaba prendido. Daniel lo había utilizado.

—¿Qué hora es? —le pregunté, ansiosa por cambiar el tema.

—Las diez de la mañana.

—Diablos, que tarde. Casi no pude dormir. No sé en qué momento me venció el sueño... ¿Tienes Internet? —lo cuestioné al observar con detenimiento la pantalla de la computadora.

—Sí, hace rato fui con el chavo que atiende el hotel y le di una buena propina para que me pasara su contraseña. Activé el *wifi* en ambos teléfonos y de paso te bajé algunas aplicaciones, las que pude, pero necesitas con urgencia cambiar tu móvil, es de la edad de piedra.

—Estoy cómoda con ese, gracias —refunfuñé mientras me estiraba—. ¿Qué pasó?

—Creo que descubrí lo que le pasó al amante de las monjas.

—¿Qué dices? —pregunté otra vez, ahora incrédula.

—Tu ángel tenía algo llamado catalepsia.

—¿Catalepsia? ¿Qué diantres es eso?

Reflexioné un segundo sobre la palabra y a pesar de me sonó conocida por la etimología, no estuve segura de saber su significado.

—A grandes rasgos, entendí que es una especie de trastorno del sistema nervioso en el que se pierde la movilidad y la sensibilidad del cuerpo.

—¡Daniel, no juegues! —exclamé al tiempo que me levantaba como de rayo de la cama y aventaba al suelo las cobijas.

—Te lo juro. Me sorprendió que tú, que eres tan sabelotodo, nunca hayas escuchado de esa enfermedad.

—No lo sé todo —repliqué ofendida y acto seguido me senté frente a mi laptop.

Pues resulta —continuó explicándome—, que es una enfermedad bastante fea. La frecuencia cardiaca de quien sufre este trastorno desciende de forma más que considerable, su respiración se vuelve casi imperceptible, el cuerpo se pone rígido y no hay respuesta a ningún estímulo. ¡Por eso la persona da la impresión de estar muerta!

—No puede ser... ¿Estás seguro?

Afirmó con la cabeza y añadió:

Por si fuera poco, los científicos afirman que la persona puede estar consciente. ¿Te imaginas, que todos piensen que estás muerto y tú estás oyendo todo?

Ante las palabras de Daniel, los ojos se me abrieron como platos. Desvié mi mirada de la suya para ver la pantalla de la computadora. Mi amigo tenía un sinnúmero de pestañas abiertas con información sobre la catalepsia que iban desde páginas médicas, *blogs* y unos cuantos pdf. Leí al azar una página médica y dos pdf. Después, abrí una nueva pestaña y busqué la Hemeroteca Nacional Digital de México. Escribí catalepsia y salieron seiscientos cincuenta y siete noticias de esa enfermedad. Revisé algunas notas de periódicos del siglo diecinueve y otros de principios del siglo veinte.

Comencé a leer en voz alta una noticia del año de 1891:

Catalepsia.- Dice un periódico que en Oaxaca la Srita. Maggie Torres, al saber la muerte de su hermana Febronia acaecida en San Luis se impresionó vivamente y sufrió un ataque cataléptico que tuvo una duración de sesenta horas.

—¡Sesenta Horas! —mascullé entre dientes y seguí con la lectura de otro diario.

Daniel se encontraba sentado en el borde de la cama con los brazos cruzados y

con un dejo de triunfo y satisfacción en la cara.

Cartagena, Enero de 1901

Algunos periódicos alemanes se han indignado contra los médicos porque uno del profesorado certificó la muerte de una señora que realmente no lo estaba.

Atacada de fiebre tifoidea, la mencionada señora murió, y llenados los requisitos legales, fue llevada al cementario, cuando al tiempo de ser enterrada, sintieron los parientes y amigos que presentes estaban, golpes y gritos dentro del ataúd.

Inmediatamente se procedió a abrirlo, y la señora, que solo estaba en estado cataléptico, se levantó llena de indescriptible terror.

Si el entierro se hubiera adelantado algunos minutos, la desgraciada habría sido enterrada viva.

Estos casos de personas sepultadas vivas ocurren con mucha frecuencia; solo que por circunstancias que a todos se nos alcanza, no nos damos cuenta de ello o pasan desapercibidos para la generalidad de las personas...

La noticia de 1901 continuaba con su exposición. Numerosas personas eran enterradas vivas en todo el mundo a causa de este extraño mal. Leí lo siguiente en voz alta.

En el año de 1831 murió cierto inglés y después del certificado de defunción fue sepultado. Al cuarto día después del entierro fue exhumado su cadáver y llevado al museo anatómico con el objeto de hacer su disección.

Allí fue colocado sobre una mesa de mármol, y el profesor, después de hacer unos experimentos con él, tomó su escalpelo y le hizo una incisión en el pecho. En ese instante gritó el supuesto muerto y levantándose, asió el brazo al profesor. Había vuelto en sí y vivió algunos años después. Se trataba de un caso de catalepsia.

Cuando terminé de leer tenía el rostro desencajado.

—Soy una vergüenza, Daniel. No sé qué decir.

—No digas nada. Está bien.

—No, no está bien. ¿Cómo es posible que no se me haya ocurrido buscar una enfermedad?

—No se te ocurrió porque, gracias al pinche cura, estabas clavadísima pensando que María Merced era la que estaba loca. Añádele que las descripciones de la monja con respecto a su novio estaban bien piradas. ¡Imagínate, un ángel! Y tú... bueno, tú eres una romántica y soñadora sin remedio.

Luego se rio, divertido.

No podía ser como él. Llevar la vida con ligereza. En definitiva, yo tenía un espíritu demasiado viejo.

—Ana, me muero de hambre. ¿Podemos ir a desayunar?

—Sí, claro.

Entre los dos recogimos el pequeño desorden de la mesa del hotel, a continuación me metí al baño para darme una ducha rápida y me vestí de prisa. Guardamos todo y nos encaminamos a la puerta de la habitación.

—Las monjas lo enterraron vivo —le dije mientras cerraba la puerta.

Juana

Miércoles, 16 de julio de 1902

Festividad de Nuestra Señora del Carmen

Ayer me fue imposible pegar el ojo. La pobre de Juana cada día se encuentra peor. A mí no que queda la menor duda de que nuestra hermana ha perdido el juicio. A pesar de todos los remedios que Agapita le ha preparado no conseguimos que se tranquilice su ánimo turbado.

¡Se ha pasado gran parte de la noche gritando y llorando en su celda!

¡Se ha injuriado! a ella misma y a nosotras. Ha gritado que somos indignas, impías y unas pecadoras lascivas que no tenemos derecho al perdón y que estamos condenadas.

Me ha dado tanta lástima y después mucho miedo, porque a las tres de la mañana ha caído un señor chubasco, con truenos y relámpagos y eso nomás sirvió para que los lamentos de Juana fueran todavía más escalofriantes.

La madre superiora nos ha dado la orden de no ir a verla por las noches porque es cuando se pone muy histérica y puede llegar a golpearnos.

La pobre se ha cansado de tanto gritar justo cuando ha llegado la hora de pararnos de la cama. Lo primero que hicimos fue ir a verla y la hemos encontrado acurrucada en un rincón de su celda, despierta pero ausente. Con mucho cuidado y cariño la acostamos y por fortuna se comportó dócil y se durmió enseguida, hubo que despertarla a la hora de la comida para que probara alimento.

Miércoles, 03 de septiembre de 1902

Tal parece que Dios nuestro Señor se empeña en castigarnos. Apenas hace días contemplábamos por fin un rayo de felicidad en nuestra congregación y de nuevo somos víctimas de la desgracia.

Rosa María está destrozada al igual que yo y que todas.

Lo que ha hecho Juana es imperdonable. Yo misma he sentido un deseo de ira y de rencor infinito para con ella. Hemos tenido que encerrar a Juana y mientras tanto, Rosa María se ha deshecho entre alaridos de dolor.

¡Que Dios te perdone, Juana! Yo no puedo. ¡Tendré que rogar a Dios por todo

lo que me reste de vida para que me otorgue el don del perdón!

Domingo, 03 de mayo de 1903

Festividad de la Santa Cruz

Hoy es el día de mi santo y no hay nada que celebrar.

Soy una mujer de cuarenta y ocho años que ya no espera grandes cosas de la vida. ¿Es mucho pedir a Dios nuestro Señor querer vivir en paz? ¿Sin sobresaltos, sin miedos y sin tristezas tan hondas que te desgarran el alma?

A veces pienso que Dios nos ha castigado porque hemos sido malas mujeres y peores religiosas. Rezaré por mis pecados todos los días de mi vida.

Soy una ilusa. Pensé que no habría en esta vida dolor más terrible como el que sentí cuando nos dejó nuestro ángel, pero el sufrimiento que estremeció a mi corazón ese día no fue nada comparado con el de hoy.

Empero, dentro de nuestra inmensa pesadumbre, fuimos capaces de dar infinitas gracias a esas dos almas buenas y caritativas.

*El Señor te bendiga y te guarde;
Te muestre su faz y tenga misericordia de ti.
Vuelva su rostro a ti y te dé la paz.
El Señor te bendiga, Florentino Valadez
El Señor te bendiga, Margarita Pineda.*

Domingo, 16 de julio de 2017

4:00 p.m.

¿Qué rayos había hecho Juana? Lo que fuera, ambos estuvimos de acuerdo que podía tener relación con la niña.

—La mató. Juana estaba loca, es lógico. Por eso María Merced escribió que Rosa María estaba que se la llevaba la chingada y por eso también en el documento de 1911 la niña no se encuentra entre todo el montón de monjas muertas.

—Pinche Daniel. Eres un cabrón.

—¿Quieres que te lo diga en verso para que sientas bonito?

Me puse roja de indignación y bajé la mirada. Daniel se arrepintió en el acto,

se meció con ambas manos sus pelos lacios y luego se sentó frente a mí para tomarme de las manos.

—Ana, perdóname, no debí de haberte dicho eso. Lo siento.

Comprendí que estábamos cansados. Yo casi no había dormido y estaba con los nervios de punta. Por la mañana solo habíamos salimos para desayunar y de inmediato regresamos a hotel. Cuando llegó la hora de la comida, Daniel salió de nuevo para comprar alimentos empacados en la tienda más cercana y regresó lo más rápido que pudo. No podíamos arriesgarnos a caminar por las calles de San Miguel como viles turistas y que nos viera el sacerdote; por otro lado, era importante terminar la transcripción del diario.

Entendí la frustración y cansancio de mi amigo. No tenía ninguna obligación de estar encerrado en un cuarto de hotel de pueblo, ayudándome. Preferí limar asperezas y continuar adelante.

— También perdóname, Daniel. No debí haberte ofendido.

Nos quedamos callados unos momentos y luego le dije:

—Al igual que tú, creo que es probable que la niña no haya muerto en el incendio. Como bien dices, Santiago Gavilán no la menciona y él conocía de su existencia. Si la chiquita hubiese muerto en el incendio, no tenía porque esconder nada, para él era una niña expósita que vivía con las franciscanas. ¡No tenía nada de malo!

—Por eso yo creo que Juana la mató —replicó Daniel.

—Podemos dar el beneficio de la duda a la muerte de la niña.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—A ver si me explico. La narración del 3 de septiembre de 1902 nos brinda la posibilidad del asesinato de la niña. Estoy de acuerdo contigo. El día 3 de mayo de 1903 María Merced está demasiado triste, es su cumpleaños y justo ahí, en esa fecha, decide no escribir más. Ya no hay nada. Su diario se acabó.

—Es por eso que...

—Déjame terminar. Ese 3 de mayo sin embargo, aparecen por primera vez los nombres de dos personajes: Florentino Valadez y Margarita Pineda. ¿Qué pitos tocan en el asunto? Me parece muy extraño.

Daniel se levantó y caminó en dirección a la ventana y se quedó ahí parado, pensativo.

—¿Qué crees que pudo haber pasado? —preguntó después de un rato.

Le respondí con otra pregunta. Una pregunta de millón de pesos.

—¿Y si regalaron a la bebé?

Mi amigo se encaminó hacia mí y leyó de nuevo los últimos dos días del diario de María Merced.

—Transcurren ocho meses exactos entre una narración y otra. «*Dos almas*

buenas y caritativas». Y luego, los bendicen. Fin

—Tengo un presentimiento, Dany. Un buen presentimiento.

La niña

Martes, 18 de julio de 2017

5:00 a.m.

Me desperté a causa de unos fogonazos incandescentes que vapulearon mis párpados y de inmediato advertí que los tenía hinchados porque casi nunca podía reprimir mi extrema sensiblería.

¡A veces, hasta yo misma me caía mal!

El camión disminuyó su carrera. Estábamos a punto de llegar a una caseta de cobro. Por el letrero deduje que nos faltaban poco más de dos horas para llegar a San Miguel. Giré la cabeza hacía mi lado izquierdo y miré a Daniel. Siempre me sorprendía. Las veces que lo había pillado durmiendo, no solo emana una paz que solo tienen las gentes buenas o los niños, sino que incluso, podía jurar que sonreía dormido.

Le di las gracias en silencio. Todavía no entendía como se había embarcado en semejante aventura, sin otro afán que el de ayudar a una casi desconocida que resultó, por si fuera poco, rara y antisocial.

Hice un repaso mental de todo lo que habíamos pasado y me sonrojé al recordar todas mis locas hipótesis con respecto al amante de las monjas; desde éxtasis con visitas de ángeles imaginarios por religiosas desequilibradas, robots y alienígenas.

Aún tenía mucho que aprender.

Por otro lado, sentía una especie de tristeza y de resignación, pero también comenzaba a llenarme de paz. Al final, eso era lo más importante.

Había terminado la transcripción del diario y descifrado –con la invaluable ayuda de mi amigo– la mayor parte de los misterios que escondieron las religiosas franciscanas del Rosario. Podía decir que era suficiente.

Todavía nos faltaba descubrir la ubicación de la tumba de su amante, pero mis expectativas con respecto a eso no eran para nada optimistas. Lo que sí logramos descubrir fue que Juana no mató a la niña como Daniel aseguraba porque encontramos su acta de defunción con fecha de 1987.

Semejante hallazgo fue gracias a mi corazonada de buscarla como Rosa María Valadez Pineda, esto es, con los apellidos de los dos personajes desconocidos del diario de María Merced. Ellos fueron las dos almas caritativas que se encargaron de la niña.

¿Pero por qué la regalaron?

Fue la pregunta que nos hicimos Daniel y yo.

La lógica nos llevó a pensar que Juana en su locura intentó matar a la niña y por lo tanto, las religiosas consideraron peligroso que la bebé viviera con ellas. Como fuera, loca o no, Juana era una religiosa de la congregación: una hermana enferma y tenían un deber con ella. Sin embargo, el asunto de la niña no acabó ahí, Daniel y yo también descubrimos que la niña fue una religiosa.

—Es la genética —comentó Daniel en ese momento.

En fin. La localización de Rosa María fue gracias a una conspiración entre la buena suerte y los recursos de la posmodernidad. Años atrás hubiera sido imposible descubrir esos documentos en tan poco tiempo.

El buscador de mi página de genealogía arrojó muchísimos resultados, pero a pesar de este inconveniente, menos de dos horas fueron suficientes para encontrar un acta de defunción en la que constaba que Rosa María había sido una hermana Clarisa y que había muerto en un asilo para religiosas de su misma orden. En el documento también constaba la dirección donde murió y eso nos llevó a la capital del país.

Daniel soltó tremendo suspiro ante el vaivén del autobús y yo cerré de nuevo los ojos para intentar dormir un poco, pero la excitación de los días pasados no me lo permitió. Mi cerebro no me daba la menor tregua, los recuerdos de los acontecimientos de las últimas horas iban y venían.

No tuvimos que pensar mucho ni debatir entre nosotros. El domingo por la noche dejamos San Miguel y nos fuimos en la última corrida con rumbo a la capital del país. Llegamos a primera hora del lunes a la inmensa terminal de autobuses de la sobrepoblada y contaminada ciudad.

Un letrero nos dio la bienvenida. Yo sentí que estaba a punto de ser tragada por un monstruo enorme con aliento diferente al de mi ciudad. Al de todas las ciudades del país. Se respiraba un aroma peculiar, de animal que lideraba la manada, de macho alfa. Me figuré que todas las urbes al igual que las personas poseen su propio aroma. O más bien, las personas son las inventoras del aroma de las ciudades... Daba lo mismo. El hedor era fuerte, penetrante y abrumador.

Salimos de la central con un clima más que fresco a pesar de estar en pleno julio. Hicimos caso omiso a la insistencia por parte de los choferes de innumerables taxis estacionados en línea a la espera de clientes y cruzamos de prisa la calle para internarnos en la estación del metro. Adentro, caminé en dirección a un aparador iluminado en el que se mostraba el complicado entramado de líneas de trenes y Daniel me miró divertido.

—Vámonos, ya bajé la aplicación del metro.

¡A mí ni por un momento me pasó tal idea por la cabeza!

Mi amigo miró unos segundos su teléfono y me hizo una seña para que lo

siguiera. De cualquier modo, con todo y la ayuda de tan formidable dispositivo inteligente, nuestro traslado no fue fácil. Imitamos el paso presuroso de los capitalinos para evitar parecer provincianos y que fuéramos blancos fáciles de ladrones. Nos movimos a un mismo ritmo, entre una muchedumbre impresionante, como si fuéramos hormigas entrando y saliendo de un hormiguero gigantesco y yo me pregunté de donde salía tantísima gente. En una de las estaciones, entre aire caliente y apretujones, hubo la necesidad de separarnos por motivos de género y tras un montón de angustiosas recomendaciones por ambas partes, quedamos de vernos en un punto del inframundo capitalino.

Salimos vivos a la superficie. Justo en el corazón de la megalópolis. Sanos y salvos. Yo descubrí que si habíamos logrado sobrevivir en el metro de la capital, seríamos capaces de sobrevivir en cualquier otro lugar del mundo.

Como compensación a nuestra atribulada aventura por debajo de la tierra y luego de caminar muy poco, la capital decidió mostrarse un poco más amable y ante nosotros apareció el majestuoso y hermoso Palacio de Bellas Artes. Fue inevitable hacer un alto para admirar el recinto.

—¿Has entrado?

—No.

—¿Y tú?

—Tampoco, todo lo que sé sobre la arquitectura, la historia y los murales lo aprendí en los libros... ¿Sabías que aquí velaron a Frida Kahlo?

—No, que chingados voy a saber.

—Dos días después del velorio destituyeron al director del Instituto Nacional de Bellas Artes. ¿Por qué crees?

—Ni idea...

—Porque a Diego Rivera se le ocurrió cubrir el féretro de Frida con la bandera roja comunista.

—¡Pinche Diego! Exclamó divertido.

Rodeamos todo el edificio y seguimos caminando. A pesar de que no era una de mis ciudades favoritas para vivir admiré fascinada las hermosas edificaciones que nos encontrábamos a cada paso. Así fue que llegamos al Palacio de Minería y nos topamos con la estatua ecuestre de Carlos IV.

—¿Habías ya visitado la capital? Le pregunté a Daniel que estaba encantado leyendo la placa de “El caballito”.

—Una vez, con mis padres, pero estaba muy chiquillo, ¿y tú?

—También. Fue un viaje rápido, mis padres vinieron por asuntos de su trabajo y solo tuvimos oportunidad de ir al Museo de Antropología e Historia y al Castillo de Chapultepec.

Continuamos caminando por las calles del centro de la ciudad, dimos vuelta por la parte lateral de catedral y ante nosotros apareció la Plaza de la Constitución. Miré a mi izquierda y la vista fue hermosa. Tuve que poner todo mi empeño para no ceder ante la enorme tentación de entrar a la catedral y pasarme el día entero admirando los retablos, la sacristía y las pinturas del extraordinario Cristóbal de Villalpando.

—¿Quieres entrar? —preguntó mi amigo adivinándome el pensamiento.

Negué con la cabeza.

—Primero lo primero. Si entro, ya no salgo.

Suspiré con resignación.

«¡Santa Madre! ¡Tengo que regresar y admirar todas esas maravillas!» pensé y suspiré con resignación.

Eran casi las nueve de la mañana y el sol ya nos calentaba. Dimos por terminado nuestro escueto recorrido turístico en pleno zócalo mientras mirábamos emocionados una hermosa bandera ondeante a media asta.

Cruzamos la avenida y caminamos unos minutos sin ningún rumbo fijo hasta que encontramos un pequeño restaurant. Daniel se moría de hambre y entramos a desayunar de inmediato. Tuvimos mala suerte: el desayuno resultó costoso y, para colmo, la comida no cumplió con las exigencias culinarias de Daniel.

«Pobre cocinero capitalino, no tiene nada que hacer al lado de María», pensé yo mientras que Daniel refunfuñaba y me decía que habría sido mejor idea desayunar en un café de chinos.

Ni modo. La excelente cocinera de pueblo resultó culpable de tales comparaciones.

Partimos con rumbo al asilo. Decidimos no viajar de nuevo en metro para no arriesgarnos a perdernos en semejante ciudad y al instante conseguimos abordar un taxi que, por suerte, nos llevó sin rodeos a la casa de retiro de las religiosas.

Arribamos a una propiedad grande y de bonita fachada mucho antes de las doce del día. Enseguida fuimos recibidos por una joven amable sin hábito religioso. Yo tomé la palabra y en tres patadas le expliqué que veníamos de provincia con la única intención de investigar algo de la vida de una monja de la congregación ya fallecida.

—Yo no estoy autorizada para mostrarles ningún documento y la verdad tengo muy poco tiempo trabajando aquí para proporcionarles alguna información al respecto, pero los llevo con la madre Otilia, ella es la religiosa encargada de la casa.

Seguimos a la joven a través de un corredor de piso rojo que bordeaba un gran patio. En el trayecto nos topamos con un montón de viejecitas, unas en sillas de ruedas y otras con andaderas. Todas religiosas. Me sorprendió lo limpio del

lugar, el piso trapeado y reluciente, las plantas bien cuidadas y las monjitas, aunque enfermas, siempre pulcras.

—Esperen un momento por favor. Voy a avisarle a la madre Otilia —nos anunció cuando llegamos a las puertas cerradas de lo que parecía ser una oficina.

No esperamos demasiado. Después de unos minutos llegó la religiosa. La vimos desde lejos y supimos que era ella. Caminaba hacia nosotros con paso presuroso y decidido, vestía con hábito blanco de enfermera y al contrario de lo que me esperaba, era una religiosa alta y robusta que mostraba a primera vista fortaleza física y carácter enérgico.

Sor Otilia nos saludó con un fuerte apretón de manos al tiempo que miraba con desfachatez por debajo de sus gafas a mi extravagante amigo, pero en ningún momento dejó de sonreírle. Por primera vez vi a mi amigo sonrojarse y a mí me dio confianza una monja que a leguas se le notaba una actitud franca y abierta.

Sacó de una bolsa escondida en su hábito un manojito de llaves y nos abrió la puerta. Pasamos a una amplia oficina y de inmediato nos ofreció asiento y algo de tomar. Yo agradecí el agua. Daniel, en cuanto logró controlar su bochorno se sintió en confianza con la religiosa y el descarado pidió refresco con hielo.

—¿Y en que les puedo servir?

—Verá, madre, yo estoy recién graduada de historia, mi amigo Daniel también es estudiante y estamos aquí porque queremos conocer un poco acerca de la vida de la hermana Rosa María Valadez Pineda.

—¿Por qué? —me preguntó con firmeza y sin darme tiempo a reaccionar.

—Es una investigación muy larga que como último punto nos llevó a investigar la existencia y el paradero de la madre Rosa María. De buena fuente supimos que fue una niña expósita —consiguió decir Daniel.

—¿Investigan entonces a los niños expósitos?

—No, madre, más bien investigamos al convento y a las religiosas que la cuidaron de bebé —respondí ahora yo, titubeante. Nos enteramos sin querer de la religiosa y quisimos saber algo de ella. No tiene ya nada que ver con nuestra investigación. Es casi por curiosidad.

—¿Y vinieron hasta acá por simple curiosidad?

No habíamos planeado que fuéramos interrogados por una religiosa que de un momento a otro, a mi amigo y a mí nos inspiró más temor y respeto que simpatía, sencillez y afabilidad. Yo me quedé sin saber que contestarle, pero Daniel no se dejó intimidar.

—El convento que investigamos se quemó en el año de 1911. Pensamos que la niña había muerto, pero por el acta de defunción de la hermana Rosa María supimos que no fue así. A ella, tal cosa le dio un gusto enorme —afirmó mi

compañero al tiempo que me señalaba—. Es verano y estamos de vacaciones. Aprovechamos el viaje.

Otilia clavó su mirada en nosotros y tamborileó los dedos sobre el escritorio. Luego de unos breves instantes nos ordenó con un tono en voz que no admitía discusión alguna:

—No pueden grabar nada.

Asentimos sin chistar.

—Conocí a la madre Rosa María en el año de 1979 cuando llegué aquí para encargarme de esta casa de retiro para nuestras hermanas enfermas. Antes, yo fui jefa de enfermeras en un hospital que tenemos en la congregación. Siempre he sido una religiosa enfermera.

Conviví con la madre Rosa María durante ocho años. Ella murió en 1987 y como ustedes ya saben, a consecuencia según su acta de defunción de demencia senil y neumonía, pero yo estoy segura de que no fue demencia senil, sino alzhéimer. Como sea, no llegó aquí con alzhéimer, llegó porque se fracturó el tobillo en el año de 1970. Cuando se alivió decidieron dejarla aquí porque, aunque ya algo anciana, tenía madera de enfermera y mucho espíritu de servicio.

—¿Ella supo que fue una niña expósita?

—Sí, sus padres adoptivos eran ya viejos para tener hijos cuando la adoptaron. Ella ingresó como novicia a uno de nuestros conventos a los quince años. Su padre al parecer había muerto ya en esa época y su madre adoptiva estaba enferma. Fue precisamente ella la que le rogó que entrara al convento. Rosa María contaba que su madre le decía que ser religiosa era su destino.

—¿Dejó sola a su madre? —pregunté sin pensar.

—No, los señores habían tenido más hijos y su madre estaba bien cuidada.

—¿Y Rosa María nunca supo quienes fueron sus padres biológicos? —inquirió mi compañero.

—No, de lo único que se enteró es que unas religiosas franciscanas la habían cuidado durante los primeros meses de vida. La primera noticia que tengo de ese convento es de ustedes... ¿Dicen que se quemó?

—Sí, no quedó nada. Era un convento pequeño enclavado en plena sierra —aseguré.

—Vaya, que triste.

—Curiosamente, la niña también fue religiosa —intervino Daniel y desvió el tema del convento.

—Sí... y puede decirse que fue una religiosa con una vida muy interesante.

Cruzamos una mirada de extrañeza.

—Tuvo fama de santa.

Otilia dejó escapar una risa grave y a continuación explicó:

—Resulta que al poco tiempo de que ingreso a la orden padeció un extraño mal que por poco le cuesta la vida.

—¿Cómo? ¿Qué extraño mal?

—Un día no despertó. Pensaron que estaba muerta.

Yo sentí que un escalofrió me recorrió poco a poco todo el espinazo y luego, como mi sangre bajó hasta mis pies. Por instinto me llevé una mano a la boca. De reojo vi el rostro de mi amigo serio e inexpresivo.

Otilia tomó de nuevo la palabra.

—No la declararon muerta y no la velaron ni enterraron porque no perdió su color, no bajó su temperatura corporal y tampoco tuvo el *rictus mortis*, pero lo más importante: aunque su aliento era casi imperceptible, respiraba.

—¡Con mil demonios! —dije para mí misma.

—Las pobres monjas no dieron con bola —continuó la religiosa—, la más afilada de pensamiento atinó a decir que era catalepsia y así la dejaron. Al parecer el episodio de muerte aparente duró como seis o siete días.

—¿Qué?

Daniel y yo brincamos de nuestros asientos y la madre Otilia se asustó.

—¿No creen que sea posible tal cosa, verdad? Eso se dijo. Esto sucedió entre los años de 1917 y 1920 dentro de un convento en el Estado de México. El asunto es que después de ese primer acontecimiento ella no recordó absolutamente nada. Por el contrario, las hermanas decían que Rosa María se hallaba en una especie de éxtasis. ¡Imagínense! ¡Con alucinaciones y todo!

—¿Pero tuvo más episodios de esto?

La voz de Daniel sonó insegura.

—Sí, durante toda su juventud. En esos primeros episodios fue que algunas hermanas comenzaron a contar que Rosa María viajaba al cielo. Inclusive, se llegó a rumorar que su celda olía a rosas y aseguraban que levitaba.

—¡No puede ser! —musité—.

—Eso sucedió —me respondió—. Hubo religiosas que se encargaron de cuidarla, de limpiarla y de alimentarla, pero por otra parte, no todas pensaban lo mismo. El convento se dividió entre partidarias a creer a pie juntillas los supuestos éxtasis de Rosa María y las que pensaban que estaba poseída por el demonio.

—¿Por qué por el demonio? —pregunté casi susurrante.

—Porque durante algunas de esas crisis su cuerpo se sacudía con violencia y tenía fiebres. Se portaba agresiva, hacía rabietas como si fuera una chiquilla caprichosa y comía con tal desesperación que mandaba al diablo los modales. ¡Cómo si fuera un animal!

Las últimas palabras de la hermana Otilia retumbaron en mi cabeza y se

quedaron ahí, convertidas en eco hasta que se transformaron en las palabras que escribió María Merced:

«¡*La bestia tiene un hambre voraz!*»

—Ya se imaginaran que todo eso no fue poca cosa en aquellos años y que fueron muchas las hermanas que se asustaron y le echaron la culpa de todos esos males al diablo. En fin —continuó con su relato Otilia—. Fueron más las partidarias de buscar una explicación divina a lo que le pasaba a la hermana Rosa María.

—¿Por eso entonces fue que tuvo fama de santa?

Por eso y porque después de un tiempo no fue posible detener la información de ese suceso dentro de las paredes del claustro y la noticia de una monja en éxtasis comenzó a expandirse como reguero de pólvora. De pronto, el convento se vio visitado por gentes pudientes de aquella época sin otro afán que satisfacer la curiosidad de damas beatas sin quehacer alguno. Lo malo fue que el asunto se tornó un tanto peligroso... una de esas damas de sociedad en una ocasión declaró para un pequeño periódico local que la hermana Rosa María, “*una hermosa jovencita, recién ingresada al convento de las madres clarisas y con olor a santidad*”, la había curado de un tumor.

En la pequeña oficina de la religiosa encargada del asilo se escuchaba solo su voz. Nosotros estábamos estupefactos, sin osar interrumpir su relato.

—A partir de que salió publicada esa breve nota —continuó la religiosa—, al claustro comenzaron a llegar una cantidad considerable de enfermos que buscaban sanar sus males a través de la santa novicia. A la madre superiora, que se había portado condescendiente con las visitas de la alta sociedad, no le quedó más remedio que tomar cartas en el asunto y avisó de inmediato al arzobispado. ¡El asunto se estaba convirtiendo en psicosis religiosa colectiva!

—La Iglesia hubiera podido aprovechar la ocasión ¿no? Una santa. Nada mal —replicó Daniel y yo me puse roja. Otilia sin embargo, tomó a la ligera el comentario y le contestó.

—No, jovencito, porque como ya les expliqué, también había suficientes testigos con la versión de los ataques de agresividad en la novicia y eso no era reflejo de santidad, sino de posesión diabólica; por supuesto, aquello no convenía a la Iglesia. Fue entonces que por orden superior y en total secreto en mitad de la noche trasladaron a la hermana Rosa María a un convento más pequeño establecido en las afueras de otra ciudad. Ahí, estuvo bajo el cuidado de religiosas recias de carácter, lejos de la mirada de novicias, de monjas impresionables y del fervoroso pueblo.

Hemos de haber tenido la cara llena de espanto porque la madre Otilia soltó una carcajada atronadora.

—¿Están pensando que estoy loca de remate o que les estoy jugando una broma, verdad? ¡Relájense! Así como vinieron esos raros episodios, así se fueron. Sin necesidad de tratamientos médicos.

—¿Es eso posible? —pregunté con el rostro impávido.

—En ella así sucedió. A mí me pareció tan interesante y tan extraordinaria su historia, que luego de algún tiempo yo anduve de metiche preguntando a varios neurólogos si una extraña enfermedad como esa era cierta.

Se hizo una pausa. La monja que rompía con los estereotipos de una representación monjil en la sociedad miraba divertida nuestros rostros desencajados.

—Hermana, estoy confundido... ¿Entonces, Rosa María no tuvo catalepsia?

—¡No, de ninguna manera! Eso fue lo que se pensó en aquel momento, pero la sintomatología era un poco diferente; lo que padeció Rosa María fue algo verdaderamente extraño...

Yo noté un atisbo de sonrisa en la monja y estuve segura de que estaba divirtiéndose de lo lindo a nuestras costillas. Por fin se compadeció de nosotros y afirmó.

—La hermana Rosa María padeció el síndrome *Kleine-Levin*.

No bastó que nos viera la cara pálida, desencajada y aterrada, en ese momento también nos vio la cara de ignorantes.

—Es una enfermedad neurológica rarísima... Una enfermedad que tiene que ver con el sueño. La persona que la padece se duerme durante mucho tiempo, ¡pero de veras mucho tiempo! Me explico: el largo periodo de sueño puede durar días, semanas o incluso meses, y este sueño es tan profundo, que al paciente no se le puede despertar como se despertaría a cualquier persona. De ahí su nombre común: Síndrome de la bella durmiente. Aunque lo curioso es que por lo general lo experimentan más los hombres que las mujeres: en proporción tres a uno.

Estábamos paralizados ante las palabras de la religiosa. No hallábamos que decir. Mi cabeza daba vueltas y vueltas en torno a un solo hecho: ¡El amante de las monjas solo había estado dormido! ¡Por supuesto! Ahora todo tenía sentido ¡Labios tibios y mejillas con un tenue y delicado color rosado!

—Es un síndrome que comienza en la adolescencia y se va en la mayoría de los casos cuando la persona ya es adulta y hasta donde yo investigué, aún en la actualidad, no se sabe con exactitud la causa.

—¿Hay más síntomas? —preguntó mi amigo al filo de la silla.

—Y sí que los hay. Ya se los dije, algunos los padeció la hermana Rosa María. Por supuesto dependen de cada paciente, pero abarcan desde trastornos alimenticios, agresividad, depresión, pensamientos incoherentes, alucinaciones e hipersexualidad.

«¡Hipersexualidad!» Ante toda esa retahíla de sintomatología lo único que se me vino a la memoria fueron los orgasmos de María Merced.

—Pues bueno, si hoy en día la mayoría de la gente, incluyendo a los universitarios como ustedes, no ha escuchado hablar de este trastorno, imagínense por allá en 1920. ¡Nadie en el mundo había escuchado de esta enfermedad! Los primeros casos registrados se dieron en Europa por 1925. Piensen en una persona de aquel tiempo que dormía de filo durante días, semanas o hasta meses enteros y ¡con semejantes síntomas! ¡El asunto se prestaba para creencias que iban desde la santería, hasta brujería y posesiones demoniacas!

Daniel se recompuso.

—¿Sabe usted si es hereditario?

—Parece ser que sí, pero la hermana Rosa María por su condición nunca tuvo hijos.

Daniel y yo nos miramos porque no nos referíamos a eso.

—Sí, claro. Solo me entró la curiosidad. Es de verdad muy lamentable que sea una enfermedad hereditaria.

Por un instante, el semblante lozano, alegre y desinhibido de la madre Otilia, se tornó serio.

—El síndrome *Kleine-Levin* no fue el único acontecimiento triste que vivió Rosa María.

—¿Cómo? ¿Hay más? —preguntó Daniel.

—Sí, pero es algo de lo que solo yo me enteré y no sé si es prudente contarlo.

—Madre, usted no nos conoce, por eso entiendo que tenga sus reservas... yo le prometo que de nosotros no saldrá una palabra de lo que usted nos ha contado. Solo quiero comentarle que conocer la vida de la hermana Rosa María es muy importante para mi amiga.

Otilia vio mi semblante, apesadumbrado quizá, porque decidió continuar con su relato:

—Comencé a cuidarla y a observarla de más porque comenzaron a olvidársele las fechas, perdía las llaves o no recordaba donde dejaba los medicamentos, pero eso fue *peccata minuta* en comparación con mezclar pastillas, preparar mal las inyecciones y dar a las religiosas enfermas medicamentos erróneos. Fue entonces que me asusté. Comenzó en ella otra enfermedad que la llevaría a la muerte: La enfermedad de Alzhéimer... Los dos últimos años de su vida los pasó postrada en una cama de hospital y yo fui la encargada de atenderla.

En la oficina de la encargada se produjo un silencio absoluto, que se rompió porque nos removimos en nuestros asientos, incómodos y ansiosos de que siguiera con su narración.

—¿Estamos de acuerdo en que lo que les diré a continuación es confidencial, verdad?

—Por supuesto, madre —exclamó mi amigo con honestidad en los ojos.

—Rosa María tuvo una mutilación genital muy importante cuando era bebé. Yo lo descubrí al asearla. Ella nunca dijo nada. No sé si su madre adoptiva se enteraría de tal cosa y por eso le decía que su destino era la de ser religiosa. Por otro lado, ella entró muy jovencita al convento, a ustedes, jóvenes de esta época puede parecerles improbable, pero a lo mejor Rosa María nunca se enteró de tal mutilación. Fue virgen toda su vida.

A mí se me vino el mundo abajo. Comprendimos el atroz crimen de Juana. Juana la loca.

Mi amigo me tomó de la mano para confortarme, pero eso solo sirvió para que salieran a flote todas las emociones reprimidas y ¡maldita sea! de nuevo comencé a llorar.

Al verme gimotear, la religiosa bajó la mirada arrepentida y yo me avergoncé, pero no pude evitar las lágrimas.

—Lo siento, no debí contarles eso. Era algo muy íntimo y me disculpo por eso.

—Hermana —indicó Daniel—, le aseguro que estamos muy agradecidos por la confianza.

Otilia asintió con la cabeza al tiempo que me sonreía con compasión y luego agregó:

—Y si de algo sirve, déjenme decirles que la recordaré siempre como una mujer feliz de estar al servicio de Dios. Tuvo una buena vida. Se los aseguro.

La madre Otilia me brindó un pañuelo desechable para que secase mis lágrimas.

—Esa es la historia de Rosa María. A grandes rasgos.

La religiosa esperó unos momentos a que mi llanto se calmara y exclamó:

—Ahora me van a tener que disculpar, pero tengo que seguir con mi trabajo. Espero haberles ayudado.

— Hermana, por supuesto. ¡No tenemos con qué pagarle! —expresó Daniel al mismo tiempo que se levantaba de su silla.

Traté de recomponerme y le agradecí también.

Los tres salimos de la oficina y la religiosa tuvo la amabilidad de acompañarnos hasta la puerta de la bonita casa de asistencia.

Antes de despedirnos me atreví a preguntarle:

—¿Hay fotografías de ella?

—No, no le gustaban las fotografías.

—¿Cómo era la hermana Rosa María? Quiero decir, su aspecto físico...

¿Cómo era?

—Yo la conocí ya mayor, pero muchas veces escuché decir que de joven, era tan alta y tan guapa que hubiera podido ser actriz de cine.

San Eloy

Martes, 18 de julio de 2017

7:00 a.m.

Llegamos a San Miguel cuando ya había amanecido. Me dio tanto gusto volver, que en cuanto nos bajamos del autobús respiré profundo, a mis anchas. Estaba demasiado acostumbrada al olor de provincia, eso no podía desprendérmelo tan fácil. Me faltaba mucho espíritu cosmopolita y me sobraba candidez provinciana.

Decidimos irnos al Rosario en cuanto tuviéramos oportunidad y la buena estrella nos sonrió. No esperamos mucho tiempo. A las ocho en punto nuestro taxista se situó bajo el arbolito acostumbrado. Corrimos a su encuentro en cuanto lo vimos y nos subimos enseguida a su taxi porque teníamos miedo de que nos viera el cura.

Daniel platicó con Pancho durante todo el trayecto.

«Tal para cual» pensé entre mí.

Cuando llegamos al Rosario, como siempre, la buena de María nos recibió con los brazos abiertos.

Daniel la abrazó y le entregó un envoltorio.

—Te traje un regalito, María. A ver si te gusta.

María desenvolvió un mandil nuevo y al instante desechó el viejo y estrenó.

—Gracias, niño. Pa' que te molestaste.

—No fue molestia. Es para ver si me das de desayunar porque me muero de hambre.

—Sí, niño, ahorita les preparo el desayuno.

—¡Cómo te extrañé, Mariquita! Si vieras que mal comimos en la capital.

Y María se rio de buena gana. ¡Era tan fácil hacer feliz a esa anciana! Y que noble era mi estrafalario amigo.

Martes, 18 de junio de 2017

4:00 p.m.

Descubrí que la valentía no había sido nunca una de mis virtudes. Por decisión propia yo jamás no me hubiese atrevido a entrar por un pequeño hoyo que me internara en las profundidades de la tierra. Me aterraba la idea de

encontrarme frente a frente con un animal ponzoñoso o que se nos cayera encima una roca.

La mina de plata abandonada se encontraba del Rosario a la misma distancia que las ruinas del convento, solo que en dirección contraria. Si no hubiera estado tan nerviosa y con tanto miedo, hubiera disfrutado muchísimo la aventura porque el entorno era de verdad bellísimo. No fue así, ni modo. La gota que derramó el vaso fue cuando vi la entrada de la mina. Me desmoroné. Era una cueva de lobo, de verdad terrorífica.

—Yo voy primero. Aquí dejamos las herramientas y primero vamos a explorar un poco —me ordenó Daniel y yo obedecí.

Más de la mitad de la entrada estaba obstruida por unos pedazos de madera vieja. Un intento de alguien por tapiar un acceso que Daniel pasó sin mayores trabajos que su gran estatura.

Yo me quedé unos momentos afuera hasta que mi amigo me dio la señal de aprobación.

—Ya indagué un poco, no se ve ningún animal ni nada por el estilo —me dijo al tiempo que me tendía la mano para ayudarme a entrar.

Por supuesto adentro me sentí aprisionada. Mi corazón comenzó a latir más fuerte y rápido que lo habitual y rogué no resultar claustrofóbica. Daniel levantó la lámpara que había dejado en el suelo cuando me ayudó a meterme y de nuevo se la colgó al cuello. Hubo algo de luz y entonces distinguí el lugar. Estábamos al principio de un escabroso y oscuro túnel con protuberancias rocosas por todos lados. «¡Madre mía, que terror!» El único consuelo fue que no estaba sola y que el túnel era lo bastante grande para que pudieran caminar cuatro personas hombro con hombro y sin dificultades.

Echamos a andar durante unos dos minutos en línea recta y el túnel se tornó más oscuro aún.

—Déjame sacar tu linterna —exclamó mi amigo y se puso detrás de mí para abrir mi mochila.

Tuvimos un poco más de luz y seguimos avanzando casi en línea recta. Entretanto, yo intentaba controlar mi ansiedad y Daniel lo notó.

—Ana, respira, ¿te encuentras bien?

—Sí... bueno, no... es que estoy preocupada, nunca me había metido a una mina y no traemos ningún tipo de protección en la cabeza ni nada por el estilo.

—Todo se ve bien —afirmó y miró hacia el techo de la mina—. A mí lo que más me preocupa es encontrarnos algún puma o un gato montés.

El comentario tuvo el poder de detenerme en seco. Fue como si todos mis sentidos me alertaran de que no era nada prudente lo que hacíamos.

—Daniel, yo no sé casi nada sobre minería, pero además de los animales que

podrían estar aquí, he escuchado que las minas son inestables y que incluso suele haber gases tóxicos...

—¿Quieres que salgamos? —me interrumpió.

—Creo que sí —le respondí con voz trémula, aunque de inmediato me arrepentí. Estar ahí suponía nuestra única oportunidad de verificar una pobre e insignificante pista.

Por la mañana, en cuanto llegamos de la capital, nos dispusimos a examinar de nuevo el diario: justo la descripción del domingo ocho de diciembre del año de 1901, día en que las religiosas franciscanas enterraron a su querido ángel.

Sabía que ya era tiempo de regresar a casa, pero encontrar la tumba del hombre misterioso era un cabo suelto que yo traía atorado entre pecho y espalda.

Nos quebramos la cabeza. Revisamos palabra por palabra, buscando algún indicio que nos llevara a deducir donde diablos estaría la tumba.

Estábamos seguros de que no había sido enterrado en el convento porque las franciscanas subieron el ataúd a su carreta.

—Salieron al amanecer —afirmó Daniel.

—Sí, pero no sabemos a qué hora regresaron, solo dice que regresaron agotadas y tristes. El asunto es: ¿Dónde buscar entre tanto campo?

—Muy bien. No creo que haya sido muy cerca del convento.

La opción de que las franciscanas lo hubiesen enterrado atrás del convento, también había quedado descartada desde hacía mucho tiempo.

—Tampoco en San Miguel o en los alrededores...

Después de estar perdidos por completo, fijamos nuestra atención en la canción de despedida que cantaron las religiosas sin embargo, luego de un buen rato devanándonos los sesos nos dimos por vencidos y concluimos que no había nada. Era una sencilla pero hermosa canción de adiós y nada más.

Unos minutos más tarde, decidimos analizar las fechas.

—Lo encuentran dormido el dos de noviembre. ¿Te dice algo aparte de la significativa fecha del día de muertos? —me preguntó.

—Nada con respecto a un lugar en específico. Ahora bien, María Merced escribió la narración de la supuesta muerte del hombre el día ocho de diciembre, día de la Inmaculada Concepción y lo enterraron el día primero de diciembre.

En ese momento se escucharon los pasos de María que regaba algunas matas que por su acomodo, el buen temporal no alcanzaba a mojarlas.

Me levanté de un salto y sin anunciarle nada a mi amigo salí al patio para preguntarle si no tenía un calendario con los nombres de todos santos a celebrarse día con día.

Ella se quedó un instante pensativa.

—Ahorita te lo traigo.

María se metió a su habitación y en un momento salió con un calendario a los que se les desprende una hoja por cada día de la semana.

Le di las gracias y corrí a la habitación. Me senté de nuevo junto a Daniel y le dije:

—Dos de noviembre. Día de los fieles difuntos. Nada más. No nos da ninguna pista.

Di vuelta a las hojas del calendario hasta detenerme en el día ocho de diciembre. Día de la inmaculada Concepción.

—Ana, perdona que no sea de gran ayuda, ya sabes que no soy católico —reconoció a modo de disculpa al notar mi frustración. Intentaba pensar en posibles respuestas y maldecía muy a mi pesar, no tener acceso a Internet para hacer más fácil la tarea.

—Día de la inmaculada Concepción. Tampoco me dice nada. Algo sé sobre el tema. Fue un dogma de fe proclamado por el papa Pío IX en el siglo diecinueve que dice que la Virgen María fue preservada de todo pecado desde su concepción.

Silencio.

—Ana, yo creo que es coincidencia. María Merced escribió ese día en su diario. Punto.

Busqué de nueva cuenta en el calendario y me regresé hasta dar con el día primero de diciembre, día del entierro.

Santos Eloy Ob., Nahúm Prof., y Natalia Mártir.

Mi compañero se acercó a mí para leer el santoral de ese día.

—¿Qué significa Ob?

—Obispo.

—¿Y Prof.? ¿Profesor?

—Exacto, pero en este caso no creo que se refiera a profesor.

Repasé todos los títulos de la jerarquía de la iglesia y de repente me acordé:

—¡Profeta! —exclamé gustosa—. Y Natalia Mártir.

—Vamos a preguntar a María, con suerte y sabe algo de estos santos.

—Solo sé que Eloy es el santo de los plateros, niña. ¿Lo quieren ver? Por ahí tengo una estampita guardada.

—¿Ana? ¿Te encuentras bien? —me preguntó Daniel sacándome de mi abstracción—. Avancemos un poco más. Solo un poco.

Esa pequeñísima sospecha era todo lo que teníamos y había que intentarlo. Me di cuenta de que no podía rendirme. Si regresábamos sabía que me iba a arrepentir más pronto de lo esperado. No me quedó otra que respirar profundo para tranquilizar mis nervios, tras asentir con la cabeza continuamos avanzando por el túnel de la mina un poco más lento y con más cuidado. Iluminé todo a

nuestro alrededor y estuve atenta a cualquier ruido que no fuera el de nuestros pasos.

Un poco más adelante, sentí que el aire comenzó a enrarecerse y preferí atribuírselo a que estaba demasiado nerviosa y que era probable que empezara a tener síntomas de claustrofobia; todo eso era mejor que tener que enfrentar el hecho de respirar gases tóxicos. Por fortuna, el túnel se hizo más grande y yo respiré un poco mejor. Solté un resoplido de alivio, pero este duro solo unos instantes, para nuestra mala suerte el pasadizo en esta parte se dividió en dos y me entró de nuevo el pánico.

—¿Qué camino seguimos?

—No lo sé —le respondí ansiosa.

—Vamos por la derecha.

Tuve que seguirlo porque el túnel en esa parte era demasiado pequeño. Ya no cabíamos. Era caminar uno detrás del otro.

Después de un rato en el que solo se escuchaban nuestros pasos me atreví a decirle:

—Daniel... no creo que encontremos nada. Piensa, ¿tú crees que las monjas todas mujeres y ya algo viejas hayan entrado con todo y ataúd hasta acá? ¡Tú y yo apenas si cabemos!

—En ese momento ahora fue él, el que se detuvo en seco. De nueva cuenta el túnel se abrió en dos pasadizos aún más estrechos.

—Regresemos —expresó con un dejo de decepción en la voz.

Por fin llegamos de nuevo a la primera intersección que habíamos encontrado. Teníamos que decidir entre continuar hacia la salida o enfilear el rumbo a nuestra derecha y seguir con la exploración del otro túnel.

—Ana, avancemos un poco más, si en unos minutos de camino no encontramos nada te prometo que regresamos.

Me convenció.

Este túnel resultó mucho más amplio y alto que el anterior y agradecí por ello. Inspiré profundo otra vez para tranquilizarme. Miré hacia arriba y descubrí trozos de madera muy vieja que un día tuvieron el objetivo de sostener algunos pedazos del techo de piedra. Bajé la mirada, angustiada.

A un lado y a otro de forma inesperada aparecieron algunas grutas sin salida. Unas eran demasiado pequeñas, otras en cambio, sospeché podían tener hasta cinco metros de profundidad.

Recorrimos el largo trecho de un túnel por alrededor de cinco minutos hasta que Daniel soltó un gran suspiro de derrota. Ante nosotros apareció un gran agujero.

—No, Daniel. Ya es tiempo de regresar —casi le ordené por si se le hubiera

ocurrido meterse en ese agujero negro—. No tenemos idea de la profundidad y tampoco tenemos de donde colgar una cuerda.

—Chingada madre.

Eso fue todo. Dimos vuelta para encaminarnos rumbo a la entrada de la mina. Miré de reojo el rostro de Daniel y noté su ceño arrugado a causa de la frustración. Yo también sentía el sabor de la derrota, pero la verdad es que no estábamos seguros de encontrar ninguna tumba en la mina. ¿Qué teníamos? que san Eloy Obispo era el santo patrono de los plateros y su festividad caía el primero de diciembre. En eso estaba fincada nuestra pequeña y vaga esperanza. Podía ser una coincidencia y el hombre podía estar enterrado en cualquier lugar. Además, —pensé yo a modo de resignación—, ya no tenía caso saber donde lo habían enterrado, nuestro objetivo había sido descubrir su mortalidad y ya lo habíamos hecho.

Seguimos con nuestro andar cuidadoso, Daniel iluminaba al frente y yo a los lados, observando las protuberancias de piedras.

De pronto, sucedió lo increíble. Ante mis ojos apareció algo que me hizo gritar el nombre de mi compañero en plena oreja y él dio un tremendo salto por respuesta.

—¡Mira!

A mi derecha había una gruta grande y profunda. Iluminé el fondo de la pared rocosa.

—¡No veo nada!

—¡La Tau!

—¿La qué?

—¡La Tau, Daniel, la cruz de la orden franciscana!

¡No cabía la menor duda, a ras del suelo de una de las paredes rocosas se distinguía un casi desteñido símbolo Tau!

—¿Te refieres a ese signo que está pintado? —preguntó mi amigo al tiempo que iluminaba el fondo de la cueva.

—¡Sí, a ese! ¡La Tau es la última letra del alfabeto hebreo y la letra número diecinueve del alfabeto griego! —expliqué a Daniel emocionada—. ¿Te acuerdas de la bendición con la que termina el diario?

Mi amigo asintió con la boca abierta.

—Pues san Francisco de Asís escribió esa bendición para un fraile franciscano de nombre León porque este pasaba por un momento de tribulación espiritual. ¡Al final de la bendición —continué con mi monólogo de erudición—, san Francisco de Asís dibujo la Tau! ¡Cómo si fuera una firma! Por eso, la Tau es la cruz que identifica a todos los franciscanos.

Mi amigo seguía con la boca abierta.

—¡Dany! ¡Todo este rollo, es para decirte que estoy segura de que aquí estuvieron las monjas!

—Tienes el primer lugar. No cabe la menor duda ¡Eres más *friki* que yo! —me dijo burlesco y emocionado.

Nos adentramos a la gruta y al instante estuvimos convencidos de que era una tumba. Un imperceptible montículo de piedras se alzaba discreto, tan discreto, que cuando pasamos por ahí la primera vez no lo vi. Estaba tan emocionada que me quité la lámpara y la mochila lo más aprisa que pude y comencé a quitar piedras, pero mi amigo me pidió tener cuidado con los animales. Esa advertencia fue suficiente para calmar mis ansias.

Daniel se despojó también de su mochila, colocamos las dos linternas de tal manera que nos alumbraran lo mejor posible y nos dispusimos enseguida a quitar montones de rocas de todos tamaños.

Cuando por fin limpiamos el lugar de tanta piedra, Daniel se enfiló a la salida de la mina para traer las dos palas y un pico que nos había prestado Chucho.

Lo esperé por cinco minutos que me parecieron eternos, pero ya no por el miedo, sino por la desesperación de ponerme de inmediato a cavar.

Lo vi llegar solamente con una de las palas y el pico y presentí la razón de tal cosa.

—Ana, tenemos que ser demasiado cuidadosos —exclamó entre jadeos. Creo que lo mejor es que tú salgas y yo me quede a cavar. Pudiera ser posible un derrumbe.

—¡Ni lo pienses! No te dejaré aquí solo —objeté furiosa porque de repente me harté de sentirme sobreprotegida.

—No puedes ayudar mucho.

—¿Por qué diantres crees que no puedo ayudar?

—Claro que puedes ayudar, pero no aquí, Ana. La cueva es más grande que las demás, pero aun así, el espacio no es tan amplio como para cavar los dos a nuestras anchas; por otro lado, en caso de un accidente cuando menos tú puedes ir por ayuda.

Reconocí que tenía razón, pero mis sentimientos estaban encontrados entre el miedo de un derrumbe y la emoción de encontrar la tumba del ángel de María Merced.

—Si de verdad esto es una tumba, no creo que el ataúd este enterrado tan profundo. Eran un puñado de monjas y tú lo dijiste, algunas ya mayores, aún con la ayuda de Rosa María no creo que hubieran podido escavar muy hondo. Además, ellas al igual que nosotros debieron intuir el peligro de un derrumbe.

—Vete, Ana, espérame en la salida.

Por la mirada seria de Daniel supe que no había nada que hacer, mi

compañero estaba decidido a hacer las cosas a su manera. Me enfilé a la salida de la mina dispuesta a esperar.

—Si no vuelves en un tiempo razonable, entro por ti.

—Ana...

—¿Qué?

—¿Sabes lo que pasará si encontramos el ataúd, verdad? Lo enterraron vivo.

—Sí. No te preocupes. Estaré bien.

Eso fue lo último que le dije antes de encaminarme a la salida.

No supe cuanto tiempo pasé afuera de la mina, mi desesperación me obligó a mordirme las uñas y a caminar en círculos como león enjaulado. Sentí que pasó el interminable lapso de unos cuarenta minutos, pero no estuve segura. Estaba a punto de meterme a buscarlo cuando lo vi salir. Salió sudoroso y lleno de tierra, con las dos lámparas al cuello, las herramientas en ambas manos y con la mochila en la espalda.

—¿Qué pasó? —le pregunté a gritos—. ¿Lo encontraste?

Antes de responderme, a señas me pidió agua y yo impaciente saqué una de las dos botellas de mi mochila y se la ofrecí.

En un dos por tres Daniel se terminó toda el agua y por fin exclamó:

—Lo siento, Ana... No hay nada. Si te sirve de consuelo, estoy seguro de que sí hubo algo enterrado ahí. Esta la marca de tremendo agujero. Lo sacaron.

Me encogí de hombros con pesadumbre y expresé desanimada.

—Ni modo, Daniel. Hicimos el intento.

Regresamos cansados y derrotados a la casa de María.

Martes, 18 de julio de 2017

9:00 p.m.

—Mariquita... ¿Alguna vez has sabido si han desenterrado muertos en la mina?

—Sí.

Daniel dejó el taco a medio comer y yo por poco y me atraganto.

—Allá por los años ochenta. Deja me acuerdo... creo que fue en 1980 o pasaditos. Sí, más o menos. Mi hijo estaba chiquillo.

—¿Cómo fue que pasó, María?

—Pos fueron unos muchachos vagos que venían de San Miguel. Eran como cuatro. Se metieron a la mina y desenterraron un muerto. Se asustaron tanto los canijos chamacos, que fueron a contarle al señor cura de San Miguel lo que

habían hecho. Les puso una santa regañada y los amenazó con la excomunión si hablaban del asunto.

—¿El cura actual de San Miguel? —preguntó Daniel.

—No, el padre Nicolás. El que estaba antes.

—¿Y qué pasó con el cuerpo?

—Pos vino el padre con algunas gentes que le ayudaron a sacar al muertito. Por ahí se dijo que le dieron santa sepultura en el camposanto, para que descansara en paz.

—¿Y lo sacaron con todo y cajón?

—Se me hace que sí.

—¿Sabes donde lo enterraron Mariquita?

—No, niño, se lo llevaron en una camioneta. Pero pos yo creo que en el cementerio de San Miguel. ¿Pos onde más?

El cajón

Miércoles, 19 de julio de 2017

9:00 a.m.

Daniel se hallaba con las manos en la nuca, mostrando a los cuatro vientos toda la aglomeración de tatuajes en sus largos brazos.

Silencio. Uno abrumador.

—Ni como presentarnos con el cura y pedirle información. Si no accedió a contarte nada en su momento, ahora menos que nos metimos a la notaría. No podemos arriesgarnos ni siquiera a que nos vea.

Yo dejé de prestar atención a los dibujos de sus brazos para mirar un punto fijo de la viguería de madera de nuestro cuarto sin saber de qué manera podíamos resolver el misterio sin pedirle nada al cura.

«¿Con que cara?»

Me atreví a romper el silencio que floraba en el ambiente y le dije:

—Es que siento que todo el esfuerzo ha sido en vano.

—Ana, te equivocas, has logrado muchísimo. Con eso tienes para un gran trabajo de tesis ¡Incluso para publicar! Además, para que quieres saber donde está enterrado. Antes necesitabas saber si era mortal. Ya lo sabes. Se murió y que pena, no de la mejor manera. Ni modo.

No presté atención a sus últimas palabras. Una lucecita de esperanza nació en mi interior.

—Podría ser —susurré.

—Ana... ya déjalo. Deja a los muertos en paz. ¡Vive!

—Déjame intentar una última cosa. Algo que no se nos ha ocurrido.

—¿Y ahora que se te ocurrió? —preguntó al tiempo que soltaba el aire, resignado.

—Está bien, me rindo. A lo mejor no sabremos nunca donde lo enterraron y como dices, ya no importa.

Respiré profundo y le expresé con vehemencia:

—Sin embargo, lo más importante de todo y lo que nunca descubrimos, es quién era ese hombre.

—¿Pero qué diablos estás diciendo?

—Hay una manera de saberlo —lo interrumpí.

Mi amigo puso cara de terror y me vio como si me hubiera vuelto loca de remate.

—El cajón. Era tan bonito que las franciscanas jamás imaginaron que se trataba un ataúd, mucho menos que adentro se encontraba dormido un ser humano. ¡Por eso tanto embrollo! Alguien tuvo que fabricarlo. Un carpintero. Uno muy bueno.

—¡Ay, Ana! ¡Misión imposible! Qué cosas se te ocurren —me refutó casi a gritos y puso los ojos en blanco.

—Te prometo... No, te juro por la memoria de mi abuelo que es a quien yo más he querido en esta vida, que después de intentar esto nos vamos a casa. No importa el resultado, solo quiero intentarlo.

A mi amigo no le quedó más remedio que rendirse ante mi cara de perro apaleado.

—Vamos pues a preguntarle a María, últimamente ella sabe todo —aseguró en tono de broma.

—Sí, niña, se llama Ramón. Pero ya fuiste con él. Es uno de los tres nombres que te di. Ya está muy viejito.

Daniel se sorprendió. No esperaba que María supiera nada sobre un carpintero en el Rosario y que a mí, la sabelotodo, se me hubiese pasado el pequeño gran detalle.

—Soy una tonta, Dany. De verdad. Me avergüenza decir que me gradué como historiadora. Entrevisté a los dos primeros ancianos y como no saqué nada en claro, me di por vencida. Nunca entrevisté al tercero.

Don Ramón

Miércoles, 19 de julio de 2017

10:30 a.m.

Por qué la vida se empeña en llevarnos por caminos llenos de abrojos?

Don Ramón resultó ser el primer habitante que mis ojos vieron en el Rosario el lunes 26 de junio, día de mi llegada. Lo vi de lejos, sentadito en su silla de palma bajo la sombra de un verde y tupido árbol. Días más tarde lo fotografié.

—Me llamo José Ramón Ventura. Nací en el pueblo de San Miguel el... el día y el mes no me acuerdo, del año si me recuerdo... 1923. ¡Ya cumplí los noventa y cuatro años! Eso me dice mi nieta. Dice que estamos en el año... ¿En qué año estamos, Lupe? Ah, sí, en el año de 2017. ¿Que si puedo contarles algo de mi vida? Pos, que les diré... Pos que fui un chamaco como todos. Vago. Fui el más chico de once hermanos y crecí en San Miguel. ¡Sí, me casé! Con una muchacha de aquí del Rosario y pos, me vine pa' cá. Tuvimos cuatro hijos. ¿Qué? Ah, sí, sí... fui carpintero, igual que cuatro de mis hermanos. Aprendí el oficio de mi señor padre y mi padre de mi abuelo. Pero nunca fui tan bueno como mi padre, ¡menos como mi abuelo! ¡No, que esperanzas! Contaba mi padre, que mi abuelo era todo un maestro que trabajaba nomás maderas finas, la caoba, el cedro, el nogal... y maqueaba con goma laca. A él le tocó trabajar la carpintería para las gentes ricachonas de San Miguel y para algunas también de dinero de otros lados. También hizo trabajos de talla para la parroquia de San Miguel... ¡Y el retablo del altar de aquí, de la capilla del Rosario! ¡Él lo hizo! Le iba bien a mi abuelo... Pos cómo no, si según decían era el mejor carpintero de la región. ¿Que si lo conocí? No, señorita... se murió en tiempos de la revolución. ¿De qué se murió? No sé. ¿Mi abuela? pos creo que de parto. ¿Que cuántos hijos tuvieron? Deja me recuerdo... se me hace que tuvieron cinco hijos... sí, tres mujeres y dos hombres: mi padre y otro que se murió muy joven, de veintitantos. Mi padre decía que mi abuelo lloró mucho porque era el más chico y era muy agraciado. Estaba enfermito. ¿Que de qué? Sabe... Que dizque no hablaba y que hacia berrinches tan fuertes que parecía endemoniado y entonces tenían que llevarlo con el padrecito. ¿Que si sé cómo se llamaba el padrecito? No, señorita... ¿Que de qué se murió? ¿Quién? ¿El padrecito? ¡Ah! ¡El hermano de mi papá! Pos no sé... contaba una de mis tías, cuando yo estaba chiquillo, que un día nomás no despertó. Se les murió mientras dormía. Lo que sí supe es que mi abuelo y mi padre le hicieron su cajón de madera fina. Hicieron un trabajo

finísimo, de talla y le pusieron sus goznes y todo... ¿Que dónde lo enterraron? Con las monjitas del convento del Rosario. ¿Que por qué con ellas? Sabe... Pos que mi abuelo lo quería mucho. Sería por eso. ¡Lupe! ¡Lupe! ¡Tengo sed! Mi padre se llamaba Ramón, como yo... ¿Mi abuelo? También Ramón. ¿Mi tío? No me acuerdo... Ya me acordé... Lo enterraron con las monjitas porque el señor cura de San Miguel no quiso officiarle ni su santa misa ni enterrarlo en el camposanto dizque porque tenía el diablo adentro... Acércame el agua, Lupe... ¿Quieren ustedes, un vasito de agua?

Ana, la peor historiadora del mundo

*Duérmete, clavel,
que el caballo no
quiere beber.*

*Duérmete, rosal,
que el caballo se
pone a llorar.
Las patas heridas,
las crines heladas,
dentro de los ojos
un puñal de plata.
Bajaban al río.
¡Ay, cómo bajaban!
La sangre corría
más fuerte que el agua*

*Nana del caballo herido
Bodas de sangre
Federico García Lorca*

*Miércoles, 19 de julio de 2017
2:33 p.m.*

Daniel caminaba en silencio. De vez en cuando pateaba piedritas por el camino sin prestarme mucha atención. Por mi parte también me sentía cómoda sin hablar, en cierto modo intentaba despedirme del lugar. Era hora de regresar a casa.

Reflexionaba, que quizá a lo mejor todavía tenía oportunidad de escribir mi antigua tesis. A lo mejor no. En ese momento no sabía ni quería pensar en ello. Regresábamos de las ruinas. Le pedí que me acompañara porque necesitaba despedirme del lugar y ahí, hice algo que para Daniel fue el más grande de los crímenes. Por supuesto a pesar de sus súplicas, amenazas y rabieta no fue capaz de evitarlo.

—¡Eres una tonta, Ana! ¡Para qué demonios pediste mi ayuda!
Estaba de verdad furioso, pero yo continué afanosa mi tarea.

—Estoy siguiendo tu consejo. Intento dejar a los muertos en paz.

—Te has compenetrado con la monja y no estás pensando bien. ¡Eres una historiadora, chingada madre!

Y así continuó con su sarta de regaños, insultos y hasta lloriqueos por largo rato. No me dejé convencer.

En el centro mismo del convento en ruinas, sobre unos pedazos de baldosas, junté un montoncito de ramas secas. Saqué de uno de los bolsillos de mi pantalón una caja de cerillos propiedad de María y le prendí fuego.

Daniel se puso histérico y comenzó a gritar y a patear como loco. Yo lo fulminé con la mirada.

—El diario es mío.

—¡También es mío! —replicó con insolencia—. ¡Me involucraste, Ana! ¡Me lo debes, chingada madre!

No le respondí y ante mi mutismo me dijo a gritos con toda la mala intención de ofenderme:

—¡Eres la peor historiadora del mundo! ¡No sirves para esto!

Sentí una punzada de dolor. Me dolió porque supe que era verdad. Yo, Ana Moreno, era la peor historiadora del mundo. Se me formó un nudo en la garganta. Ignoré de nuevo a mi amigo que ante la inquebrantable decisión por mi parte de quemar el diario intentó convencerme por las buenas.

—Ana, te lo suplico, no lo quemes. No saques a la luz la investigación, es más, no escribas nada, pero no lo destruyas.

—Si sale a la luz el diario la gente se escandalizara de lo que pasó en el convento. No solo eso, sino también se van a burlar de ellas —exclamé con los ojos razados de lágrimas—. Las juzgaran de locas, de fanáticas y hasta de criminales.

—¡En estos tiempos quién se va a escandalizar por eso, Ana! ¡De verdad que vives en el pasado!

—De todos modos no tuvimos suerte, no encontramos la tumba del hombre y sin eso no tenemos ninguna evidencia de que lo que escribió María Merced haya sido verdad. ¿Tú crees que el cura de San Miguel nos va a decir donde lo enterraron? ¿Y sabes qué? —continué diciéndole—. Me da gusto... Yo... No quiero que se mancille la memoria de María Merced, no quiero que se burlen de ella, ni de Rosa María, ni de Juana... La voz se me cortó a causa de la emoción y ya no pude reprimir las lágrimas.

En un segundo mi compañero pasó del enojo a la compasión y me abrazó con ternura, sentí entonces su cariño, su perdón por lo que estaba a punto de hacer y de paso su consentimiento. Después de besarme en la cabeza, se separó de mí y levantó del suelo mi mochila, la abrió, sacó el más grande de los tesoros y me lo

ofreció. Yo no podía parar de llorar.

Saqué del diario la hoja arrugada que robamos de la parroquia de San Miguel y se la entregué.

—Esto no es de nosotros, Daniel. No sé cómo, pero antes de irnos habrá que regresar el documento.

Daniel asintió con la cabeza y tomó la hoja maltratada con el valioso testimonio del padre Santiago Gavilán y la regresó a mi mochila. Tras soltar un suspiro de resignación me tomó de la mano y juntos nos acercamos a la pequeña lumbrada. Lo miré a los ojos y le di gracias infinitas por su compañía y su ayuda.

Acto seguido, sin pensarlo mucho tiré el diario al fuego. Mi amigo bajó la cabeza, suspiró otra vez y en señal de duelo cerró los ojos por unos instantes.

Pasó un buen rato. Nos quedamos en silencio. Vimos como lo que escribió María Merced a lo largo de tres años comenzó a crepitar hasta que poco a poco se fue extinguiendo. Del libro comenzaron a desprenderse diminutos pedazos que se colorearon de rojo y mostraron filos azules para después convertirse en morusas negras que subieron y se espolvorearon por el cielo.

Seguíamos absortos, con la vista clavada en las cenizas. Daniel decidió por fin moverse y cogió su botella de agua para verter casi todo el líquido a los restos humeantes, a continuación, tomó entre sus manos varios puñados de tierra y los esparció, yo lo imité hasta que no quedó rastro alguno de fuego. Por último y ya sin nada que hacer ahí, dijimos adiós al convento, sonreímos y tomamos la vereda que nos conducía al Rosario.

Eso fue todo.

Por fin, desde que comencé con la lectura del diario respiré tranquila. Estaba segura de que esa noche dormiría muy bien, sin sobresaltos y sin agitaciones. No habría la más mínima tentación de escribir, ni de pensar en locas hipótesis o de investigar. El diario ya no existía. Dormiría en paz.

Llegábamos a la casa de María cuando vimos al sacerdote de San Miguel. Tocaba a su puerta. Fue inevitable que no nos viera. Una tremenda palidez dejó sin color mi cara, miré de reojo a Daniel quien a diferencia mía, tenía el rostro inexpresivo. Temerosa, detuve un poco mis pasos, pero él me tomó de la mano con firmeza y levantó su cabeza. Se volvió aún más alto.

—No te asustes. No hay más remedio que enfrentarlo, ya nos vio. Por favor sígueme la corriente. No tiene prueba de nada —me dijo entre dientes y con el semblante serio.

Enseguida supe que no podría con eso. Estaba aterrada. Se me notaba en la cara y por otro lado, era muy mala mintiendo.

—Buenas tardes —saludamos con cortesía.

Yo sentía que se me notaba a kilómetros de distancia el temblor de todo mi

cuerpo. Mi compañero en cambio, mostró una segura y bonita sonrisa.

—Me devuelven el documento que se robaron o los voy a denunciar a las autoridades. Fue la contestación del sacerdote a nuestro saludo.

Daniel fingió extrañeza.

—No sabemos de qué habla.

—No se hagan pendejos, se metieron a la notaria y robaron documentos eclesiásticos.

—Nos está confundiendo —declaró Daniel muy seguro de sí mismo.

—No los estoy confundiendo.

El sacerdote comenzó a levantar la voz.

—¡Son unos ladrones!

A pesar de estar tan asustada, no pude más y abrí la boca para pedirle perdón, estuve a punto de quitarme la mochila y sacar el documento del padre Gavilán, pero no me dio la más mínima oportunidad.

—¡Dame también el diario que encontraste! —me ordenó al tiempo que me señalaba con el dedo—. ¡Es propiedad de la iglesia!

Por un momento Daniel y yo nos quedamos inmóviles, sin saber que decir. ¿Cómo demonios, el cura había tenido conocimiento del diario?

—¿Cuál diario? —acertó a preguntar Daniel—. Está usted loco.

El sacerdote estaba furioso. Siguió intimidándome con su dedo acusador.

—Ese es el documento tan valioso que encontraste, ¡dámelo! te lo ordenó en nombre de la Iglesia.

En ese momento recordé mi entrevista con él y la indiscreción de mi parte al decirle que había encontrado un documento muy valioso. En una fracción de segundo Daniel y yo nos miramos y descubrimos la verdad. ¡Ese fue el secreto de confesión de los dos curas anteriores!

Santiago Gavilán conoció todos los secretos de una franciscana moribunda. Supo todo... todo menos el lugar donde estaba escondido el diario.

—No tenemos ningún diario, padre —le dije con voz temblorosa—.

No me dejó continuar. Me amenazó con decirles a mis padres y a las autoridades de la Universidad que era una ladrona. Yo brinqué a causa de sus gritos y amenazas y por enésima vez en ese día me brotaron las lágrimas.

Daniel se interpuso entre ambos y enfrentó al sacerdote.

—No sabemos de qué habla. Váyase de aquí —le dijo con firmeza y sin amedrentarse ante su furia—, pero la aparente tranquilidad de mi amigo solo sirvió para que el sacerdote se encolerizara aún más.

—¡Las monjas estaban endemoniadas! ¡Estaban locas! ¡Rompieron sus votos de castidad!

—Usted también —le respondió con voz calmada mi amigo—. No le queda

ponerse la vestidura de juez. ¿O no se acuesta con su secretaria?

Ante tal acusación el rostro del sacerdote se crispó y sus ojos nos miraron con una rabia descontrolada.

—¡Cómo te atreves, engendro del demonio! ¡Eso es lo que eres, un engendro del demonio!

Yo seguía aterrada. Miré hacia la puerta de la casa y vi a María con el semblante desencajado y sin saber qué hacer.

Daniel también la vio y entonces ya no pudo más. Su voz se tornó grave y la cólera le subió a la cabeza.

—¡No nos grite, viejo pendejo! ¡Lárguese de aquí porque si no, nosotros vamos a ser quienes lo acusemos con las autoridades! ¡Lo vamos a demandar por amenazas y de paso en el arzobispado se van a enterar de que se coge a su secretaria, viejo cabrón!

—¡Hijo de tu puta madre! —le gritó a mi amigo al tiempo que se abalanzaba sobre él para golpearlo.

Todo fue tan rápido.

La pobrecita de María, mortificada, se tapó la boca con la mano; Daniel, joven y atlético, esquivó con facilidad el golpe del sacerdote que trastabilló y cayó de rodillas al piso; y yo, sin pensarlo, por instinto corrí a auxiliarlo, pero en respuesta, él sacó de entre sus ropas un arma punzocortante que no supe definir y me la clavó justo en el centro de mi abdomen...

Fue como si el tiempo, los sonidos y todo el movimiento hubiesen detenido su marcha. Me quedé inmóvil sin entender que había sucedido; bajé la mirada, extrañada, un líquido rojo y brillante corría por entre mis dedos que tocaban mi vientre. Luego, me desplomé.

Después de eso, el mundo de nueva cuenta se puso en marcha y todo fue confusión. Escuché los alaridos angustiados de la buena de María mientras que Daniel pedía auxilio también a gritos, como loco. Por último, oí el rechinar de las llantas del auto en el que escapó el sacerdote.

De pronto, tomé verdadera conciencia de que ese líquido caliente que salía a borbotones de mis entrañas era mi propia sangre y sospeché que era demasiada porque todo comenzó a darme vueltas. El pobre de mi amigo comenzó a gritar desesperado mi nombre de tres letras y sentí caer sus lágrimas en mi rostro, yo intenté sonreír para tranquilizarlo, pero no supe si lo logré.

El universo que momentos antes se había detenido, ahora giraba a hipervelocidad y fue entonces que me acordé de cuando llegué al Rosario un lunes 26 de junio a bordo del taxi propiedad de mi fantástico director de orquesta favorito...

Me acordé de que soy muy rara. Tan rara, que con veintidós años ya me gusta

Wagner y Silvestre Revueltas. Como regalo a mis extrañas aficiones, susurrante, a mis oídos llegó su canción de cuna; esa que tiene la letra de García Lorca.

“Duérmete clavel, duérmete rosal”...

Fue con esa cancioncilla de corte nacionalista que la memoria me llevó de la mano hasta que pude ver a la hermosa abuelita Catita esperándome afuera de su casa un sábado por la mañana y a don Andrés Moreno en su estudio de pintura con su caparazón azul y me picó la nariz el olor del aguarrás. ¡Cómo te quise don Andrés! El recuerdo de mi abuelo se confundió con el de mis padres y me dio tristeza su nido vacío.

Escuché a Daniel gritar de nuevo mi nombre...

Evoqué los ojos chiquitos y tristes de María cuando habló de su hijo y de los olores olvidados y volví a llorar.

Antes de desbaratarme en las tinieblas que ya vislumbraba recordé las ruinas del convento y lo que no descubrí en su momento, lo descubrí ahí, mientras estaba tirada en un charco de mi propia sangre.

Fui la protagonista de un acto de clarividencia absoluta y supe con exactitud donde se encontraba la huerta, el establo, la capilla con su Cristo moribundo hecho de caña de maíz y donde esas franciscanas guardaban el azúcar, la harina, las almendras, la canela y las conservas.

¡Mis queridas monjas! Fue como si desde siempre hubiera estado conectada con ellas. Me llegó la iluminación y mi espíritu comenzó a volar a través del tiempo hasta que aterrizó en el año de 1900. Así fue que conocí a las dieciséis. ¡Las reconocí enseguida! Una por una. Escuché la voz de soprano ligera de la madre superiora que propinaba órdenes aquí y allá, supe de qué tamaño eran los huaraches de Rosa María y en que tonalidad cantaba Juana el “Canto de chinaca”. Oí la leche hervida, saboreé el queso de Nápoles y descubrí el color exacto de los bonitos ojos almendrados de María Merced. Acaricié la tapa del hermoso cajón de madera labrada y las vi a todas emocionadas a más no poder alrededor de su regalo aquel lejano quince de mayo. Luego, por fin conocí a su ángel.

¡Sí que era un ser extraordinario!

Escuché como si fuese un eco lejano el coro de las franciscanas despidiéndose de su ángel. Las vi con su hábito marrón y con paso apesadumbrado mientras caminaban bajo agua nieve.

Me llegó el sonido del llanto de una hermosa recién nacida y de nuevo sentí la felicidad de todas esas mujeres, apiñadas ahora, ante una niña que fue la alegría del convento. Las imaginé cantándole nanas como las que le cantaban a María Merced.

Conocí a Florentino Valadez y a Margarita Pineda, dos viajeros de buen

corazón que se detuvieron a comprar quesos y que accedieron a cuidar a una pobre niña mutilada como si fuera su hija.

De inmediato recordé a Juana. Pobrecita Juana. ¿Qué terribles demonios atormentaron tu espíritu? Espero que hayas encontrado la paz.

Ya no tenía tiempo. Mi conciencia comenzó a chapotear en lagos de oscuridad. Me despedí de María Merced y me alegré haber destruido el diario...

«Nadie mancillará tu memoria, amiga mía».

Como un sueño un segundo antes de irme, o de despertar según se viera, cual pintura surrealista de Dalí, sentí en el centro de mi pecho un calor inesperado y comprendí que era toda la felicidad del mundo, pero era una felicidad que no era mía, sino de María Merced cuando tuvo el más asombroso, sorprendente, fascinante y mágico de los orgasmos con su ángel adorado.

Daniel me sacó de las tinieblas y me trajo de vuelta a la posmodernidad a causa de su terquedad de estar gritando mi nombre de tres letras. Sentí una infinita ternura por aquel flaco igual de *friki* que yo. Vi el cielo de un color azul profundo y brillante sin el menor rastro de nubes y supe que ese día no iba a llover.

Escuché el sonido agigantado de pasos de gente que corría hacía mi. Chucho y compañía. Les agradecí en silencio sus buenas intenciones.

Dejé de ver el cielo para mirar por última vez el rostro de mi amigo y aún tuve fuerzas para tomarlo de la mano. Quise bromear con él para ver si me mostraba su bonita sonrisa chueca y le dije con un hilito de voz que yo solo quería escribir mi tesis.

Esas fueron mis últimas palabras, pero no fue mi último pensamiento.

«Valió la pena vivir solo para conocer tu historia, María Merced».

Epílogo

Ana murió desangrada a las 4:36 p.m. del miércoles 19 de julio del año de 2017 sin haberse podido titular como historiadora. Su cuerpo quedó tendido sobre el piso de barro rojo, justo en la entrada de la casa de María. Ahí permaneció por mucho tiempo una mancha de sangre que la anciana no quitó en honor a su recuerdo, y porque el coagulo costroso de sangre seca y oscura formó por coincidencia la figura de una Virgen de Guadalupe. María colocó para la “*niña Ana*”, un altar con montones de flores, velas y hierbas de olor que evocaba a las viejas fotografías de los niños muertos que tanto gustaban a Ana.

Día con día, María cambió el agua de las flores, prendió veladoras y rezó en honor a Ana. El ritual duró exactos siete meses, cuatro días y dieciocho horas con cuarenta minutos porque luego le tocó a ella el turno de morir. La anciana se fue de este mundo sin enterarse que su hijo fue asesinado a balazos cuando opuso resistencia para que no le robaran sus pocas pertenencias. Su cuerpo, no identificado, terminó en la fosa común y los entonces tres casi adolescentes responsables del homicidio caminaron siempre libres y con la conciencia tranquila por las calles de Tijuana.

Daniel tuvo que dejar los estudios a causa de la depresión. Después de dos años logró volver a la Universidad, pero dejó para siempre la carrera de nanotecnología y comenzó a estudiar historia solo para escribir y publicar la frustrada tesis de Ana. Jamás regresó al Rosario.

Los padres de Ana vivieron para buscar por todos los medios posibles que se hiciera justicia. Nunca lo lograron. La santa madre Iglesia protegió y trasladó al cura de San Miguel a un pequeño pueblo de Sudamérica donde murió de viejo rodeado de feligreses devotos, cariñosos y agradecidos por su buen trabajo pastoral.

Pancho dejó de trabajar como taxista luego de que se desvíelo el motor de su taxi. No tuvo dinero para arreglarlo y terminó de obrero en una empresa embotelladora que instalaron cerca de San Miguel. A los dos años le cayó en la cabeza una caja de refrescos y a causa del golpe quedó sordo de un oído. Lo despidieron sin ninguna indemnización.

Chucho y los demás pobladores del Rosario siguieron con la producción de quesos, cajetas, dulces y conservas. Ya no fue necesario que viajaran hasta San Miguel porque al pueblo comenzó la llegada de turismo religioso para ver la imagen de la guadalupana formada con la sangre de Ana. Fue entonces que la Iglesia construyó donde estaba la casa de María una capilla en honor a la joven

mártir, y fue necesario inventar una historia de devoción y sacrificio cristiano en torno a Ana. De esta manera, años más tarde, el Rosario se convirtió en uno de los más grandes centros religiosos del estado con los consiguientes beneficios económicos para la Iglesia.

Don Ramón Ventura murió de casi cien años. En el último momento de su existencia recordó el nombre de su tío.

Sobre la autora

¿Quién demonios es Anna de Ulibarri?

Anna de Ulibarri nació hace muchos años...

Historiadora de arte y amante de la música.

Loquita desde chiquita porque su cerebro, en lugar de estar conformado por infinitas conexiones neuronales, ha sido desde siempre nido de víboras: grandes y gordas. Ella está conforme con eso porque prefiere anidar a las sierpes ahí, antes que en el corazón.

Agradecimientos

A los ancestros...

[1] Arrebol. Del libro: México en sus cantares. Concha Michel y Quetzal Rieder Espinoza (Compiladores).

[2] Villancico virreinal. Anónimo.

[3] Convidando esta la noche. Villancico de Juan García de Sespedes. (ca. 1619 – Puebla, 5 de agosto de 1678).

[4] Canción: Ángel querido. Procedente de Lagos de Moreno, Jalisco. 1885.

Recopilación por Vicente T. Mendoza en: La canción Mexicana.

[\[5\]](#) DILECTUS MEUS MIHI Santa Teresa de Jesús (1515- 1582)